

«Vi después un cielo nuevo y una tierra nueva; el primer cielo y la primera tierra habían dejado de existir; y también el mar.»

(Apocalipsis 21.1)

EL RAYO VERDE

(Recuerdos de cielo y mar)

Autor: J.Carlos Unhomas

Esta obra se encuentra sujeta a los términos y condiciones de la *Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivs License*, que en pocas palabras viene a decir que eres libre de usar, mostrar, copiar y distribuir esta obra respetando siempre que:

- se cite al autor (J.Carlos Unhomas)
- no se use para fines comerciales sin su consentimiento
- no se transforme el contenido de la obra (incluyendo los términos de esta licencia).



<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/>

Soy un anciano; tengo los años en que la proximidad de la muerte permite hablar sin miedo. Todos quienes me conocen piensan de mí que soy una buena persona, incluso hasta un poco tonto. Si supieran..., dirían que miento, que era imposible. Pero así fue. Dios es testigo de la verdad que he guardado en secreto por temor a los hombres. Ahora ya no me importan sus juicios ni amenazas; sólo mi conciencia mantiene el remordimiento. ¡Basta!, sal a la luz, no quiero morir contigo.

I

Por orden de mi armador había ido a la ciudad gallega de ... para embarcar en el que iba a ser mi primer destino como oficial tras haber aprobado los exámenes de piloto. Aquélla no era mi primera experiencia en la mar, pues conocía otros barcos de haber navegado como alumno en prácticas, pero sí lo era en el mando. Tenía toda la ilusión del joven principiante y, con ella, las prisas por hacerla realidad. Alojado en una pensión, llevaba varios días esperando la llegada del Maruja (éste era el nombre del barco). Por las mañanas, muy temprano, me acercaba al puerto a informarme sobre el estado de su travesía. Había zarpado en lastre de Boston hacía dos semanas, pero un temporal en el Atlántico Norte estaba retrasando su llegada.

El práctico del puerto, al verme entrar en su garita, sonrió comprensivo:

–Se impacienta usted mucho –me dijo mientras se abrigaba con su ropa de mar–. Ya ve, yo estoy deseando que nunca lleguen y siempre lo hacen en el peor momento.

El viento soplaba con fuerza levantando nubes de polvo en el muelle.

–Sí, realmente es un día malo –asentí mintiendo.

No lo era para mí; en aquellos momentos lo que menos me importaba era el tiempo atmosférico.

–Ha llegado esta noche. Está fondeado. Voy a ver al capitán, pero no creo lo entre antes de esta tarde.

No quise demostrar demasiado entusiasmo y esperé a que se terminara de vestir. Le acompañé hasta el bote donde su ayudante esperaba listo para zarpar.

–Es preferible que embarque usted mañana –zafó el cabo del noray y,

dádoselo a aquél, salto a cubierta—. ¡Diviértase esta noche, que hoy es fiesta y usted es joven! —me gritó entre el ruido del motor iniciando la maniobra.

—¡Así lo haré! —respondí gritando también para hacerme oír.

Los vi alejarse hacia la bocana del puerto dando bruscos bandazos en las agitadas aguas. Yo sabía lo que debía hacer: desde el rompeolas podría verlo. Recorrí todo el camino sin encontrar a nadie; me encaramé sobre las rocas, y, al mirar hacia alta mar, allí estaba: sucio, con grandes manchas de óxido en el casco, puente a popa y una enorme grúa en la cubierta principal. Acercándosele en penoso avance, el bote del práctico aparecía y desaparecía entre las olas, subía y bajaba, de nuevo aparecía..., hasta que dejé de verlo tras cambiar el rumbo hacia el costado del Maruja orientado hacia el horizonte. Esperé un rato. El viento, húmedo de mar, mojaba mi cara; las gaviotas planeaban, bajo grandes nubarrones, dando estridentes chillidos que el temporal mezclaba con el ruido del viento y las olas golpeando las rocas. Al no observar ningún otro movimiento, decidí marcharme.

Pasé el resto del día en la pensión recluso por una persistente lluvia. A través de la ventana de mi habitación contemplaba, aburrido, cómo en la calle el agua corría, junto al borde de la acera, hasta llegar al desagüe. Algún viandante pasaba, de vez en cuando, presuroso hacia no se sabe dónde. Yo pensaba que muy probablemente en aquellos momentos el Maruja estaría atracando en el muelle, y se me antojaba que el práctico le habría hablado al capitán de mí. Iba a relevar al segundo oficial con un contrato de trabajo en período de prueba mientras durase el viaje proyectado. Según se me había informado, éste abarcaba el canal de Panamá, el puerto peruano de Callao y el chileno de Valparaíso, regresando a España vía estrecho de Magallanes. Si superaba con éxito la prueba me harían fijo en la Empresa, lo cual suponía unas halagüeñas perspectivas de futuro, no sólo por la importancia de la naviera, sino también por las posibilidades de ascenso en lo que todo marino desea, y es llegar a mandar un barco.

Aquella noche apenas pude dormir. Estaba excitado. Los más variados pensamientos embotaban mi cabeza: la novia que había dejado llorando mi ausencia, la tripulación del Maruja que conocería a la mañana siguiente, la lluvia golpeando los cristales de la ventana, la fastidiosa tos del desconocido huésped que ocupaba la habitación contigua a la mía...

Unos golpes en la puerta me despertaron. Era la dueña de la pensión que, extrañada de no verme levantado tan temprano como otras veces, venía a preguntarme si iba o no a desayunar. Miré el reloj. Eran casi las diez; me había quedado dormido. Le dije que no, que me preparase la cuenta, que tenía prisa por irme. Con desorden recogí todas mis cosas en la maleta, me aseo como pude, y, tras pagar la factura, encaminé mis pasos hacia el puerto. Por suerte había dejado de llover.

II

A diferencia del día anterior, los estibadores deambulaban de aquí para allá; las bocinas de los montacargas pedían paso a cada momento; las grúas movían sus plumas entre el muelle y los barcos. Todo era actividad. Pregunté a un carabinero que quiso saber la razón de mi presencia allí, el lugar de atraque del Maruja.

–En el muelle Sur –me respondió; y, al ver el gesto de mi cara de ignorar el sitio, me orientó para llegar a él.

Fue un largo, y pesado por la maleta, paseo. Atrás iba quedando el bullicio. Al llegar pude comprobar que aquél no era un lugar de estiba, pues no había grúas ni cobertizos para proteger las mercancías de las inclemencias del tiempo. Me detuve y calculé mentalmente su eslora con referencia a la distancia entre los norais: aproximadamente ciento veinte metros; más grande de lo que había creído al verlo fondeado. Voces provenientes del pañol de proa turbaron mis pensamientos y me advirtieron de que, aunque yo no veía a nadie, había gente. Subí a bordo. Permanecí en el portalón indeciso un momento esperando que alguien me dijera algo, pero al no hacerlo me fui hacia popa. Un agradable olor a pescado frito llamó mi atención al pasar junto a la puerta de la cocina que daba a cubierta.

–Buenos días –saludé para advertir de mi presencia.

El cocinero se volvió sorprendido en su tarea, y, tras responder a mi saludo,

–Usted dirá –añadió esperando le informase sobre lo que quería.

–Bueno..., soy el nuevo segundo... Quisiera ver al capitán.

–¡Ah!, usted es el relevo de don Cosme; creo que no está a bordo... Pero sí, el *Viejo* está en su camarote. Espere un momento y le acompañaré.

Separó la sartén del fuego, se lavó las manos en la fregadera, y quitándose el delantal se secó con él. Ya dentro, le seguí con la maleta por el pasillo. Pasamos junto a una escalera que, por el olor a gasoil y el ruido, deduje bajaba hasta la sala de máquinas.

–Es mejor que deje la maleta aquí –me indicó señalándome el salón de oficiales.

Así lo hice. Subimos hasta la cubierta donde estaba, entre otros, el camarote del capitán.

–¿Da usted su permiso?... Este señor dice que viene a relevar a don Cosme.

–Buenos días. Soy el nuevo segundo...; mi nombre es José Luis Lozano..., no sé si le habrán hablado de mí.

El capitán, sentado frente a un mueble escritorio, me miraba inexpresivo en su rostro. Era un hombre rechoncho de unos cincuenta y tantos años, a pesar de su seriedad, bastante cómico por lo histriónico de su figura y la enorme chapela con que se cubría la calva.

–Sí, ya sé –habló por fin–. Tendrán que ir a la comandancia de marina para que les tramiten el relevo. ¿Le han enseñado su camarote?

Al decirle que no, se levantó, cogió del armario de llaves una, y nos condujo hasta un camarote próximo al suyo.

–Dígale al camarero que lo limpie y traiga la ropa de cama –ordenó al cocinero. Luego, dirigiéndose a mí–: Me han dicho que éste es su primer trabajo como piloto. –Yo asentí.– No se preocupe, aquí tendrá tiempo para adquirir experiencia. Siempre y cuando usted quiera –añadió dándome la mano.

Volvió a su camarote y cerró la puerta. El cocinero se fue a avisar al camarero para que hiciera lo dicho, y mientras yo permanecí en el salón de oficiales a la espera de poderme instalar definitivamente en el nuevo aposento.

Este salón de oficiales abarcaba casi toda la manga del barco, con la puerta en el mamparo de popa y varios portillos en los otros de babor, estribor y

proa que le daban una gran luminosidad. En cuanto al mobiliario consistía en una amplia mesa rodeada de sillones, un tresillo con su correspondiente mesita, y una librería equipada con televisión. Sobre la mesita había varias revistas, algunas pornográficas. Me senté y empecé a ojear estas últimas. Al cabo de un rato escuché pasos de alguien acercándose. En el mismo momento en que pudoroso dejaba la revista, un muchacho adolescente entró con una bandeja llena de platos y vasos.

–Buenos días... –quedose dubitativo–. Luego terminaré de limpiar su camarote, pero ahora tengo que preparar la mesa para comer.

Comprendí que era el camarero.

–No te preocupes, ya lo harás cuando puedas.

De un cajón de la parte baja de la librería extrajo un mantel, que procedió a extender sobre la mesa, y varias servilletas; después fue colocando la vajilla con meticuloso detalle. Mientras encandilado por su buen hacer le observaba, el recuerdo del capitán me hizo preguntar por él:

–¿El *Viejo* bajará también a comer?

–Bueno, don Julio come a veces en su camarote, pero hoy no creo lo haga...

A usted le he puesto también cubierto.

En ese momento, una cabeza, morena y bizca de un ojo, asomó por uno de los portillos abiertos, y, al tiempo que desaparecía, gritó riéndose:

–¡Juanito, que no me entere te bebes mi vino!

–No, señor; usted ya sabe que yo nunca lo hago.

Cuando vio que se había ido, añadió dirigiéndose a mí:

–Es el primer oficial; tenga cuidado con él.

No entendí la advertencia del chico, ni tuve tiempo para preguntarle, porque mi atención se fijó en el protagonista de la broma que acababa de entrar.

–A ver, Juanito, ¿qué tenemos hoy para comer?

–Potaje de alubias, sardinas...

–Y mi vino, ¿qué? –se reía enseñando los dientes–; que cada día veo h

botella más vacía y todos me dicen que eres tú.

El camarero volvió a negar su culpabilidad. Yo me daba cuenta que aquel hombre, de unos cuarenta escasos años de edad, que tanto se mofaba del pobre muchacho y parecía ignorar mi presencia, estaba fingiendo. Sabía quién era yo, pero no estaba dispuesto a renunciar a su superior rango presentándoseme a mí. Me levanté.

–No sé si te habrán dicho que soy el nuevo segundo –quise llamar su atención–. Me llamo José Lozano.

–Ah. Hola, mucho gusto.

Nos dimos la mano. Su rostro dejó la ironía para hacerse serio. Lo más llamativo de su persona era la mirada: de un lado, fría y escrutadora; del otro, sin vida. Dándome la espalda se sentó en uno de los sillones a la vez que cogía de la mesa un trozo de pan. Sorprendido por la sequedad de su trato, supuse se debía a un secreto complejo por su defecto en la vista, y quise ganarme su confianza. Tras un breve silencio, le dije algo sobre mi admiración por el temporal que habían pasado.

–Sí, fue duro, pero otros he tenido mayores.

–Yo sólo he navegado de alumno; no sé si lo habría aguantado.

Esto último lo dije para darle importancia, para que viese mi humilde condición.

La conversación con él era difícil porque sólo su ojo derecho mostraba lo que podía ser la intención de su mente; al mirarle el izquierdo, o los dos a la vez, yo perdía toda orientación sobre el efecto que, según creía, le causaban mis palabras.

–¿En qué barcos has hecho las prácticas?

–Estuve en un petrolero y en otro de pasaje...; en la escuela de náutica sólo las hice en algunos veleros.

–Sí, las escuelas no sirven para nada; mucha teoría y cuando llegas a la mar te das cuenta de lo poco que sabes. A mí me faltan dos asignaturas para

aprobar el curso de capitán, pero no sé si lo haré; estoy harto de esos idiotas que se creen maestros de todo y que apenas...

No pudo terminar la frase porque uno de los dos desconocidos que acababan de entrar le espetó diciendo:

–Pero qué bestia eres, Fernando; ni siquiera puedes esperar a que todos estemos en la mesa para empezar a comer... –Y dirigiéndose a mí–: Hola, soy el jefe de máquinas; me llamo Rafael.

–Mucho gusto; mi nombre es José Lozano.

–Hola, soy Miguel; el primer maquinista –se me presentó mimético su acompañante.

–Encantado.

Nos sentamos a la mesa.

–¿Sabes si bajará el *Viejo*? –preguntó el jefe de máquinas al camarero.

–No lo sé, señor.

–Vete a ver.

Mientras esperábamos, los dos maquinistas se pusieron a hablar sobre algo relacionado con su trabajo en la sala de máquinas; sus manos, aunque limpias, mostraban restos de grasa en las uñas. Al poco llegó el capitán y el camarero empezó a servir la comida. De todos los comensales sólo Rafael tuteaba al *Viejo*. Había entre ellos una cierta confianza que deduje se debía, más que a motivos de mando, a que ambos eran del mismo pueblo. El carácter extrovertido del jefe de máquinas dirigía en todo momento la conversación. Fernando apenas hablaba; resultaba evidente que su relación con el capitán no era todo lo fluida que la razón del cargo exige. Con buen apetito deglutía los alimentos ayudado en exceso por su famoso vino. Era éste uno de marca que, adquirido de su propio peculio, sólo a él, y a quienes quisiera invitar, estaba permitido su consumo. Don Julio, chapela incluida, mantenía en todo momento una constante expresión: la de quien no es posible sorprender porque de antemano lo sabe; pero yo intuía que eso era precisamente lo que no quería los demás supieran: su timidez.

A mitad de comida apareció Cosme, el segundo oficial.

–Buen provecho... ¿Así que tú eres mi salvavidas?; ya creía que se habían olvidado de mis vacaciones –me dijo casi riendo.

Estaba eufórico y, por lo que aparentaba, con prisas por marcharse del barco. Después de contestar negativamente a la pregunta del camarero sobre si iba también a comer, se sentó en el sofá escuchando la advertencia del capitán de que antes de irse debería ponerme al corriente de todo lo relacionado con su trabajo. La advertencia fue de mi agrado; eso era lo que yo deseaba: conocerlo todo y, sin nada en el barco fuera de mi control, romper la vacilante situación que la ignorancia conlleva.

Terminado el almuerzo sólo Cosme y yo permanecemos en el salón. Gordo, pelirrojo y de edad similar a la mía, me resultaba simpático. Como yo había hecho antes, ojeaba las revistas pornográficas.

–Mira qué tetas...; pero qué buena está. Cuando coja a la parienta –(así llamaba a su novia)– va a saber lo que es un hombre en celo.

Yo sonreía y le daba la razón con respecto a sus gustos, aunque comprendía que mi instinto sexual no llegaba a tal nivel de deseo. En aquellos momentos me interesaba más saber su opinión sobre los que iban a ser mis superiores.

–Fernando está loco. Cuando te hable dile a todo que sí, y luego haces de tu capa un sayo... Fíjate siempre en cómo tiene su ojo derecho: si está con manchas de sangre es que ha bebido de más, y entonces has de tenerle respeto; si no, lo único que tienes que hacer es seguirle la corriente... El *Viejo* es una buena persona, pero está amargado por no sé qué historia de su mujer.

Estas apreciaciones, aunque las consideraba exageradas, producían en mí sentimientos de preocupación. Él se daba cuenta e intentaba tranquilizarme:

–No te preocupes, ya te acostumbrarás; todo es cuestión de tiempo.

De mutuo acordamos dejar para el día siguiente mi inicio en el aprendizaje de las labores del barco, pues aquella tarde quería salir a conocer la ciudad y divertirse un poco. Avisado por el camarero de que ya tenía listo el camarote,

yo también decidí aprovechar el tiempo arreglando mis cosas en el nuevo habitáculo.

Mi camarote no era muy amplio. Situado a estribor, constaba de dos dependencias: un cuarto de baño con retrete, lavabo y ducha, y el dormitorio propiamente dicho. En éste, y tomando como referencia su puerta de acceso, al frente estaba la cama, un pequeño sofá y el armario ropero, todo ello sin espacios vacíos; a la izquierda, o lo que es lo mismo, hacia la proa del barco, una mesa escritorio, que abarcaba desde la cama hasta el mamparo de babor, y un sillón; y a la derecha la puerta del baño. Dos portillos, uno en el baño y otro encima de la cama, eran las únicas aperturas al exterior. Fui colocando mis pertenencias pensando en el lugar apropiado para cada cosa, no sólo por lo que respecta a su uso, sino también en cuanto a soportar los posibles golpes de mar sin dañarse. Así resultaba un orden bastante extraño para los hábitos de tierra, donde, por ejemplo, el frasco de colonia no estaba sobre el lavabo, sino entre la ropa de uno de los cajones del armario; los libros y el portarretrato de mi novia no sobre la mesa, sino debajo del colchón, etc. Cuando hube terminado coloqué la maleta vacía dentro del armario y me dejé caer sobre la cama. Estaba cansado. A través del portillo veía en un trozo de cielo a las nubes moverse lentamente, tan lentamente que me quedé dormido.

... Estaba anocheciendo cuando el camarero me despertó para saber si iba a cenar. Bajé de nuevo al salón de oficiales. El primer maquinista, Miguel, me esperaba sentado a la mesa. Extrañado de verlo solo, le pregunté por los demás.

–Se han ido a tierra; no creo que vengan ahora. Anda, Juan, sírvenos la cena.

En aquel ambiente, más intimista y relajado que el de la mañana, conocí el alma buena de quien iba a ser mi gran amigo. Solterón de cuarenta y cinco años, frondosa cabellera entrecana, barbilampiño y boca desdentada, tenía toda la sencillez de quien poco ambiciona y la sinceridad de un niño grande. Por respeto a la diferencia de edad que había entre ambos empecé tratándolo de usted.

–¿Y dice usted que no ha podido salir porque está de guardia?

–Porque estoy de guardia y porque Rafael es el que manda. Uno de los dos tenía que quedarse...; de todas formas tampoco me apetecía mucho salir.

–Pues no crea que se pierde gran cosa; aquí hay poco que ver... ¿Lleva usted mucho tiempo en el barco?

–Desde Boston. Hice el viaje en avión para embarcar. También es éste mi primer barco.

–¿No había navegado usted antes?

–Cuando terminé los estudios lo hice durante unos cuantos años, pero después tuve que dejarlo por problemas de familia. Y ahora, a los cuarenta y cinco años, me veo obligado a volver.

–Claro, los hijos son siempre un problema.

–No, estoy soltero.

Su conversación me resultaba agradable porque no ocultaba nada, porque las palabras salían de su boca porque así las sentía, sin pensar si le podían o no perjudicar; hasta los gestos le delataban en su natural forma de ser. Cuando vio mi cara de sorpresa al saber que estaba soltero, sus mejillas se sonrojaron en lo que yo interpreté de vergüenza, aunque no comprendí la causa de ella.

–Yo también estoy soltero –dije para quitar importancia al asunto.

–¿Pero tendrás novia?

–Sí; la pobre se ha quedado hecha un mar de lágrimas porque me iba. La quiero mucho.

–Eso es bueno..., tener alguien que te quiera siempre es bueno –añadió con cierta tristeza.

Terminada la cena el camarero recogió los cubiertos y se fue; nosotros nos quedamos viendo la televisión. A Miguel le gustaba estar bien informado, pero desde hacía algunas semanas no había tenido noticias de lo ocurrido en España. Por sus enfados y críticas situé sus simpatías políticas bastante a la derecha. Daba risa verle rebatir lo que el locutor decía sabiendo de antemano que no

podía oírle, y quizá por ello de vez en cuando me miraba para que le confirmase en lo acertado de sus opiniones. La verdad es que a mí todo aquello me daba igual, pero por darle gusto asentía con la cabeza.

... A medida transcurrió la programación me fui adormilando; los párpados se me cerraban y tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no dejarme caer sobre la mesa.

–Será mejor que te vayas a tu camarote a dormir –escuché en la confusión de mi amodorramiento.

–Sí, será mejor... Buenas noches.

III

Vagabundo es la traducción del vocablo inglés *tramp*, y el Maruja era esto: un buque *tramp*, un vagabundo del mar; es decir, iba hasta donde hubiera carga para llevar o traer, al margen de líneas marítimas regulares. Su destino estaba en manos de los *brokers* en el mercado de fletes, pudiendo variar en cualquier momento por capricho de la oferta y la demanda. De este modo supe que el viaje, del cual se me había informado, era simplemente un proyecto del que todavía no había constancia, aunque, si bien se mira, de lo único que había constancia en el Maruja era de que existía como barco, al margen de cualquier definición. Era como el perro vagabundo, del que se sabe que está ahí, pero que ni es de raza ni se conoce a sus padres. Parece ser que en sus orígenes fue diseñado para el transporte de carga mineral, más tarde se le transformó en buque portacontenedores, y, por último, acabó siendo barco de carga general; transformaciones estas que fue sufriendo a medida cambiaba de dueño. Cuando lo conocí tenía más de veinte años de antigüedad, ciento diez metros de eslora, quince de manga y dos bodegas con ocho mil toneladas de capacidad de carga. Los catorce miembros de su tripulación habitábamos a popa, por orden de jerarquía, entre la cubierta más baja de la sala de máquinas y la más alta del puente de gobierno. Un mundo de reducidas dimensiones donde nuestra sociedad tenía que convivir.

Como símil, una definición de la organización política que imperaba a bordo puede ser la de monarquía absolutista. El rey, don Julio, ocupaba el vértice de la pirámide; le seguía la aristocracia compuesta por el jefe de máquinas y la oficialidad; después la burguesía que abarcaba al cocinero, contramaestre y calderero, y, en último lugar, la plebe formada por la marinería, los engrasadores y el camarero. Ahora bien, esta estratificación lo era principalmente en

cuanto al poder de mando y, como he dicho, al nivel de la cubierta en el que estaban los respectivos camarotes, pues en cuanto a las relaciones personales las clases podían entremezclarse siempre y cuando cada cual no olvidase el puesto que le correspondía, es decir, era posible la conversación amigable, por ejemplo, de un marinero con un oficial, siempre que el inferior mantuviese el debido respeto. El contraмаestre (hombre rudo en extremo) dirigía su tropa de tres marineros, al igual que el calderero lo hacía con la suya de dos engrasadores, distribuyéndolos entre los trabajos que, según órdenes recibidas, en cada momento hubiera que realizar.

Durante aquellos días Cosme fue mi inseparable compañero; con él anduve por todos los recovecos del Maruja tomando nota de cuanto yo consideraba de interés. Aprendí cuestiones tan diversas como el manejo del radar, la distribución de las cartas de navegación en el cuarto de derrota, la hora en que diariamente habría de dar cuerda al cronómetro medidor de la hora en el meridiano que pasa por Greenwich, los impresos que la burocracia aduanera exige, botiquín y primeros auxilios, equipos contra incendios, y un largo etcétera en el que hasta hubo un inventario de gambuza, porque Cosme era un gran comedor que no desaprovechaba la ocasión para estar cerca de los alimentos y, de este modo, poderlos degustar.

Como había supuesto el muelle Sur no era de carga; la autoridad del puerto había decidido mantenernos allí hasta quedar libre el muelle donde bobinas de hierro esperaban para ser transportadas. Por orden de Fernando, dos marineros, Cosme y yo fuimos a popa; mientras él, junto con el contraмаestre y otro marinero lo hicieron a proa; la maniobra de cambio de muelle se iba a realizar con la ayuda de dos remolcadores, sin emplear la hélice del Maruja. Cosme, ayudado por uno de los marineros, largó dos de las tres estachas que sujetaban el barco a los norais del muelle, al tiempo que le ordenaba al otro:

–Provencio, prepara la estacha de remolque y sácala por la gatera.

Roque (el cocinero) nos observaba desde la puerta de la cocina, y yo, a decir verdad, también observaba. El remolcador acercó su popa a la nuestra y uno de sus tripulantes, cogiendo con el bichero la gaza de la estacha, la encapilló en el gancho de remolque. Visto esto, Provencio la amarró a su vez dándole varias vueltas sobre la bita.

–¡Larga todo! –le gritó en ese momento Cosme al otro marinero.

La estacha empezó a tensarse por la fuerza del remolcador, y poco a poco nos fuimos separando del muelle. A la orden del práctico, que desde el puente dirigía la maniobra, el remolcador de popa largó la estacha y el de proa nos condujo hacia el nuevo muelle. En el corto trayecto, los dos subalternos gastaban bromas a Cosme acerca de su próxima partida.

–Me parece don Cosme que se queda usted sin vacaciones; nos llevan hacia alta mar.

–¿Qué dices? –Cosme sigue la broma–. Miralles, ve y dile al práctico que pare el barco, que tengo que bajar –y hacía gestos como queriéndose tirar por la borda.

–No se preocupe. Provencio, arría el bote salvavidas –dice riéndose aquél a su compañero.

Llegados al lugar de atraque, Miralles lanzó el contrapeso de la guía al empleado que desde tierra esperaba para encapillar la estacha en el noray. Cuando lo hubo cogido, tiró de la guía y, a través de ella, de la estacha que, sujeta al otro chicote, desde a bordo le daban los marineros. Una vez encapillada, Provencio le dio varias vueltas sobre el cabrestante y Cosme empezó a virar de éste hasta tensar el cabo. Al unísono con idéntica maniobra en proa, el barco fue acercándose hasta tocar las defensas del muelle; en ese momento Miralles abozó la estacha y Provencio la amarró sobre la bita. Estábamos atracados.

Terminada la maniobra, y una vez arriada la escala real, el consignatario (al que ya conocía de cuando en tierra esperaba la llegada del Maruja) subió a

bordo.

–Hola; ¿cómo te van las cosas? –me saludó al verme.

–Bien; ¿y a usted?

–A mí también, pero me temo que a vosotros os las han complicado un poco. ¿Está el capitán a bordo?

–Sí, me parece que está en su camarote. Si quiere le acompaño.

–No, no hace falta; conozco el camino.

Sospechando que algo nuevo se avecinaba, permanecí por cubierta a la espera de noticias. Cosme se había ido a preparar su equipaje; el contraмаestre y los tres marineros se disponían a abrir la escotilla de la bodega de popa. Mientras dos de éstos quitaban las trincas, el otro sujetó con un grillete la gaza de un largo cable de acero al cáncamo de la tapa de escotilla de proa de dicha bodega, y haciendo pasar el seno del cable por una pasteca situada entre la bodega y la toldilla, lo hizo retroceder hasta darle varias vueltas sobre el tambor del molinete situado en el castillo de proa; el contraмаestre, avisado de que estaban quitadas las trincas, empezó a virar del mismo y la fuerza del cable arrastró, con gran estruendo, las tapas de escotilla, estibándolas a popa y dejando abierta la bodega.

–¿Qué le parece? –me dijo el contraмаestre al verme donde él estaba observando la maniobra–; tanto trabajo para tan poca cosa. En los barcos modernos se abren y cierran con un solo botón; pero éste ya está para el desgüace.

–Tampoco es para tanto –contesté al considerar excesivo su parecer.

–Ya lo verá. En los tres años que llevo en el barco siempre se ha dicho que lo iban a desguazar, pero hasta la fecha no lo han hecho, y cada día está peor.

–Pues que no lo hagan ahora, cuando acabo de llegar.

En ese momento, Fernando, que se había ido a no sé dónde al terminar la maniobra de atraque, apareció por cubierta; al vernos se acercó hasta nosotros. Viéndole llegar nos quedamos callados. En su cara creí notar pensaba estábamos criticándolo, y ante su defectuosa mirada, seria e inquisidora, me vi obligado a

disculparme:

–No, el contraмаestre sólo me hablaba de lo viejo que es el barco.

Haciendo como si no me hubiera oído, se dirigió a éste:

–Vaya a comer porque dentro de dos horas van a empezar a cargar las bobinas, y tendrá que estar vigilando lo que hacen.

–¿Ya se ha confirmado el viaje? –le preguntó el contraмаestre.

–Sí, vamos a un puerto de Escocia. Creo que se llama Dundee.

Nos quedamos solos.

–No sé lo que te habrá dicho Vicente, pero recuerda que si quieres llevarte bien conmigo tendrás que decirme siempre la verdad –me advirtió en tono de voz que interpreté de amenaza.

No me dio tiempo a contestarle porque, dicho esto, se fue hacia la bodega abierta. Más tarde, al pasar junto a ella, lo vi al fondo, diminuto y solo en el gran espacio vacío que iba a ser receptáculo de las bobinas de hierro objeto de nuestro viaje.

Deseoso de saber algo más subí a puente con la intención de encontrar la carta de navegación de dicho puerto. Este departamento contenía, en unos nueve por cuatro metros, los instrumentos necesarios para gobernar al Maruja, o sea, rueda del timón, telégrafo de órdenes a la máquina, girocompás, radar, una serie de paneles con diversos interruptores de control eléctrico, y dos radios: una de corto alcance, situada sobre uno de estos paneles, y otra de largo en el cuarto de derrota, pequeña habitación a la que se accedía desde el mismo puente. Guiado por el catálogo de cartas busqué entre los cajones de la mesa de este cuarto la que hacía referencia al puerto en cuestión, y pude comprobar que Dundee está al norte de la costa oriental de Gran Bretaña, es decir, en el Mar del Norte. Ya puesto en la búsqueda decidí dejar preparadas todas las cartas necesarias para la navegación prevista, pues, según me había dicho Cosme, era trabajo del segundo oficial.

Durante el almuerzo, quien más quien menos, todos mostraron su disgusto por el cambio de viaje; estábamos en estación otoñal y en aquellas latitudes era lógico prever que nada bueno nos esperaba. Sólo Cosme y yo permanecíamos al margen de estos temores: él, porque se iba de vacaciones; yo, por la ignorancia del novato.

–¿Pero se sabe si después iremos a Callao? –le preguntó Rafael al capitán.

–De momento lo único cierto es adonde vamos; después tal vez a algún puerto de los Grandes Lagos.

–¿Y dónde está eso? –pregunté simple en mi ignorancia.

Rieron todos.

–Entre los esquimales –me indico Fernando con ademán de burla; y añadió–: Prepárate a pasar frío si vamos allí.

Quizás mi intervención en la conversación de sobremesa hizo recordar a don Julio que éramos dos los segundos oficiales a bordo y que, por tanto, uno debería desembarcar antes de iniciar viaje, siempre y cuando el otro, siguiendo su orden dada el primer día, estuviera al corriente de sus obligaciones. Interesándose por esto, me preguntó al respecto:

–¿Ya le ha explicado Cosme todo lo que tiene que hacer?

–Bueno..., supongo que...

–Sí, ya lo sabe todo –me interrumpió Cosme al verme dudar–. Ayer estuvimos en la comandancia de marina y dejamos arreglada la cuestión del relevo. Yo creo que ya me puedo marchar.

Don Julio guardó silencio. Como siempre que se requería de él una sentencia favorable, gustaba mantener el suspense. Tras unos interminables segundos, susurró:

–Si es así, puede irse cuando quiera.

Recuerdo su despedida como una sensación de abandono, de quedarme solo frente a los problemas que, por razón de mi cargo, debería afrontar. Hasta

entonces yo había sido el relevo de un segundo oficial que con su presencia me exculpaba de toda responsabilidad, pero a partir de ahora debería demostrar mi propia valía, y a este respecto debo decir que, aunque mis subordinados nunca antepusieron el don a mi nombre (no sé si por razones fonéticas o de mero prestigio), lo hice lo mejor que supe.

Un taxi esperaba en el muelle. Los montacargas transportaban las bobinas hasta pie de grúa y ésta las izaba llevándolas a bordo. Yo miraba desde el portalón todo aquel ajetreo. El camarero bajó la maleta y, ayudado por el taxista, la introdujo en el portaequipajes. Al cabo de un rato Cosme apareció por cubierta radiante de felicidad; se despidió de algunos subalternos que encontró a su paso, y, acercándose hasta donde yo estaba,

–Ya es todo tuyo –me dijo señalándome el barco–. Ahora lo único que tienes que hacer es dejar que las cosas vengan por sí solas; no te compliques la vida.

–Eso espero.

–Recuerda lo que te dije de él –(entendí se refería a Fenando)–, y no tendrás problemas... Buena suerte –añadió dándome la mano.

–Gracias.

Lo vi alejarse en el coche haciéndome gestos de adiós con la mano. El compañero de esos primeros momentos me dejaba con un confuso sentimiento de pena y temor ante lo que se avecinaba, pero también de alegría por empezar a ser el segundo oficial.

Como ya he dicho, el objeto de nuestro viaje era el transporte de grandes rollos de plancha de acero bobinada. El peligro de este cargamento está, por un lado, en su forma circular que requiere el empleo de abundantes trincas para evitar su corrimiento, y, por otro, en su gran pesadez que, al reducir la altura del centro de gravedad del barco sobre la quilla, puede dar lugar a bruscos bandazos durante la navegación. El contramaestre observaba, apoyado en la brazola, el

trabajo de los estibadores en la bodega. Tenía todo el aspecto de un viejo lobo de mar, desaliñado, con multitud de arrugas surcando su rostro avejentado a pesar de su vigor físico, pelo crespo y negro donde resaltaban todavía más sus ojos azules, y ronca voz ducha en todo tipo de juramentos. Me gustaba mirarle a la cara, y sospecho que él siempre supo de mi admiración. Estaba especialmente preocupado porque se colocaran grandes listones de madea sobre el plan y costados de la bodega a efectos de que las bobinas descansasen sobre ellos y no directamente sobre la plancha del barco.

–¡Me cago en lo más sagrado de tu memoria! –le gritaba a uno de aquellos hombres–: ¡¿pero no te das cuenta que a ese lado está la sentina? Pon el tablón, animal!

Sin acercarme a su lado, por temor a que Fenando viéndonos columbrase crítica hacia su persona, permanecí un rato asomado a la esotilla. La carga iba siendo estibada, con su perímetro circular hacia las bandas del barco, en dos niveles: el primero, sobre el plan de la bodega, compuesto de cuatro rollos separados entre sí una distancia inferior a su diámetro; el segundo, sobre el primer nivel, con tres rollos que en parte empotrados en los respectivos espacios que había entre los de abajo, los inmovilizaba, con su peso suspendido, para todo movimiento.

Las dos bodegas eran de una sola pieza, sin entrepuentes, y el acceso a ellas tenía lugar por la propia escotilla mediante una serie de peldaños soldados al mamparo contrario al del nombre de la bodega. Entre ambas había una grúa que junto con un puntal en el palo de trinquete y otro a proa de la toldilla sobre la cubierta de botes, constituían todos los medios de carga y descarga del barco.

La lluvia fue la causante de que el tiempo de carga durase más de lo debido. Cada vez que empezaba a llover, aunque fuera débilmente, era preciso cerrar las escotillas, para volverlas a abrir, a veces al poco rato, cuando escampaba. Todo ello suponía laboriosas maniobras con el ya mencionado cable de acero sujeto a la correspondiente tapa de escotilla y el molinete tensándolo. Durante

aquellas interrupciones yo me cobijaba en mi camarote o en el salón de oficiales, según las ganas que tuviese de relacionarme socialmente. Sabía que si me quedaba en el salón, y aunque en un principio no hubiera nadie, tarde o temprano pasaría alguien por allí con posibilidades de iniciar una charla; por el contrario, el camarote era un espacio acotado para su respectivo inquilino y a quien éste quisiera recibir. Otros lugares aptos para alternar eran el comedor de subalternos y la cocina; ahora bien, así como el primero era, al igual que el salón de oficiales, un espacio de clase, la cocina lo era común para todos los tripulantes. En ella era posible encontrar, con preferencia durante la navegación y al calor de los guisos en cocción, a los diversos miembros de las clases sociales conversando amigablemente sin ningún tipo de prejuicio y con la única limitación de capacidad de espacio en cuanto al número de personas.

Sin embargo, en la generalidad siempre hay matices, y Fernando, al menos en lo que a mí respecta, era uno de ellos. Nuestras personalidades chocaban por no sabría definir el motivo, pero fuera cual fuese ahí estaba. Cuando no era su mirada, era su manía de creer a todos conspirando en contra suya, y cuando no, porque su vanidad se había resentido por no ser suficientemente adulada. Éste fue el caso que dio definitivamente por zanjados mis esfuerzos por congraciarme con él.

Durante el cargamento le había visto muchas veces por cubierta dando órdenes acerca de cómo debía hacerse la estiba, pero sólo fue al final (habiendo procurado antes mantenerme alejado de su persona para no complicar nuestras incipientes relaciones) cuando le acompañé.

—¿Qué te parece? —me dijo al asomarnos a la bodega—; ¿crees que aguantarán?

Aquella pregunta no era lógico me la hiciera a mí, pues si él, con su experiencia, no lo sabía, menos yo.

—No sé..., espero que sí —contesté evasivamente.

—Esto no lo enseñan en la escuela; hacen falta muchos años en la mar para

saberlo hacer.

Entonces comprendí que hubiera deseado le alabase con mi respuesta, pero ya era tarde para rectificar y que quedé callado. Algo molesto por mi actitud, me mandó a ver los calados. Bajé al muelle y fui al de proa; una vez retenida la cifra en mi memoria, me dirigía a paso normal al de popa, cuando él, desde a bordo, empezó a chillarme:

–¡Corre,inútil,que eres un inútil;no podemos estar todo el día esperándote!

Sorprendido, y bastante avergonzado por la gente que se reía al ver lo que pasaba, aligeré el paso hasta casi correr. De nuevo en cubierta, no supe decirle los calados porque la ofuscación los había borrado de mi mente. A la vista de todos su afirmación anterior quedaba evidenciada por la realidad, y en mi humillación él quedaba ensalzado.

–Vete,no puedo contar contigo para nada; ya lo haré yo –me despidió con sonrisa que pretendía hacerse seria sin conseguirlo.

Un sentimiento de rabia se me apoderó por aquella estratagema para hacerme fracasar, y desprecié, hasta casi odiar, la venganza de su orgullo herido por no haberle alabado en su momento. Desde entonces a Fernando lo tuve como un enemigo al que debía evitar.

Cerradas las escotillas y trincadas sus tapas, el barco quedó listo para hacerse a la mar. A la espera del práctico, me fui a preparar el puente. Era de noche. Puse en funcionamiento el radar y la emisora de radio, comprobé que el timón respondía bien, y encendí las luces de navegación. Desde la oscuridad reflejando el haz luminoso del radar girando sobre la pantalla, observaba el muelle desierto y escasamente iluminado por algunas farolas, a Provencio y Miralles hablando en el portalón a la espera de poder retirar la escala real, el faro del puerto dirigiendo su intermitente luz hacia alta mar, la negrura de ésta... Una vez el práctico a bordo, a través del telégrafo puse en aviso a la sala de máquinas de que la maniobra estaba a punto de empezar. Al ver a Fernando, seguido del

contramaestre y el otro marinero, dirigirse hacia proa, apagué las luces de cubierta. El *Viejo* y el práctico entraron en el puente.

–Buenas noches –me reconoció este último–. Como ve todo llega en esta vida; hace unos días era usted el que venía a mí para saber de su barco, y ahora soy yo el que viene a usted para sacarlo a la mar.

–Sí, todo llega –respondí.

Por orden del capitán me puse al timón. Ambos salieron al alerón de estribor; el práctico era quien dirigía la maniobra y don Julio transmitía las órdenes, con el radioteléfono cuando se trataba de lugares alejados del puente, o directamente a través de la puerta cuando se trataba de éste.

–Que largen todo a popa y dejen el spring a proa.

Cumplidas las órdenes, añadió:

–Todo el timón a estribor; avante despacio.

La popa del barco empezó a abrirse del muelle.

–Para máquina... Que largen todo a proa... A la vía el timón;atrás despacio
Nos alejamos del muelle.

–Para máquina... Todo el timón a babor; avante despacio.

El barco enfiló su proa hacia la bocana del puerto. Las señales luminosas de balizamiento parecían moverse lentamente en dirección contraria a la nuestra, cuando en realidad éramos nosotros los que avanzábamos generando una suave brisa. Desde dentro oía la conversación de los dos hombres sin entender sus palabras. Al cabo de un rato ambos entraron.

–Bueno, capitán, creo que ya no me necesita; así es que será mejor que me vaya.

–Como usted quiera... Acompañele, Lozano.

Se dieron la mano. Yo dejé el timón a Provencio que había subido al puente, finalizado su trabajo en popa porque era su turno de guardia, y acompañé al práctico hasta la escala de gato colocada en cubierta expresamente para que pudiera desembarcar. Su bote, que desde el inicio de la maniobra nos había

estado siguiendo a una prudente distancia, se nos acercó hasta abarloar.

–Le deseo mucha suerte, joven –me dijo al despedirse.

–Eso deseo yo también. Gracias.

Bajó por la escala y, agarrándose a su ayudante que le tendía la mano, dejó nuestro barco. Los vi alejarse hacia el muelle, en la dirección de la ciudad que dejábamos.

IV

De nuevo en el puente, informé a don Julio del desembarco del práctico sin novedad.

–Muy bien; ponga el telégrafo en avance toda –me ordenó al saberlo.

Cumplida su orden esperé entre las sombras caviloso de que pudiera precisar algo más de mi persona.

Al cabo de un rato tomó un par de demoras sobre la pantalla del radar que, llevadas a la carta, le permitieron situarse y dar rumbo. Algunas lucecitas moviéndose en la oscuridad del mar indicaban la presencia de otros barcos; a estribor, la costa quedaba señalizada por las lejanas luces de un faro y otras, más mortecinas, que suponía de lugares habitados.

–¿Me imagino sabrá de su guardia? –me preguntó cuando hubo terminado la maniobra de cambio de rumbo.

–De doce a cuatro –respondí.

–Es mejor que aproveche el tiempo que le queda y se vaya a descansar. La noche es larga.

Atendiendo a su consejo, bajé a mi camarote. Ya dentro cerré la puerta sin echar el cerrojo y, tras desnudarme, me acosté. A diferencia de cuando estábamos en puerto ahora la navegación se dejaba sentir en un ligero balanceo del barco y en un mayor ruido de sus motores. En estas condiciones el descanso se hacía difícil...

Provencio entró en mi camarote y encendió la luz.

–Señor Lozano, es la hora de su guardia.

Algo confuso miré el reloj de pulsera. Apenas habían pasado un par de horas y no había conseguido conciliar el sueño profundo que aisla de todo

cuanto sucede alrededor. Tras vestirme y lavarme la cara, subí de nuevo al puente. Deslumbrado por la luz de donde venía, tuve que esperar un poco para que mis ojos se adaptasen a la oscuridad. Las sombras, al resplandor del radar y otras válvulas de los equipos electrónicos, se me fueron identificando, y entre ellas adiviné la presencia del *Viejo*. Me acerqué a él.

–Buenas noches.

–Buenas noches –contestó a mi saludo. Al cabo de un largo silencio–: En la amura de estribor tiene un barco; no creo que tenga problemas con él, lleva nuestro mismo rumbo, pero no lo pierda de vista... Mantenga una distancia mínima a la costa de diez millas, y no cambie de rumbo; ya lo hará Fernando cuando venga.

Provencio se asomó por la puerta del alerón:

–Don Julio, si da usted su permiso me retiro.

–¿Le ha llegado el relevo?

–Sí. Cándido está aquí.

–Bien, puede irse.

El *Viejo* parece dudar entre marcharse o quedarse; estaba claro que no confiaba mucho en mi experiencia de alumno. Por fin, se decide a hacerlo.

–Si tiene algún problema no dude en llamarme –me advierte mientras observa por última vez la pantalla del radar.

–No se preocupe, así lo haré.

Después de darme las buenas noches se fue por la puerta interior, la misma que yo había utilizado al subir. Habitado a la oscuridad pude encontrar los prismáticos y ver, a través de ellos, el barco del que me había hablado: una luz blanca en apariencia inmóvil. Sobre la pantalla del radar una línea, desde el centro hacia delante, indicaba nuestro rumbo; a su derecha el perfil de la costa, y entre éste y aquélla una manchita que deduje era el eco del barco; lo señalicé a efectos de medir su distancia. El girocompás y el piloto automático mantenían el rumbo ordenado. Todo estaba bajo control.

Pasó el tiempo. Mi atención fue cediendo a otras cuestiones distintas al rumbo, el otro barco o la distancia a la costa. El marinero que me acompañaba en la guardia seguía fuera del puente. La monótona soledad me llevó hasta donde él estaba.

–¿No tiene frío? –le pregunté por decir algo.

–No, aquí se está bien, el aire es más puro.

Consideré su respuesta un tanto carente de sentido porque el aire allí en lo único que se diferenciaba con respecto al de dentro era en su movimiento.

–¿Será por el viento? –aduje para justificar su opinión.

–Porque el aire llega y se marcha sin que nada lo retenga.

No comprendí su forma de hablar, pero supuse estábamos de acuerdo. Aunque la mayor oscuridad del alerón me impedía ver su físico, sabía de él por haberlo visto muchas veces cuando estábamos en puerto. Alto y sumamente delgado, edad madura, pelo escaso, barba crecida, y una mirada..., ¿cómo diría?, triste no es la palabra, sería tampoco, quizás llena de angustia.

–Qué noche más oscura; ni siquiera se ven las estrellas –opiné después de una pequeña pausa.

No me contestó. Seguí hablando:

–Ni faros ni luces en la costa...; claro, a tanta distancia... ¿Es usted de por aquí?

–No...; bueno, sí, soy español, pero nací en Mozambique.

–Caramba, ¿y cómo fue eso?

–Mi padre era gallego y mi madre portuguesa. Tuvieron que emigrar por motivos de trabajo.

–¿Estuvieron mucho tiempo?

–Hasta la eternidad.

Volvió a desconcertarme. Aquel hombre tenía la cualidad de dejarme en la duda; ¿qué significaba ese hasta la eternidad? Además, parecía como si en nuestra conversación fuera yo el que le obligara a hablar. No quise seguir

preguntando y me quedé callado. Él debió darse cuenta de mi enfado.

–Están enterrados allí... Mi madre murió de pena al morirse mi padre... Lo encontraron un día en la playa casi comido por los peces... Era pescador. Tenía un buen barco y, a veces, yo le acompañaba; pero aquel día no sé lo que debió ocurrir...

–Lo siento –hice intento por disculparme de mi anterior falta de tacto.

–Nunca supimos lo que realmente había sucedido; pero lo cierto es que el barco no volvió a aparecer, y mis hermanos y yo tuvimos que buscarnos la vida por nuestra cuenta.

–¿Tiene muchos hermanos?

–Dos hermanos y una hermana. Al casarse ésta, me vine con ellos a España; los otros siguen en Mozambique.

–Yo creo, Cándido –le llamé por su nombre para demostrarle mi afecto–, que hizo usted bien, pues según cuentan las cosas por África van de mal en peor.

–Sí, por lo general son países donde se aprende a sufrir.

Nunca antes se me había ocurrido pensar que el sufrimiento requiriese de aprendizaje.

–A esas escuelas nadie quiere ir –dije con cierta ironía.

–Nadie las quiere, pero son necesarias. Sólo quien ha sufrido es capaz de ser feliz...; hasta donde se puede serlo –añadió después de pensarlo un poco.

Durante la conversación me daba cuenta que la luz de nuestro acompañante era cada vez más intensa, y cerrada con respecto a la proa.

–Creo que nos estamos acercando –le dije señalando al barco–. Perdona un momento.

El radar confirmó lo que a simple vista sospechaba: si no maniobraba la colisión era inminente, porque nuestra velocidad era mayor y su rumbo tendía a cortar nuestra derrota. En un principio pensé en cambiar el rumbo varios grados a estribor, pero me dio miedo porque suponía acercarme a la costa más de lo debido; reducir velocidad tampoco quería por la alarma que ello podía causar en

la sala de máquinas. Hacia babor no había ningún obstáculo. Desconecté el piloto automático y ordené a Cándido coger el timón. Aunque refrán marinero es que buque que alcanza gobernará sin tardanza, yo aún tenía la esperanza de que lo hiciera el otro. Esperé hasta casi acercarme a su popa media milla, y, al ver que no maniobraba, di orden de meter todo el timón a babor. Empezamos a girar hacia esa banda con un movimiento que sólo observaba en la rosa del giro-compás yendo en sentido contrario. Al aproximarnos de nuevo a nuestro original rumbo, ordené llevar a la vía el timón y dejé que Cándido lo mantuviese al llegar a él. Finalizada la maniobra comprobé satisfecho que la luz del otro barco estaba ahora en nuestra amura de babor.

–Señor Lozano, creo que deberíamos llamar al primer oficial –me avisó de la hora que era.

Miré el reloj del cuarto de derrota: casi eran las cuatro.

–Sí, es verdad; vaya usted.

Puesto de nuevo el piloto automático, me quedé solo a la espera de que Fernando subiera. Estaba contento con el resultado de mi primera guardia como oficial. Había cumplido las órdenes del capitán, realizado una maniobra que consideraba excelente, y tenido una mar que apenas balanceaba al barco. Después de fijar nuestra posición estimada en la carta de navegación, anoté en el cuaderno de bitácora mi salida de guardia sin novedad.

Una vez dentro, y cerrada la puerta, Fernando se quedó junto a ésta sin atreverse a andar. Sabía que, deslumbrado, estaba ciego ante lo que le rodeaba; yo en cambio le veía perfectamente. A punto estuve de echarme a reír cuando tropezó con una de las sillas.

–¡Maldita sea! –refunfuñó–; ¿quién ha puesto esto aquí?

Resultaba gracioso verlo avanzar tanteando en la oscuridad. Sin saberlo, se detuvo casi a mi lado.

–Buenas noches –le dije compadecido por su torpeza.

–¡Ah!; hola, buenas noches –me contestó sorprendido.

Poco a poco en sus gestos noté que empezaba a controlar la situación y me puse serio por temor a su forma de ser. Le informé sobre nuestro rumbo y el otro barco, así como de las órdenes del capitán respecto de la distancia a la costa.

–Si será animal; yo que él me pongo a cincuenta millas. ¿Para qué tanta distancia? –murmuró.

Al ver a Cándido con Miralles en el alerón, me asomé por la puerta y le di permiso para que se fuera.

–Bueno, yo también me voy –afirmé como despedida.

–Haz lo que quieras –supuse estaba malhumorado–, pero otra vez me llamas antes; apenas he tenido tiempo de despertarme.

–Lo tendré en cuenta. Buenas noches.

No me contestó.

A pesar de lo avanzado de la noche me encontraba bastante despejado y con hambre, por lo que decidí bajar a la cocina a ver si había algo para llevarme a la boca. Miré en la nevera: salchichón, sardinas, queso..., y hasta botes de cerveza; estaba bien surtida. Tras coger lo que más me apeteció, me fui al salón de oficiales. Solo, y mientras comía, me puse a ojear las dichas revistas pornográficas; sus lujuriosas mujeres siempre dominaban mi fuerza de voluntad hasta llegar al clímax de mi instinto sexual, en cuyo momento dejaba de necesitarlas hasta iniciarse de nuevo el proceso. Abstraído, no me di cuenta de la llegada de Miguel.

–¡Juventud, divino tesoro! –rió al verme enfrascado en la observación de aquellas imágenes.

–¡Ah!, hola...; perdón, no me había dado cuenta –balbuceé avergonzado.

–No te preocupes, eso nos pasa a todos... ¿Entras o sales de guardia?

–Acabo de salir... Tanto tiempo desde la cena, tenía hambre... ¿Usted sale también?

–No, yo entro ahora. Pero por favor no me trates de usted, que me haces sentirme viejo... ¿Qué tal te ha ido en el puente?

–Bien. Sólo un barco me ha obligado a maniobrar; he estado a punto de parar la máquina.

–Ni se te ocurra; haces eso en alta mar y nos das a todos un susto de muerte pensando que vamos a chocar contra algo. Si alguna vez te ves obligado a hacerlo, nos avisas con tiempo por teléfono.

Terminada la cerveza que estaba tomando, se fue a su trabajo; yo también lo hice a mi camarote. Más relajado que antes, sabía que tenía bastantes horas para descansar. Me puse el pijama y, una vez acostado, apagué la luz. El mismo balanceo y ruido de los motores, pero ahora me deleitaba con la sensación del calor de las mantas tapándome sobre el blando colchón. Me quedé profundamente dormido.

El Juez me condenó. No conocía a nadie de los que llenaban la sala. Todos, incluidos los magistrados, se ríen de mí. ¿Qué había hecho? Los soldados me llevan atado, a través de largos pasillos, hasta un patio donde espera el pelotón de fusilamiento. Me tapan los ojos. Aterrado escucho el ritmo constante de los disparos, pero no me dañan... Con ellos fui adquiriendo, al despertar, conciencia de la realidad. Provenían de afuera, del golpe de varias piquetas sobre la plancha del barco. Quise volverme a dormir pero fue imposible; el ruido de ese constante martilleo me lo impedía. Decidí levantarme. Mientras me aseaba, llamaron a la puerta.

–Perdón, pensaba que dormía –era Juan, el camarero—. Cuando quiera, ya tiene el almuerzo preparado.

–Bien, ahora voy.

El horario de las comidas era a las doce del mediodía y a las seis de la tarde, tanto en puerto como en la mar. Sin embargo, durante la navegación había un servicio previo de media hora para los que estaban o iban a entrar de guardia; así, el segundo oficial almorzaba a las once y media porque a las doce se incorporaba a aquella, y el primer oficial hacía un alto en la suya, de cinco y

media a seis, para cenar. Todo esto, junto con el desayuno y un refrigerio a media mañana, completaban los servicios que oficialmente prestaba la cocina; durante el resto del tiempo la nevera suplía sus veces.

Saber por qué casi un niño está trabajando en un barco y no en el colegio estudiando es asunto que no llegué a averiguar, aunque muy probablemente sólo exista una razón de tipo económico. Juan era el hermano mayor de una familia numerosa, y como tal (consideraba yo) habituado a hacer frente a sus deberes. Circunspecto en todos sus actos, adoptaba una actitud impropia para su edad, contraste que me hechizaba en la observación de cuanto hacía. Repeinado en su rostro imberbe y rubicundo, con pantalón negro e immaculada camisa blanca, sentado el comensal se le acercaba con el puchero o la bandeja para que se sirviese lo que deseara. Hecho esto, y si no había otra cosa que hacer, permanecía de pie, a una discreta distancia, a la espera se le pudiese requerir para algo. Poco hablador e inexpresivo en sus gestos, era difícil saber lo que pensaba (si es que en realidad pensaba algo). Por regla general mis conversaciones con él solían ser sobre cuestiones que me afectaban relacionadas con su trabajo, como la limpieza del camarote, la comida del día, u otras similares.

Cuando hube terminado de almorzar subí al puente por su acceso exterior. Me gustaba hacerlo por este trayecto en los días de buen tiempo, y ciertamente aquél lo era con sus solitarias y blancas nubes en la intensa luz de azul del cielo curvo hasta, en el horizonte, tocar al mar reflejo de ese azul. Tanta libertad en el espacio abierto me dañaba la vista. Al llegar entré por la puerta del alerón. No había nadie. Miré en el cuarto de derrota; tampoco. Extrañado de que no estuviera el *Viejo*, abrí la puerta interior y me asomé por la escalera que bajaba hasta nuestros camarotes de oficiales.

–... debería haber estado allí –era don Julio el que hablaba.

–Si Vicente no cumple mis órdenes, no es culpa mía –Fernando se disculpaba.

–¡Pero usted es el responsable! –gritaba aquél.

Cerré la puerta con sigilo; no había duda de que estaban discutiendo y consideré imprudente supieran de mi presencia. Salí de nuevo al alerón para exculparme de toda posible escucha. Mientras con los prismáticos oteaba el horizonte en la búsqueda de posibles barcos, supe de su entrada pero me hice el distraído.

–Lozano, venga un momento –me llamó desde el cuarto de derrota.

–Perdone, don Julio; no me había dado cuenta –mentí para hacerle creer mi ignorancia de lo sucedido.

–Preste atención. Cuando lleguemos aquí, cambie de rumbo para seguir esta derrota –me señalaba sobre la carta los puntos de referencia–; pero no olvide situarse antes de hacerlo... Eso será para dentro de unas tres horas –calculó después de medir la distancia que faltaba.

Apenas habían transcurrido doce horas desde nuestro anterior relevo y ya me permitía cambiar el rumbo. Supuse era debido a la excelente visibilidad que en ese momento dejaba ver cualquier obstáculo a muchas millas de distancia, y no a que tuviera conocimiento de mi buen hacer en la última guardia. Sea como fuere, alguna vez tenía que ser la primera.

–Si lo cree necesario puede poner en funcionamiento el radar, aunque con esta visibilidad pronto verá la costa y podrá situarse directamente sobre ella.

–Será mejor que lo ponga para irme haciendo a la idea de por dónde voy –dije sin darme cuenta que con ello evidenciaba la escasa confianza que tenía en mis propias posibilidades.

En su cara noté un gesto de desagrado. Como más tarde supe, no le gustaba se hiciera un uso excesivo del radar por miedo a que pudiera estropearse cuando más falta hiciese.

A diferencia de las guardias de noche, en las de día el oficial no estaba acompañado por un marinero debido a que se aprovechaba el tiempo de éste para que efectuara otros trabajos, y porque, además, la mayor actividad de a bordo aumentaba las posibilidades de que cualquier suceso anormal fuera apercibido

por alguien, cosa que no ocurría durante la noche al estar todos (excepto el personal de guardia) en sus camarotes durmiendo.

Al marcharse don Julio puse en funcionamiento el radar. Mi inexperiencia de oficial primerizo requería la ayuda de todo lo que, al permitir un mayor control, relajase los nervios. Comprobé que el perfil de la costa en la carta se correspondía con el de la pantalla de aquél, e identifiqué el punto de recalada; resultaba evidente que a simple vista no lo veía por la enorme distancia a que estábamos, pero con nuestro rumbo tarde o temprano aparecería por la proa. Ya seguro de la situación, desconecté el equipo.

En estas guardias vespertinas la primera parte era de una soledad extrema, pues en ese intervalo el resto de la tripulación, después de haber comido, solía sestear; pero a partir de la una y media el contramaestre y Cándido (entre otros) reanudaban la jornada laboral, y el solo hecho de verlos desde donde yo estaba, suponía ya una cierta compañía. Los dos sentados directamente sobre la cubierta, golpeando con sendas piquetas la plancha de acero para hacer saltar la pintura vieja, después barrer los escombros, y, por último, pintar con minio la tarea efectuada, era uno de sus múltiples trabajos, y en todos me tenían a mí de espectador. Cuando, por la razón que fuera, no podía verlos, entonces la primera sensación se mantenía durante toda la guardia, a no ser, claro está, que alguien subiese por el puente. Si no era así, y no había otros asuntos que acaparasen mi atención, iniciaba un largo paseo de una a otra banda del puente que, repetido muchas veces, podía llegar hasta cansar físicamente.

Lo que en un principio me pareció una nube en lontananza, resultó ser la costa. A medida nos acercamos pude reconocer algunos de sus puntos más sobresalientes, y, con el repetidor del girocompás, tomar posición sobre la carta. Llegados al punto de recalada volví a situarme para, bien seguro de donde estaba, cambiar el rumbo. Esto, que más tarde seía simple rutina, tenía la novedad de quien asume por primera vez sus responsabilidades, y, en consecuencia, meditaba mucho cada acción antes de efectuarla.

Satisfecho conmigo mismo, bajé del puente después de dar el relevo a Fernando. No sabía qué hacer. Vagueando llego hasta la cocina. El jefe de máquinas da explicaciones a Roque de cómo hacer en su oficio:

–En gastronomía no hay nadie que me supere. Hazme caso, para hacer un buen arroz hay que refreírlo primero.

El cocinero me hace a hurtadillas gestos de fastidio por la petulancia de Rafael, pero éste, sin darse por aludido, sigue fanfarroneando:

–Pues sí, entre mis virtudes está la de saber comer. Hay gente que come para vivir..., como Cosme, ¿te acuerdas? –dice dirigiéndose a Roque–; pero no, yo vivo para comer. Soy un sibarita en esto de la comida.

Rafael, a pesar de ser el jefe de Miguel, era más joven que éste, en cuanto a edad, porque en cuanto al carácter podía ser su padre. La diferencia entre uno y otro estaba en su amor propio: al primero le sobraba lo que al segundo le faltaba. Miguel era un humilde de corazón que de sí mismo tenía una opinión no muy diferente a la que tenía de los demás, es decir, el hombre por el simple hecho de serlo no puede avanzar (en el sentido de mejorar su condición humana) si no es con ayuda; por el contrario Rafael tenía el ímpetu de quien todo lo sabe y a nadie necesita. Como consecuencia de este modo de ser, en su relación de trabajo siempre era Miguel el que preguntaba cómo debía hacer las cosas, mientras Rafael explicaba, la mayoría de las veces, lo que ya había dicho el otro.

Las conversaciones de cocina eran cortas y con un continuo trasiego de interlocutores. Unos venían a tomarse un aperitivo, otros a fisgonear lo que se estaba cocinando, y otros, en fin, pasaban por allí y al ver gente se quedaban para saber de qué se hablaba. En el entretanto, Roque iba de un lado para otro preparando sus guisos sin que al parecer le molestasen mucho las continuas visitas.

En esto estaba cuando el contraamaestre vino a avisarme de que el primer oficial reclamaba mi presencia. Extrañado porque me llamase al poco de haberlo dejado, subí pensando lo peor.

–Me han dicho que me llamas –dije con débil voz que evidenciaba mis

temores.

–¿No sabes qué hora es?

–Las cinco y media –contesté.

–Pues eso, yo también tengo que cenar.

Aliviado no quise justificarme con mi ignorancia del tema y le pedí disculpas, aunque no tenía por qué haberlo hecho, pues esa media hora no era un cambio de guardia, sino una cortesía hecha costumbre para que cenase más comodamente en el salón de oficiales y no en el puente. Transcurrido este tiempo pude comprobar lo que sólo de oídas sabía: Fernando gustaba demasiado del vino. Volvió dando alguno que otro traspies, y, tras sentarse en una de las sillas, me despidió de modo desabrido. No quería me diese cuenta de su situación.

De nuevo a comer; ahora acompañado por el capitán y el jefe de máquinas. Entre ellos me sentía un poco desplazado porque cuando no hablaban de cuestiones que les afectaban sobre la jefatura del barco, lo hacían de personas para mí desconocidas. Sólo individualmente podía entablar una cierta conversación.

Terminada la cena me fui dando un paseo hasta el castillo de proa. La tarde estaba declinando. A medida me alejaba de popa el ruido de los motores cedía en intensidad al silencio. Al llegar a lo más extremo del barco, me puse a observar cómo el cabeceo de éste hundía la proa en el agua y, al levantarse, arrastraba tras de sí espuma de mar que la brisa llevaba casi a mis pies.

–Tenga cuidado no se vaya a caer –escuché a mis espaldas.

Era Cándido que al oír pasos desde el pañol, había subido hasta donde yo estaba.

–¡Qué susto!, no esperaba hubiera alguien por aquí.

–Perdone, no fue mi intención.

–No importa. Sólo estaba dando un paseo.

A poniente el sol, enrojando hilachos de nubes, empezaba a ocultarse.

–Mire –le dije señalando hacia allí.

Nos quedamos callados. El astro, lento en su caminar, dejó de verse en el horizonte tras una nube con luz de fuego.

–No; no es el rayo verde –sentenció después de ver lo ocurrido.

–¿El rayo verde? –pregunté ignorante.

–Sí, es la belleza de la vida. No creo que por estos mares se produzca.

–Pero, ¿qué es? –insistí.

–En el Indico, navegando con mi padre... Es una tarde azul, sin nubes y el horizonte nítido en una línea donde se juntan cielo y mar. El sol, casi blanco de amarillo, la toca; cayendo se oculta detrás de ella, tembloroso y lentamente, hasta que, al llegar a su limbo superior, de él nace un rayo verde que, rápido y fugaz, se extiende por el lugar contrayéndose de nuevo al desaparece aquél... Nunca más lo he vuelto a ver, pero sé que existe; unos segundos bastaron para que lo conociera y nadie podrá negármelo.

–Tuvo que ser muy hermoso –dije admirado por la pasión que había puesto en describirlo.

–Hay mucha gente que lo niega porque tienen celos de no poderlo ver.

–¿Celos? –pregunté extrañado.

–Sí, porque todos quieren la belleza y no soportan que se vaya con otros.

Las palabras de Cándido solían dejarme desconcertado, pero a diferencia de otras que pudieran hacer lo mismo, las suyas permanecían en mi mente hasta llegar a ser casi obsesivas. ¿Quién me garantizaba que lo dicho era verdad? Sólo si llegaba a ver con mis propios ojos ese rayo podría saberlo.

Era casi de noche cuando volvimos a popa. Me despedí del marinero hasta la guardia nocturna. Yendo hacia mi camarote, al pasar junto al de Miguel, lo vi de espaldas sentado frente a su escritorio. La puerta abierta de cualquier camarote significaba un tácito deseo del inquilino para la relación social, pues en caso contrario se cerraba, incluso echando el cerrojo.

–Buenas noches –le saludé desde el pasillo.

–Hola, Lozano...; pero no te quedes ahí, pasa.

Su aposento era parecido al mío, aunque un poco más amplio; limpio y ordenado en todas sus cosas. Sobre la mesa había varios libros, uno de ellos abierto.

–¿Te gusta leer? –me preguntó al verme mirarlos.

–No mucho; ya lo hice bastante cuando estudiaba... ¿Qué es? –dije señalando al abierto.

–La Biblia.

–Vaya tostón. Hace falta humor para leer eso.

–¿Por qué lo dices?

–Porque sus historias no hay quien se las crea. La realidad de la vida es muy diferente.

–Comprendo que algunas son difíciles de creer, pero lo importante es lo que uno aprende, y llega a sentir, con su lectura.

–Eres hombre religioso –afirmé al escuchar su defensa del libro.

–Sí, me gusta pensar a Dios.

–Nunca he sabido muy bien qué es Dios, y ahora hasta dudo si existe.

–Yo tampoco lo sé, pero mi inteligencia me obliga a aceptar su existencia.

–¿Y cómo es eso? –pregunté sorprendido de que su inteligencia le obligase a aceptar lo que la mía casi rechazaba.

–Porque el absurdo es la negación de la realidad; siempre el progreso científico se ha debido a la aceptación a priori de la explicación lógica de todo suceso. Por ejemplo, ante la nueva enfermedad el médico investiga la causa que la produce; en este proceso, los errores se ponen de manifiesto cuando enfrentados con la realidad de los efectos de la enfermedad son incapaces de corregirlos, pero cuando el avance del conocimiento consigue acabar con ellos, se pone de manifiesto la verdad y con ella el poder de dominio sobre esa enfermedad.

Calló un momento. Supongo esperaba le rebatiese en algo, pero al no hacerlo, prosiguió:

–Si analizamos ahora el concepto llamado vida, vemos que la realidad de la misma pone de manifiesto la existencia de una explicación inteligente, es decir, de una verdad cuyo conocimiento permitiría acabar con la muerte... Y surge la pregunta: Si la verdad de la vida es vida eterna, ¿cómo puede entonces no existir Dios?

Sorprendido por la pregunta hice ademán de volverme para saber si era a otro a quien se la hacía.

–¿A mí me lo preguntas? –dije convencido de que sólo yo le escuchaba ante su insistente mirada.

–Claro; ¿no lo comprendes? Si la realidad de la vida demuestra que hay algo que la explica es porque ese algo vive.

Yo lo único que comprendía es que no entendía nada; incluso empezaba a pensar que Miguel no estaba en sus cabales.

–¿Y todo esto se te ha ocurrido ahora? –pregunté en un intento por desviar su atención hacia cuestiones menos complicadas.

–No; te lo he dicho de memoria, tal y como lo tengo escrito por alguna parte. El problema consiste en que la gente cree que la verdad es una cosa a la que se puede poseer, y no es así. La verdad no es un conocimiento; la verdad es vida en sí misma, es un ser de cuya existencia emana toda la realidad.

–¿Qué es la verdad? –dije cansado de tanto escuchar la misma palabra.

–La verdad es el amor, la capacidad por compartir el sufrimiento ajeno.

Si algo faltaba para confundirme, con esta respuesta lo acabó de hacer. Traté de escurar mi ignorancia con algunos bostezos, pero él seguía entusiasmado con su discurso:

–El proceso es similar a lo que ocurre en nuestro mundo material, donde el alimento está disponible de muchas formas: frutas, cereales, carne, etcétera. Cada individuo lo hace suyo a través del proceso de la digestión, y el alimento, sin dejar de ser alimento en la carne de ese individuo, es al mismo tiempo un determinado individuo. Del mismo modo la verdad se come mediante la

ausencia de engaño.

Suspiré convencido de su locura; se estaba comiendo a la verdad y temía que en cualquier momento lo hiciera sobre mi persona.

–Ahora bien, así como un niño recién nacido puede morir de hambre rodeado de alimentos porque no sabe comer, el ser humano puede no hacer suya a la verdad viviente, o sea, a Dios, porque en su egoísmo no practica la verdad...

Desde el pasillo, Provencio me llamaba.

–Parece que me buscan –aduje aliviado por poder interrumpir su perorata.

–Señor Lozano, es la hora de su guardia –me avisó aquél al verme aparecer por la puerta del camarote.

–Es verdad –repetía la palabra de tanto oírlo–; la verdad es que se me había olvidado. Te dejo Miguel; ya me lo terminarás de contar en otro momento.

Un día en la mar, el primero, con sus peculiares matices pero idéntico en distribución horaria a los que vendrían hasta dos meses después. La necesidad de adaptar el reloj al movimiento del sol obligaría a que algunos tuvieran veintitrés o veinticinco horas, según se navegase hacia el este o el oeste, pero hecho el cambio todo seguía igual. Estaban lejos los acontecimientos que trastocarían la rutina de dicho horario.

Cruzado el estrecho de Dover nuestra latitud fue creciendo con rumbo casi norte. Contrario a las previsiones meteorológicas, el tiempo, aunque un poco más frío, favoreció mi aprendizaje. La buena visibilidad permitía tener conocimiento con mucha antelación del futuro (en cuanto a la navegación se refiere) y meditarlo para cuando fuera presente; esto me ayudó a evitar errores y adquirir una mayor autoconfianza, lo cual redundaba en la que don Julio tenía en mí. Sus referencias menos precisas acerca de lo que debía hacer, me satisfacían porque demostraban lo dicho. La prontitud con la que subía a hacerle el relevo de guardia eran momentos en los que, a pesar de su natural reserva, llegábamos a intimar.

El rasgo peculiar de la personalidad de don Julio era su falta de carácter, rasgo que trataba de ocultar con una actitud seria y distante frente a su interlocutor. Esta su forma de evitar situaciones indeseadas era interpretada por algunos como orgullo lo que en realidad era timidez. Sospecho que compatibilizar el ejercicio del mando con la ausencia de dotes para el mismo le granjeaba verdaderos problemas, aunque conmigo no debió tenerlos porque desde un principio acepté su autoridad de persona con mayor experiencia. Quizá por ello en nuestras charlas se sinceraba sobre cuestiones personales como, por ejemplo, la admiración hacia su padre.

—Era un gran señor, llamaba la atención por donde quiera que iba; todos le reverenciaban sabiéndole superior.

Tanta perfección me resultaba repelente.

—¿Era marino? —con ésta o similar pregunta yo intentaba saber qué cosas, además de su muerte, le asemejaban al género humano.

—Fue más que eso; pertenecía a la nobleza.

—Entonces usted es aristócrata.

—Yo no, el título lo ostenta uno de mis sobrinos.

De buena gana le hubiera preguntado qué parte pues de la grandeza de su progenitor le había tocado en herencia, porque a la vista estaba su pobre condición de hijo; de este modo el resto de los hombres nos habríamos justificado de nuestra mediocridad. Ahora pienso en su situación como un íntimo convencimiento de fracaso. Don Julio se sentía así por referencia a su padre, y al no poderlo emular lo había mitificado; es decir, de las dos excusas para no alcanzar el objetivo propuesto: la falta de medios o la imposibilidad humana de hacerlo, él optó por esta última. Suposiciones más o no, lo cierto es que de su familia sólo llegué a conocer a su mujer cuando vino a recoger sus pertenencias, y entonces comprendí lo difícil que debe ser convivir con la perfección. Mucho más joven, hermosa donde las haya y con un exquisito saber estar, era la antítesis de lo que él había sido. Pero dejemos esto para más adelante.

Llegados al estuario del Tay dimos rumbo hacia Dundee, previa comunicación por radio de nuestra presencia a las autoridades del puerto. Durante la noche anterior habíamos reducido velocidad para llegar a la hora convenida de aquella mañana. Desde la rueda del timón yo gobernaba al Maruja bajo las órdenes del capitán. Fernando esperaba en el alerón el momento de iniciar la maniobra de atraque. Nos acercamos lentamente tomando como referencia el faro del puerto; la proximidad del rompeolas, sin que divisáramos el bote del práctico, aconsejó al capitán dar orden para alejarnos de él. No sé lo que pasó, pero mientras metía el timón a la banda se atascó en una dirección que nos llevaba directamente a las rocas.

–¡Don Julio –grité asustado–, el timón no me responde!

El *Viejo* me separó bruscamente de la rueda de éste, y, tras comprobar por sí mismo lo que decía, puso el telégrafo en posición de máquina parada. La inercia del barco nos seguía acercando al peligro.

–¡Fernando! –le llamó nervioso al ver que seguía en el alerón sin percatarse de lo que estaba sucediendo–. ¿Tan torpe es usted?; no se da cuenta que deberíamos fondear. ¡Vaya a proa y hágalo! –le gritó fuera de sí.

En aquel momento, no sé si por los movimientos que yo hacía de su rueda, el timón volvió a responder.

–No se preocupen, ya lo controlo –dije feliz por haberlo logrado.

Al comprobar que era cierto, Fernando, por propia iniciativa, ordenó a la máquina avante despacio; don Julio, pálido y tembloroso, no articulaba palabra. Tras un breve silencio, el primero, sabiéndose dueño de la situación, quiso vengarse por el calificativo de torpe con que había sido tratado.

–Lo suyo es de siquiatria –le dijo al capitán con una calma que evidenciaba más los nervios de éste–. Si no sabe mandar váyase y deje que otros lo hagan.

El increpado no contestó. Creyendo que lo tenía completamente dominado, Fernando quiso humillarlo más:

–No le consiento que vuelva a llamarme la atención delante de un inferior

–supuse se refería a mí–, ni que quiera imputarme sus propios errores.

Testigo de todo, no era pena lo que yo sentía, sino rabia de ver al *Viejo* incapaz de hacer valer su posición de mando.

–Tendré que enseñarle buenos modales.

Esto fue lo último que dijo porque don Julio, ya bastante herido en su amor propio, le ordenó saliese del puente, y añadió casi llorando:

–Usted es un hombre perverso y siempre lo será.

... Mientras esperábamos la llegada del práctico, vi a Fernando ir hacia proa junto con Vicente y Cándido; por sus gestos deduje les estaba reprendiendo por algo, aunque yo sospechaba como verdadero motivo su enfado por el enfrentamiento que acababa de tener con el capitán. Éste, más relajado, volvió a dirigir nuestros movimientos hacia la bocana del puerto.

A bordo el práctico, subió acompañado por Miralles al puente.

–*Good morning. How are you, mister Captain?*

–*Very well; and you?* –respondió el capitán al saludo.

Sabiendo que la maniobra era inminente, le ordené a Miralles me relevara al timón.

–Don Julio, con su permiso voy a popa –avisé interrumpiendo su conversación en chapurreado inglés con el práctico.

–Bien, vaya usted.

En popa, Provencio había preparado las estachas y puesto en funcionamiento el cabrestante; con el radioteléfono yo mantenía la comunicación con el puente. Estaba un poco excitado porque era la primera vez que asumía la responsabilidad de una maniobra de ataque.

–Tendrá que ayudarnos alguien –le dije al marinero convencido de que sólo con nuestro esfuerzo no podríamos abarcar la totalidad del trabajo.

–No se preocupe, Roque nos echará una mano si hace falta.

Lentamente avanzamos dentro del puerto dejando barcos y muelles tras nosotros. Al cabo de un rato, la hélice del Maruja, girando en sentido inverso, nos

detuvo frente a uno de los muelles. A través del radioteléfono escuché al capitán ordenar a Fernando hiciese firme la proa; después lo hizo conmigo. Provencio, sin apenas darme tiempo a transmitirle la orden, lanzó el contrapeso de la guía y, tras ella, largó estacha para que el empleado de tierra la encapillara en el noray. Hecho esto, le dio varias vueltas sobre el tambor del cabrestante, y yo empecé a virar. Tenso el cabo, Roque, a petición del marinero, puso una defensa de mano sobre la borda para amortiguar el choque del casco contra el muelle. Ya quietos en el sitio, abozó la estacha, y el otro la amarró sobre la bita. Entre los tres reforzamos, con otras estachas, la seguridad del barco atracado.

Dundee es hoy en mi memoria un nombre de mujer. Sus calles y casas se confunden con otras de los muchos puertos en los que he estado, pero Senga fue mi amor de marino que, al poco de llegar, se va dejando triste el corazón. Sus cartas (en un inglés que nunca he llegado del todo a comprender) me hablan de ella y me recuerdan nuestros días felices.

Escasamente era una la semana transcurrida desde el inicio del viaje, pero en mi fuero interno ese tiempo, no sé si por la intensidad con el que lo había vivido, lo sentía como si fuera de varias. El sólo hecho de volver a tierra y notar su quietud bajo mis pies era suficiente motivo para querer salir del barco; si a esto se añade la curiosidad por conocer nuevos lugares, se comprenderá mi irresistible deseo de hacerlo.

En toda llegada a puerto los primeros momentos son un poco confusos por la ruptura del ritmo de vida adquirido en la mar. Gente de lo más variopinto sube a bordo con problemas sanitarios, aduaneros, de carga, etc., que necesariamente hay que resolver. Una vez solucionados, el horario de tierra se impone al de a bordo, excepto en las horas de comida. De este modo, a diferencia de en la mar, existe una clara distinción entre los días laborables y festivos, entre las horas de trabajo y las que no lo son.

Sólo recuerdo que de los tres o cuatro días que estuvimos en Dundee, el

primero fue festivo y en los demás se trabajó. Menos el capitán, todos los oficiales salimos, bien trajeados y en grupo, ese día de nuestra llegada a conocer la ciudad. Jarras de cerveza y cacahuets salados para excitar la sed nos tuvieron ocupados durante toda la tarde por diversos *pubs*. Nuestra presencia contrastaba con sus gentes hablando un mismo idioma. De los cuatro, Fernando era quien mejor se hacía entender, y también el que más bebía; sus risas desproporcionadas ponían en evidencia que el alcohol le desinhibía de sus complejos de cara fea. Rafael, convencido como estaba de su atractivo personal, tonteaba con el sexo opuesto esperando que alguna le declarase su amor. Miguel y yo manteníamos un comportamiento reservado hablando entre nosotros.

–¿Qué tal estaba la verdad? –le pregunté en tono burlón.

–¿Qué verdad?

–La que te comiste el otro día.

–¿Tú también? –supuse que no era yo el primero que se mofaba de sus creencias—. No se os puede contar nada; enseguida lo tomáis a risa.

–Perdona, no he querido ofenderte; lo que pasa es que me hizo gracia eso de comerse la verdad como si fuera la manzana de Adán y Eva.

–Lo que pasa es que mucho criticar a Dios porque no se deja ver, y, cuando lo hace, somos nosotros los que no le queremos ver.

Calló como meditando lo dicho. Estaba claro que mis palabras le habían molestado.

–Además, ¡qué carajo!, el que tenga sed que vaya a la fuente y beba; yo no obligo a nadie a hacerlo –añadió al cabo de un rato.

No quise insistir en el tema, ni él hizo nada para que lo hiciera. Comprendo que aquél no era lugar apropiado para hablar de esas cuestiones.

Aburridos de tanto *pub*, Rafael y Fernando propusieron ir a una sala de fiestas de la que tenían noticia. Miguel se disculpó alegando que estaba cansado y prefería volver al barco. En cuanto a mí, aunque su compañía no era precisamente de mi agrado, la idea me sedujo y me fui con ellos.

Ya dentro del local, comprendiendo por sus desplantes que querían desembarazarse de mi persona, les facilité la labor haciéndolo yo por ellos. Solo, anduve desorientado entre los grupos de jóvenes que llenábamos la sala. Al compás de la música unos bailaban y otros miraban a los que lo hacían o charlaban animadamente. En sus miradas curiosas creía entender adivinaban mi condición de extranjero. En otro momento quizá me habría dado vergüenza verme en aquella situación, pero entonces llevaba las suficientes cervezas en mi cuerpo como para no tenerla. De entre las muchas mujeres que allí había me llamó la atención una que, al igual que yo, estaba sola. Creyendo llegada mi oportunidad me acerqué hasta su mesa.

–*Good evening. How are you?* –la saludé delectando bien las palabras para hacerme entender–. *May I sit down here?*

En su risa contenida interpreté le resultaba gracioso, y sin esperar su autorización hice lo que cortésmente le preguntaba: sentarme a su lado.

–*My name is José Lozano. What is your name?*

–*Senga Allan* –contestó cuando por fin pudo dejar de reír.

–*It is a beautiful name.*

Tenía que ganarme su confianza y no me importaba hacerlo aunque fuera diciendo tonterías. Ahora, cuando miro la fotografía que en una de sus cartas me envió, reconozco que físicamente era una chica de lo más normal, entendiendo por ésta la que lo es por aquellas latitudes, es decir, ojos claros, pelo castaño y con la palidez de la luna en el rostro; sin embargo, quizás por la novedad, la encontraba sumamente atractiva. Para que nuestra incipiente relación no decayese hice uso de todos mis conocimientos de inglés, entre los cuales estaban párrafos enteros en este idioma. Al decírselos procuraba se ajustaran lo más posible a nuestra conversación, lo cual ella interpretaba como un dominio por mi parte del lenguaje que le permitía poderse entender conmigo como con cualquiera de sus paisanos. Cuando así lo hacía, en mis silencios, o respuestas ajenas por completo a sus preguntas, se daba cuenta de mi ignorancia y volvía al uso de

palabras aisladas con gestos que intentaban explicarlas.

Pasó el tiempo; una voz femenina cantaba una historia de amor. La invité a bailar. En la pista, apoyo sus brazos sobre mis hombros mientras yo la cogía por la cintura. Así abrazados las emociones de aquella melodía eran suficientes para saber que nos gustábamos. Todo a nuestro alrededor carecía de interés; sólo estábamos nosotros dos.

Cuando salimos, bastante avanzada la noche, la acompañé hasta su casa. Por las calles desiertas ella me indicaba el camino. Yo estaba feliz a su lado y no quería dejar de estarlo.

–*Do you want to see us again tomorrow?* –le pregunté intentando decir si quería que nos viésemos al día siguiente.

Supe que me había entendido porque me dio su dirección. Al llegar me habló de no sé qué mientras me daba la mano. Yo se la sujeté.

–¡Maldita sea!, ¿no te das cuenta que me gustaría pasar toda la noche contigo? –le dije sonriendo.

Me miraba sorprendida sin entender nada de lo que decía. Le separé de la cara un mechón de su cabello y, acercándome, la besé entre los labios. No opuso resistencia, pero noté de su miedo y no quise echar a perder la confianza que tenía conmigo.

–*Good night... I love you* –me despedí declarándole mi amor mientras entraba en su casa.

–*Good night.*

Al volver hacia el puerto, pensaba en lo que habría dicho mi novia si me hubiera visto con aquella mujer, y poniéndome en su lugar intuía su enfado. Sabía que mi comportamiento no era correcto, pero también sabía que en aquellos momentos, tan lejos de mi gente, de mis seres queridos, necesitaba no sólo saber, sino tocar el cariño de alguien... No, no me remordía la conciencia; era un pecado de amor.

Una vez a bordo, acostumbrado a hacerlo a esas horas de la noche, me

acerqué al salón de oficiales después de proveerme de algunos alimentos en la nevera de la cocina. Las risas de Fernando acompañadas por otras de mujer, me pusieron sobre aviso de que no estaba solo. Pude haberme ido a mi camarote para no interrumpir, pero la curiosidad me lo impidió.

–Hombre, mira quién está aquí. ¿Dónde te habías metido? –me preguntó Fernando al verme entrar.

–¿Tú me lo preguntas?; fuisteis vosotros los que me dejasteis.

–No nos gustaba el ambiente, y te buscamos para decirte que nos íbamos; pero no te encontramos.

Sabía que mentía, pero no quise decírselo porque estaba contento de que todo hubiera ocurrido como lo había hecho. La mujer nos miraba ignorante de lo que hablábamos; por sus provocativos vestidos deduje era una prostituta.

–Pues parece que no os ha ido del todo mal –dije señalándola a ella.

–¿Te gusta? Si quieres te la paso después de follármela.

Algo debió notar en mí que le hizo exclamar acto seguido:

–¡Caramba!, ¿no me digas que eres virgo?

No le contesté, pero ruborizado puse en evidencia la verdad de lo dicho. Satisfecho de haber descubierto mi íntimo secreto, se echó a reír con grandes carcajadas al tiempo que le explicaba a aquella mi condición de primerizo. Ésta, al saberlo, añadiendo las suyas a las de él, me hablaba sobre algo que no entendía.

–Dice que no te preocupes –traducía Fernando–, que es experta en quitar preocupaciones.

Yo, más que preocupado, estaba asustado por tener que demostrar mi virilidad con una mujer que, además de no gustarme, podía ser mi madre.

–Bueno, será mejor que me vaya a dormir; estoy cansado –me disculpé dejándolos con sus burlas.

En mi camarote, instintivamente cerré la puerta con cerrojo y me acosté. Al cabo de un rato, los oí subir hablando quedo entre risas. Por la sombra de la tenue luz que por el resquicio de la puerta llegaba de afuera sabía de sus

movimientos. Quieta aquélla, vi moverse lentamente el pomo de la cerradura intentando abrirla.

–Éste es más idiota de lo que pensaba –escuché a Fernando al darse cuenta que, echado el cerrojo, no podía entrar.

La mujer lo llamaba desde el camarote contiguo al mío. La sombra se fue con él, y el ruido de una puerta al cerrarse me indicó que no volverían a molestarme.

En los días que siguieron, por las tardes, cuando los estibadores terminaban su jornada laboral, yo también lo hacía, y, después de arreglarme, me iba a ver a Senga. Provisto de un diccionario tenía mayores posibilidades de comunicación con ella. Cogidos de la mano me llevaba, como el lazarillo guía al ciego, por su mundo explicándome cuanto le preguntaba. Con veinte años de edad estudiaba algo relacionado con la medicina; de su familia me presentó a la hermana que al vernos cuando nos conocimos en la sala de fiestas no quiso entrometerse en nuestra relación; tiendas donde comprar cosas que me hacían falta y alguno que otro *pub* supieron de nuestra presencia; los pájaros de un bucólico parque nos acompañaron al pasear. Lo que más me gustaba de Senga era su sencillez. No hacía uso de maquillajes ni joyas, normales en cualquier mujer, sino que, por el contrario, era bastante descuidada en su arreglo personal. Senga era la bondad de la inocencia, donde, sospecho, yo fui su primer amor, amor platónico que me hizo quererla todavía más. Cuando le comuniqué mi partida sus ojos azules se humedecieron de lágrimas.

–¿Volverás? –fue lo que interpreté de sus palabras en inglés.

–Sí, volveré, y estaremos juntos para siempre –intenté decirle.

En aquel momento así lo pensaba; más tarde su recuerdo difuso no pudo con la presencia de mi novia.

Entre Canadá y los Estados Unidos el río San Lorenzo esperaba nuestra llegada. El viaje finalmente confirmado consistía en bajar en lastre hasta el

puerto inglés de Falmouth, coger carga, llevarla hasta Buffalo, y volverlo a hacer en Detroit para un puerto del norte de España.

Listo el barco para hacerse a la mar, yo esperaba en el puente la llegada del práctico. En el cuarto de derrota me entretenía midiendo sobre la carta de navegación la distancia desde Dundee hasta Falmouth.

–Señor Lozano –me llamó Juan entrando donde yo estaba–; dos mujeres en el muelle preguntan por usted.

–¿Dos mujeres? –mostré extrañeza.

Me asomé por el alerón hacia donde el camarero me indicaba, y vi a Senga acompañada de su hermana. Con gestos les dije que enseguida bajaba, que esperasen. Antes de hacerlo me acerqué hasta mi camarote a coger el diccionario; con él podría explicarme mejor. Ya en el muelle las saludé dándoles la mano; la curiosidad de los que desde a bordo nos miraban me impedía demostrarles todo mi afecto. Transcribir literalmente nuestra conversación me resulta imposible por la sencilla razón de que ni entonces tenía el suficiente conocimiento de inglés para entender sin error lo que se me decía, ni hoy lo tengo para traducir lo que creí entender. A grandes rasgos, Senga vino a despedirse, a darme un soldado de la guardia real en porcelana que me hiciese recordarla. Torpe de mí no se me había ocurrido hacer lo mismo. Avergonzado, quise subsanar con hermosas palabras mi falta de previsión, pero con un diccionario es imposible lograrlo. La bocina del barco anunciaba nuestra salida inminente. La llevé a un lugar apartado de las miradas curiosas, y, sin prejuicios, pero con prisas, dejé libres mis sentimientos de amor hacia ella.

Nuestros gestos de adiós duraron mientras, desde tierra ella, desde a bordo yo, la mar nos lo permitió. Una gran tristeza me afligía el corazón. La tarde declinaba; a poniente el sol empezaba a ocultarse. Miré esperanzado ver el rayo verde. La belleza de la vida no se me quiso mostrar en aquellos momentos.

Aspirando con fuerza el aire que la propia naturaleza y el movimiento del

barco generaban, lograba al espirarlo, tras unos segundos de contención, amortiguar algo el dolor casi físico que la angustia me producía. La felicidad conocida con Senga me enseñaba, en su ausencia, la tristeza de saberla perdida, al menos, hasta un incierto futuro. Cada paso, cada milla que me alejaba de ella era un suspiro de ansias por verla, aunque, sin darme cuenta, también lo era de un presente yendo a olvidar el pasado. La noche, con el cielo cubierto por miles de estrellas, mostraba la grandeza del universo. Desde la oscuridad del alerón, veía el rescoldo del cigarro de Cándido moverse dentro del puente. Ahora era yo el que necesitaba el aire más puro.

Ensimismado en mis recuerdos, no me di cuenta de la llegada de mi compañero de guardia.

–Esta noche está usted poco hablador –llamó mi atención.

–Sí, no me encuentro muy bien.

–Son problemas de amor.

–¿Por qué lo dice?

–Todos le hemos visto despedirse de su novia.

–No era mi novia.

–No importa. En el camino de la vida siempre el destino se impone.

–¿Qué quiere decir?

–Que haga lo que haga, el que la vuelva a encontrar no sólo depende de usted.

–Si no es de mí, ¿de quién depende?

–De la muerte que llevamos dentro.

No le di importancia a su respuesta porque me consideraba demasiado joven como para pensar en esas cosas; a otros quizás les podría afectar, pero yo tenía toda la vida por delante.

–Conmigo tendrá que esperar –le dije convencido de que nada ni nadie podría impedirme volver a verla.

Calló porque supongo pensaba era inútil tratar de convencerme; la reali-

dad se encargaría de hacerlo, y cuando lo hizo recordé las palabras de Miguel: «El destino no es un punto al que inevitablemente se llega, sino que es un margen de libertad.» Miguel creía en el destino como algo similar a lo que le ocurrió al profeta Jonás: Dios escribe en cada hombre su destino a través de las capacidades que le son propias, y lo deja para que las ejerza a su arbitrio en un margen de libertad del que no puede salir porque, cuando lo hace, se autodestruye; en este margen el ser humano, al poder decidir sobre sus actos, es responsable de los mismos.

En contra de lo que era su costumbre, Fernando subió con mucha antelación a hacerme el relevo. Adaptada su vista a la oscuridad, se acercó hasta donde estábamos.

–Cándido, vaya un momento a traerme un café –le ordenó a éste.

No sin cierto asombro de que le pidiera al mío lo que correspondía hacer a su marinero de guardia cuando subiera, el subalterno se fue a cumplir el encargo.

–Estamos teniendo suerte; no esperaba por estas fechas tan buena mar –me dijo al quedarnos solos.

–Yo es la primera vez que navego por aquí, y no sé; pero tenía referencias bastante desagradables del Mar del Norte.

–De todos modos tengo que reconocer que te estás portando muy bien.

Sorprendido por la alabanza hacia mi persona, no supe qué contestar.

–Sí, lo reconozco, alguna vez me he excedido contigo, aunque era para motivarte, para que aprendieras con las dificultades –añadió viendo mi cara de sorpresa.

Conociéndolo como lo conocía, empezaba a pensar que pretendía algo de mí.

–En el botiquín hay penicilina, ¿verdad? –quiso saber después de meditarlo un poco.

–Creo que sí.

–No sé si debo contártelo –excitaba mi curiosidad.

–¿El qué?

–¿Sabrás guardarme el secreto?

–Si no me lo dices, no.

–¿Te acuerdas de la puta del otro día?; la guarra me ha dejado el pito hecho una mierda.

–Lo siento. ¿Es grave?

–No tiene importancia; con unas cuantas inyecciones de penicilina se cura enseguida. He pensado que tú podrías ponérmelas...; porque sabes poner inyecciones, ¿verdad?

–Bueno, alguna he puesto por ahí.

Nos pusimos de acuerdo para que todos los días, antes de subir a mi guardia de noche, le pinchara hasta curar su dolencia. Aquélla era una hora muy discreta donde el que no estaba durmiendo estaba de guardia, y, por tanto, se podía pasar desapercibido. Equipado con los bártulos necesarios me encerraba con él en su camarote; con los pantalones bajados y yo urgando en su culo cualquiera que nos hubiera visto habría pensado que nuestras apetencias sexuales no eran precisamente de las que se dicen normales. De todas las que le puse la primera fue especialmente problemática: clavada la aguja hasta la mitad de su longitud, tuve que introducirle el resto a pulso.

–¿Estas seguro de que sabes poner inyecciones? –me preguntaba quejándose de dolor.

–Claro que sí; lo que pasa es que no dejas de moverte –me disculpaba.

Sin que sirva de justificación he de decir que no hubo intención de revancha por mi parte; las cosas salieron así porque no era demasiado ducho en la materia, pues las siguientes se las clavé, previas tortas anestésicas en la nalga, de un solo golpe. Con todo, el dolor, puesto de manifiesto en su forma de andar, le acompañó hasta varios días después de curada la enfermedad. Esto era motivo de risa, disimulada en su presencia, para cuantos le veíamos.

La travesía no tuvo ningún contratiempo; con buena mar llegamos en el

momento previsto.

–¿Se ha dado cuenta cómo anda el primero? –me hizo observación el capitán al verlo desde el puente ir por cubierta a la maniobra de atraque–; parece un pato. No sé lo que le estará pasando.

Balanceándose de un lado a otro, la semejanza era perfecta.

–Sí; antes sólo era con una pierna, pero ahora ya lo hace con las dos –me reía por lo cómico de su andar.

–Me temo lo peor –se reía también a pesar de su habitual seriedad.

No sé lo que él se temía, pero yo sí sabía la causa que provocaba en Fernando esa forma de andar, aunque no quise decírsela por mi compromiso de guardar el secreto.

Ni en aquella ocasión, ni en las que le siguieron, volvió a haber problemas con el timón, sin lugar a dudas por los trabajos en el servomotor que mecánicos de tierra habían efectuado en Dundee tras la experiencia del rompeolas.

No creo equivocarme si digo que Falmouth es un pueblo grande; al menos así lo recuerdo. Como en todo puerto nuestra actividad se adaptó por entero a la de los estibadores encargados de llenar nuestras dos bodegas con un producto, similar al polvo de talco, llamado caolín. Directamente, sin envasar, la pala de una grúa lo llevaba desde el montón del muelle, que los camiones que lo traían de no sé dónde formaban al descargar, hasta a bordo. Trasladar varios miles de toneladas en estas condiciones supone días de trabajo, los mismos que estuvimos allí.

Una noche, de madrugada, Miguel entró bruscamente en mi camarote.

–¡Lozano, date prisa, despierta; esto va a reventar! –gritaba dándome empujones.

Aturdido por el súbito despertar lo miré desconcertado.

–¡Sal pronto de aquí; corres peligro! –seguía chillando.

–¿Qué pasa?

–La defensa del muelle se ha empotrado en la cubierta y la está deformando.

A medio vestir, bajé con él hasta la cubierta principal. Una de las defensas del muelle se había empotrado en la cubierta de botes, justo debajo de mi camarote, y, al bajar la marea, el barco quedaba suspendido sobre ella. El contramaestre, siguiendo las órdenes del capitán y el jefe de máquinas, intentaba con un hacha cortar el madero empotrado. Era inútil; su enorme grosor requería un tiempo de trabajo del que carecíamos por el imperturbable descenso del nivel del mar. El ruido de la plancha de hierro deformándose indicaba la cada vez mayor presión a que estaba sometida y, en consecuencia, la acuciante necesidad de adoptar otra solución. Sin embargo, nadie lo hacía; sólo la voz de Rafael daba prisas a Vicente en su desesperado esfuerzo.

–¿Crees que sería bueno achicar las sentinas de popa y lastrar las de proa?
–preguntó Miguel a su jefe.

La propuesta era acertada porque, de este modo, al levantar la popa, la cubierta presionaría menos sobre la defensa y, quizás, se podría desempotrar.

–Si, eso es justamente lo que estaba pensando –hizo suya la idea Rafael después de meditarlo un poco.

No sé si como consecuencia de esta maniobra, o porque la bajamar se había por fin alcanzado, la cubierta no siguió presionando sobre el madero. Más tarde, cuando la marea cambió de curso, todo volvió a la normalidad, quedando constancia de lo sucedido únicamente en los destrozos causados en dicha cubierta.

Amanecía cuando sabiéndonos fuera de peligro decidimos abandonar el lugar del suceso. Rafael se fue a su camarote; estaba cansado (supongo por su esfuerzo que según creía había sido la solución al problema) y deseaba dormir. Nosotros tres lo hicimos al salón de oficiales. El *Viejo* achacaba la causa del incidente a la tirantez de las estachas.

–Se lo dije a Fernando: «Deje una cierta holgura entre el muelle y el

barco.» Aunque les parezca que está bien atracado, luego, al bajar la marea, las estachas se tensan –me recriminaba ante la ausencia del primero.

–No me dijo nada –me disculpaba alegando ignorancia.

–El chico no tiene la culpa; era obligación de Fernando habérselo dicho –me defendía Miguel.

Al entrar quien era objeto de nuestra conversación, sorprendido por nuestro acaloramiento quiso saber a qué se debía; resultaba evidente que, dormido, no se había enterado de nada. Don Julio callaba; parecía tener miedo de decirle directamente a la cara lo que poco antes expresaba con tanta virulencia.

–¿No has oído los ruidos? Hemos estado a punto de saltar por los aires; y todo por culpa tuya –le reprochó Miguel al darse cuenta de la pusilánime actitud del capitán.

–¿Por culpa de quién? –preguntó Fernando.

–Suya –le espetó el *Viejo* envalentonado por la postura del otro–; porque por lo menos el segundo oficial ha estado ayudando, mientras usted ni siquiera ha hecho acto de presencia.

Tuve que explicarle lo sucedido, pues, con tanta acusación, ninguno de los dos lo hacía causando en el increpado un mayor desconcierto. Sabedor de todo, no pudo contener la rabia de creerse injustamente tratado.

–Usted es un desgraciado que siempre acusa a los demás de sus propios errores –le censuró al *Viejo*–. Anoche le advertí que era prudente dejar un marinero de guardia, pero se negó porque necesitaba gente para teminar hoy de pintar el barco, y ahora, cuando ve lo ocurrido, me acusa de ello.

Ante esta evidencia don Julio nos miró avergonzado: no sabía qué decir; después de todo resultaba que el culpable era él.

–Ya lo veis, hasta a vosotros os había engañado –añadió viendo nuestra cara de sorpresa.

El censurado, no pudiendo soportar tanta humillación, quiso disculparse:

–Yo pensaba que usted comprobaría cómo estaban las estachas antes de irse a dormir.

–Yo pensaba, yo pensaba... ¡Usted no piensa nada! –le gritaba el primero.

Sin contar el episodio de la escalera de mi primer día en la mar, aquélla era la segunda vez que los veía discutir, y siempre acababa por volverse contra don Julio lo que en un principio parecía darle la razón. Formalmente el mando era suyo, pero en la práctica Fernando le dominaba.

Días después, paseando con Miguel por las calles de Falmouth, recordábamos lo sucedido.

–Me dio pena don Julio porque no sabe defenderse.

–Pues a mí me daba rabia –le rebatía a mi amigo–. Hace falta ser tonto para dejarse humillar por un subordinado. Estos cabrones sólo entienden el látigo –me refería a Fernando.

–Déjalos; al final todos seremos juzgados.

Sabiendo de su fe, entendí se refería al Juicio Universal.

–Sí, pero mientras tanto hay que aguantar todo su mal.

–Es necesario.

–¿El qué?

–El mal. Si no fuera por él no sabríamos del bien, ya que sin la existencia de ambos no es posible la comparación.

Miguel, como Cándido en su versión laica, creía que el bien y el mal son el anverso y el reverso de una misma medalla: la vida, sin los cuales ésta carecería de sentido.

–Sí, claro; la cuestión está en saber a quién le corresponde sufrir y a quién ser feliz. Es muy fácil decir que el mal es necesario cuando es a otros a quienes afecta.

–Sólo Dios tiene autoridad para hacer tal reparto.

–¿Y piensas que quienes en su realidad sufren pueden creer en él?

–No lo sé. La felicidad y el sufrimiento, en sus múltiples variantes, es

cosa de Dios y del que lo siente. En este intimismo tiene lugar la aceptación, el rechazo o la indiferencia de cada conciencia hacia el misterio de Dios.

Cuando hablábamos sobre cuestiones de religión me daba cuenta que Miguel empleaba razonamientos ya meditados; yo, por el contrario, exponía los míos tal y como los sentía en ese momento.

–¿Qué quieres decir?

–Que una cosa son las causas objetivas, y otra, muy distinta, cómo cada cual las siente. Por ejemplo, diez kilos pueden ser para una persona una carga muy difícil de llevar lo que para otra es fácil. Ahora bien, al margen de todo esto, lo importante es encontrar a Dios.

–Pues ya me explicarás cómo se hace –quise saber dudando pudiera encontrársele fuera de la felicidad.

–El amante puede recibir bien a cambio de bien, pero también dolor por compartir la carga del que sufre, y aquí es donde el amor, purificándose en la caridad, genera bien; sin embargo, la sola búsqueda del propio interés, a pesar del sufrimiento ajeno, aleja de Dios, y, al entrar en contradicción consigo mismo, genera mal.

–¿Y qué tiene que ver esto con encontrar a Dios? –pregunté al no entender su pensamiento.

–Todo. En nuestro universo de espacio y tiempo la vida se manifiesta en individuos diferenciados: tú aquí, yo allí; en cambio, Dios somos uno en el amor.

Por mi silencio debió darse cuenta que seguía sin entenderlo.

–¿Tan difícil es de comprender? Mira tu cuerpo; son infinitas las partes de que se compone, cada una diferente de la otra, y, sin embargo, en armonía funciona bien.

El Dios de Miguel era otro ser, éramos todos, era él; no sé muy bien quién era su Dios. «Si lo comprendiéramos, ya no sería Dios», me dijo en cierta ocasión. Recordando sus palabras pienso que Miguel era un buscador de Dios.

En el salón de oficiales esperábamos la llegada del práctico. El Maruja estaba listo para zarpar, pero en nuestro fuero interno deseábamos no hacerlo. Afuera, en la soledad de la noche, el viento y la lluvia tenían la fuerza de un temporal, aunque domado en el puerto, temible en alta mar. Tal vez por ello, porque el futuro no le era, nuestra conversación intentaba ser alegre.

–¿Dónde has dejado a la foca? –le preguntaba Fernando a Rafael.

–La llevé el otro día a su casa y su padre casi me pega al irla a besar. «Oiga –le dije–, que sólo quería despedirme de ella.»

Ambos reían la historia de la que eran partícipes junto con una mujer, al parecer, llena de carnes. Durante nuestra estancia en Falmouth, yo me había mantenido alejado de ellos y, por tanto, no sabía del asunto.

–A Lozano se la teníamos que haber llevado para ver si la desvirgaba –reía Fernando su gracia.

Su compañero de aventura reía también lo que sospecho conocía, por referencia del otro, acerca de mi inexperiencia en mujeres; Miguel sonreía por mimetismo, sin saber, a ciencia cierta, en qué consistía la broma.

Don Julio, acompañado del práctico, entró en ese momento.

–Me temo que nos esperan unos días poco agradables –dijo sin dirigirse a nadie en particular–. He llamado al armador, pero me obliga a salir. Espero que ustedes lo entiendan.

–Qué le vamos a hacer; tiempos vendrán mejores –aceptó Miguel.

–Siempre nos toca a nosotros –se quejaba Fernando.

Cada cual se fue a su puesto. Yo lo hice, con el capitán y el práctico, al puente. Desde la rueda del timón observaba las luces de las casas del pueblo, y me imaginaba, en su interior, familias felices al abrigo de las inclemencias del tiempo; nosotros éramos los réprobos de esa sociedad.

La maniobra, similar a tantas otras, siguió las fases previstas. A medida nos acercábamos a la bocana del puerto, el balanceo era mayor. El práctico, temiendo que las olas le impidieran desembarcar, solicitó permiso al *Viejo* para

hacerlo dentro del puerto.

–Otro que se quiere marchar. Mucho presumir de marino, pero cuando llega la hora de demostrarlo, todos emprenden la huida –me dijo entre dientes–. *Well, very well... Goodbye* –se despidió de él.

Al cruzar la barra del puerto unos bruscos bandazos casi hicieron caer a don Julio.

–Vaya, ya empieza la fiesta –ironizó sujetándose a uno de los pasamanos dispuestos al efecto.

El faro del rompeolas barrió con su luz la cubierta del barco; los imbornales desaguaban la mar embarcada. Cándido, con su ropa de agua completamente mojada, entró con prisas por uno de los alerones, y, al tiempo que volvía a cerrar la puerta estanca, nos mostraba su admiración:

–¿Se han dado cuenta?; ¡menuda ola! Menos mal que el práctico ya había desembarcado, que si no, no se lo cuenta a nadie.

Adheriéndome a su parecer, le dejé me hiciese el relevo al timón. Sujeto a uno de los pasamanos, esperaba repetirse el inicial golpe de mar, pero al no hacerlo, me di cuenta que al socaire de la costa el temporal amortiguaba sus efectos sobre nosotros. Con un balanceo bastante moderado, la navegación transcurría sin sobresaltos. Don Julio, sabiéndose fuera de guardia, quiso retirarse a descansar.

–Vea, Lozano –me señaló sobre la pantalla del radar–; cuando llegue a cabo Lizard dé rumbo a Bishop Rock. Ya lo haré yo a cabo Race cuando vuelva.

–De acuerdo, capitán.

Cuando se hubo ido señalicé nuestra posición sobre la carta a la espera de llegar al punto indicado. Apoyado sobre el alféizar del amplio portillo que daba visibilidad hacia proa, me entretenía mirando cómo el movimiento del limpia parabrisas arrastraba tras de sí agua de lluvia y mar que el viento llevaba hasta él. A medida avanzábamos, la intermitente luz del faro de dicho cabo lo hacía hacia popa. En la oscuridad de la noche las invisibles olas mostraban su crecien-

te tamaño en los cada vez más frecuentes bandazos. Llegados al punto, ordené a Cándido hacer el cambio de rumbo; estando en ello, un viento huracanado empezó a golpear la caseta del puente.

–Cuidado, señor Lozano; agárrese bien –me aconsejó el marinero.

Tuve que hacerlo porque de lo contrario me habría caído. Miré la rosa del girocompás: su orientación nos llevaba hacia el Atlántico Norte.

V

La oscuridad me impedía tener una referencia clara fuera del barco en cuanto a la magnitud de nuestros movimientos al margen del natural de avance. Era mi cuerdo intentando mantener la verticalidad sobre la horizontal del mar, el que me indicaba la intensidad del balance con respecto a los mamparos laterales yendo en la dirección de éste; era también la repentina pérdida de contacto de mis pies sobre cubierta, la que me avisaba de un inminente choque del pantoque en caída libre sobre las aguas del mar; y era, en fin, el ruido de multitud de objetos cayendo al suelo, el que me recordaba su falta de sujeción. En estas condiciones mi estómago empezó a sentir una desagradable pesadez. Quise desembarazarme de ella con ejercicios mentales que me recordaban lugares más felices, pero fue imposible; la dura realidad se obstinaba en hacerme sufrir.

–Señor Lozano, es la hora del relevo –me avisó Cándido.

Un hálito de esperanza me devolvió las ganas de vivir: dejado el puente podría en mi camarote descansar sobre la cama. Puse el piloto automático y le mandé fuese rápido a llamar al primer oficial; a duras penas podía contener el deseo de vomitar.

Cuando llegó Fernando lo recibí alborozado; nunca antes su presencia me había causado tanta alegría.

–Hola; acabo de cambiar el rumbo y no tienes que preocuparte de nada –quise hacerle partícipe de mis sentimientos al saberse libre de todo trabajo.

–¿Tú crees que con esta mar no tengo que preocuparme de nada? –me contestó malhumorado.

–Bueno, eso no lo puedo evitar.

Yo no podía evitar el malestar de las cuatro horas de guardia que debía

cumplir, pero al hacerme el relevo él sí creaba en mí la esperanza de una pronta mejoría en lo que a mis males se refiere. Cuando Cándido se hubo ido, yo también lo hice. A trompicones bajé hasta mi camarote; no tenía ganas de comer y mucho menos de ir a la cocina a mirar lo que había en la nevera. Cerrada la puerta, me eché sobre la cama sin desvestir; tenía frío y prisas por empezar a sentirme mejor. Tapado con una manta, los escalofríos y el deseo imperioso del vómito fueron cediendo; sin embargo, los movimientos, al ser casi los mismos que en el puente, no me dejaban conciliar el sueño profundo que tanto necesitaba para descansar. Fui consciente del amanecer y de las horas del día que siguieron hasta venir el camarero a notificarme la disponibilidad del almuerzo. Nada había cambiado; seguía tanto o más cansado que al acostarme. Haciendo de tripas corazón me levanté y, después de mojarme un poco la cara, bajé al salón de oficiales. Juan me esperaba listo para empezar a servir la comida.

–¿Qué tenemos para comer? –le pregunté haciendo ascos.

–Potaje y carne con patatas fritas.

Pensando que la comida sólida tendría más posibilidades de permanecer en mi estómago, decidí gustar sólo esta última. Sentado a la mesa tenía que hacer verdaderos esfuerzos no sólo para mantener el equilibrio mío y del plato, sino también para tragar cada bocado. Juan me miraba sufriendo conmigo los efectos del temporal. Cuando por fin hube terminado, subí de nuevo al puente.

Ahora sí tenía visión de lo que sucedía en la mar. Con el cielo completamente cubierto de nubes, mostraba distintas tonalidades de un color plomizo con furiosas manchas blancas de olas rompiéndose en su cresta. La altura de estas olas me era difícil de calcular porque en parte participaba de su movimiento, pero lo que sí veía era su choque violento contra el casco del barco y la subsiguiente nube de espuma que el viento arrastraba; por los costados de babor y estribor la línea del horizonte subía y bajaba según la inclinación del balance. Don Julio parecía aguantar bastante bien la situación; sentado en una de las sillas había conseguido inmovilizarla empotrándola en un hueco que se adaptaba

perfectamente a su tamaño y, al mismo tiempo, no le impedía visibilidad respecto a la mar. Debió ser mi cara demacrada la que le hizo interesarse por mi salud.

–¿Ha pasado mala noche?

–Mala noche y mala guardia. Desde que salimos del puerto no he conseguido descansar.

–Es inevitable. Pero no deje de comer por ello; ya verá como poco a poco se adapta.

–Sí, porque si no me adapto me muero.

Sonrió por mi exceso de pesimismo; en su larga trayectoria profesional no creo conociese caso alguno de fallecimiento por mareo.

A diferencia de otros relevos en éste no me dio orden para cumplir durante la guardia; con rumbo oeste, todo un océano no tenía otro problema que la monotonía de cruzarlo.

Desconozco los sufrimientos de los condenados al infierno, pero pienso que no serán muy diferentes a los que yo tuve durante aquellas horas. Por todo el puente busqué algún sitio donde estabilizar mi creciente malestar. No fue posible; ni siquiera sentado en la silla del *Viejo* lograba no ir a peor. La carne con patatas fritas (menú que aborrezco desde entonces) empezó a debatirse por dejar el proceso de digestión, y, al impedirselo, se movía por el esófago en lucha cruel. Así estuve hasta que, sabiéndome perdedor, salí corriendo al alerón, con tan mala suerte que, sin darme cuenta por la ofuscación del momento, lo hice por el de barlovento. Pronto me percaté de mi error: el viento me pringaba cara y cuerpo con mis propios jugos gástricos, y al volver la cara para hacer socaire, no pude evitar que en parte los arrastrara por la puerta del puente hasta su interior. Sin embargo, hecho esto el malestar cedió un poco, aunque sólo de momento, pues al poco rato el proceso se inició de nuevo. Después de varios vómitos (ahora sí por el alerón correcto), al final sólo echaba un líquido amarillento y amargo que, sin reducir el nivel de sufrimiento, me debilitaba cada vez más. Mis piernas flaqueaban, temblaba de escalofríos, e incluso llegué a desear la muerte.

¿Qué me impidió pues cogerla? Pienso que el temor a lo desconocido. Me faltaba la seguridad de saber si cruzado el umbral del suicidio mi situación cambiaría a mejor. Si hubiera sabido, como cuando ahora en mi habitación escribo, que en otro aposento tengo lo que en éste me falta, me hubiera ido sin dudarlo; pero no lo sabía, con el agravante, además, de no poder rectificar si me equivocaba. En resumidas cuentas fue mi egoísmo quien me obligó a seguir sufriendo el temporal.

Al llegar el relevo mi inicial aspecto demacrado debió ser cadavérico, pero Fernando no hizo ninguna alusión al respecto. Su rostro y malhumor denotaban la fatiga acumulada, y demostró no tener ganas de preocuparse por cuestiones que no fueran las propias. Al ver los restos de mi primer vómito por el suelo, las arcadas de asco casi le hicieron devolver a él. Furioso me mandó fuera al pañol donde se guardaban los utensilios de limpieza a coger una fregona. Subí con ésta más muerto que vivo. Limpié lo ensuciado y, sin decirle nada, me fui dejando el cubo allí mismo. Necesitaba urgentemente descansar.

En mi camarote pude reponerme un poco porque acostado en la cama lograba contener el vómito. Disfrutaba los minutos pensando que cuando volviera a subir al puente me encontraría peor, y así fue en la media hora de guardia previa a la cena, pero una vez cumplida me acosté de nuevo dispuesto a no levantarme hasta mi turno de noche... Pasaban las horas sin poder conciliar el sueño; los bruscos bandazos no permitían el más mínimo sosiego. En aquella lóbrega soledad Miguel vino a visitarme.

—¿Das tu permiso? —preguntó asomándose por la puerta.

—Sí, pasa —le autoricé con voz desfallecida.

—Me han dicho que no has bajado a cenar y te traigo algo para que comas. Tienes que hacerlo si quieres salir de ésta.

Sobre la mesa dejó una bolsa llena de fruta. Aunque su aspecto era agradable, me daba náuseas sólo con verla.

—¿Qué le he hecho a tu Dios para que me haga sufrir así? —le pregunté

irritado.

–A Dios nada; está sufriendo contigo.

–¿Conmigo?

–Sí; tú sufres contigo, y dios eres tú.

–Pues a ti te va bastante bien –consideré al verle sonreír.

–Por eso hemos venido a compartir la situación. «Miguel –me ha dicho Dios–, vamos a ver a Lozano; necesita de nuestro bien, pues estoy sufriendo mucho con él.»

–¿Y qué aspecto tiene Dios? –quise saber pensando se burlaba de mí.

–¿Quieres que te cuente una historia?

Supuse que carente de respuesta intentaba escabullirse. Yo no tenía ganas de controversias ni de escuchar historias, pero su compañía me era grata y acepté.

–Cuentan que un día Jesucristo se encontró a un ciego de nacimiento y sus discípulos le preguntaron que quién había pecado, si él o sus padres, para haber nacido ciego, porque evidentemente no es justo castigar a quien no se lo merece. Jesús contestó que no había pecado ninguno de ellos, sino que eso era así para que las obras de Dios se manifestaran en él; es decir, Dios era el autor de su mal.

–Sí, ya sé –le advertí sobre mi conocimiento del pasaje bíblico.

–Pues bien, como ya sabes, Jesús lo curó. Poco me importa saber si es cierto o no –se apresuró a aclarar ante mis gestos de incredulidad–, lo importante es la enseñanza que se saca de esta historia. El mal permite no sólo conocer el bien de la liberación de su yugo, sino, lo que es más importante, tener confianza en quien lleva a cabo dicha liberación. Dios enseña a través del mal que sólo en él es posible encontrar el bien.

–O sea, que hace la herida y después la cura.

–Más o menos. Suponte que tu cuerpo es el todo, fuera del cual no hay nada, porque ni siquiera el afuera existe. En un intento por prevalecer, una parte se opone al resto desvirtuando su propia existencia y la de los demás, lo cual es

causa de una enfermedad que hace sufrir a todos a través del dolor. El problema no es éste, sino la enfermedad que lo produce.

–Entonces no nos queda más remedio que seguir sufriendo.

–De momento creo que sí, porque felicidad y sufrimiento son la esencia de nuestro mundo, donde la vida de unos exige la muerte de otros; es la lucha por la supervivencia. Pero sobre todo recuerda una cosa: cuando seas feliz comparte tu felicidad con los que sufren, y cuando sufras carga tu cruz con humildad y confía en Dios.

«Vaya –pensé–, para este viaje me sobran alforjas; decirme donde está el mal, sin darme la solución que lo evite, es dejarme igual.»

No obstante, los dos estábamos en el mismo barco, y aunque su sufrimiento era inferior al mío, la diferencia no era tanta como para justificar nuestro distinto aprecio por Dios.

–¿Qué es lo que te mueve a desearlo tanto? –le pregunté admirado de su fe.

–¿Te refieres a Dios?

–Sí, claro.

–Yo creo que es mi egoísmo; me siento enfermo y busco al médico que me cure. Cuando lo encuentro, mi confianza aumenta a medida voy notando mejoría.

Yo también me sentía enfermo, muy enfermo, pero por lo visto estaba en la fase de búsqueda.

–Bueno, pero ahora el que tiene que curarse eres tú –cambió de conversación al darse cuenta que se había alejado bastante de su inicial motivo–. Me voy para que duermas un rato. Cuando bajes de la guardia come un poco de fruta, y verás como mañana estás mejor.

–Dios te oiga.

Me dejó como cuando había llegado: deseando que todo pasase cuanto antes.

La travesía del Atlántico Norte, en sufrido compañerismo con el temporal, me enseñó paciencia ante el dolor, no porque me habituara a él, sino porque de tanto sentirlo me hizo más sensible a las cosas bellas de la vida. Como cuando al sediento se le da un vasito de agua, así sentía yo todo aquello que mitigaba en algo mi malestar, y entre esto estuvo el descubrimiento casual de los beneficiosos efectos de la cafeína contra el mareo. La afición de Cándido al café solía llevarle en las guardias nocturnas a pedirme permiso para ir a la cocina a tomarse una taza, a lo cual yo siempre había accedido sin atender a su ofrecimiento de subirme una, excepto a partir de aquella mi segunda noche de mareo en que, sin saber porqué, sí lo hice. Llegó con la taza medio vacía por las pérdidas sufridas durante el movido trayecto.

–Si quiere puedo subirle otra –se me ofreció por la escasez de su contenido.

–No, gracias; ya es suficiente.

Convencido como estaba del poco tiempo que iba a mantenerlo en mi estómago, consideraba una estupidez añadirle más. Lo tomé despacio, temiendo en cada sorbo sentir la necesidad de irlo a vomitar. Extrañado de que no fuera así, una vez terminado quedé a la espera de ver lo que sucedía. Nada. El viento ululaba y los golpes de mar eran tanto o más fuertes que los de la noche anterior; sin embargo, yo lograba no expulsar lo bebido. Sentía el natural malestar provocado por los bruscos bandazos, pero al menos ya era capaz de llevar a cabo una cierta digestión. Feliz al comprobarlo, quise ser agradecido con quien lo había hecho posible.

–No sabía que el café fuera bueno contra el mareo –le expresé a Cándido mi desconocimiento.

–No sé; quizás sea por la cafeína. Las pastillas contra el mareo llevan cafeína.

–Ah, ¿sí? No lo sabía.

–Sí. Fíjese en la composición de cualquiera de ellas y verá como es cierto lo que digo.

No tenía necesidad de comprobarlo porque, aunque no lo fuera, a mí me resultaba beneficioso.

–De todas formas gracias por su idea de subirme un café. A partir de ahora no se olvide de hacerlo siempre.

Su silencio y la oscuridad del puente no me permitieron saber el efecto que mi agradecimiento causaba en el marinero; lo que sí sabía es que estaba ahí, junto a mi lado.

De mi camarote al del jefe de máquinas había unos pasos nada más. Casi siempre con la puerta abierta, muchas veces al pasar los había visto charlar animadamente; Rafael y Fernando se entendían bastante bien. A eso de las nueve de la noche solían formar tertulia a la que en ocasiones se adhería Miguel, y sólo durante algunos días de aquella travesía, yo también lo hice. Con nuestros respectivos vasos de *whisky*, invitación de Rafael, el desenfado de cada uno dependía del licor bebido y, naturalmente, de la capacidad de asimilación hepática. Sentados en dos sillones y un sofá, nos movíamos al compás de los balances.

–Vaya mierda de mar –se quejaba Rafael–, y pensar que mis monstruos estarán ahora disfrutando del dinero que les mando.

Los monstruos de Rafael eran sus cinco hijos, siendo su mujer la paridora, supongo de dichos monstruos.

–Lo que no me explico es en qué pensabas cuando los encargaste –se asombraba Fernando.

–A mí es que me gusta hacerlo a pelo, y dejo a la paridora que se preocupe de lo demás. La última vez me engañó creyendo estaba estéril, y cuando quise darme cuenta, ¡maldita sea!, ya estaban los gemelos.

–Yo siempre voy con mis condones por si acaso; de este modo evito

sorpresas y contagios.

Recordando las inyecciones que días antes le había puesto, me eché a reír y a punto estuve de decirle que qué había hecho pues en esa ocasión.

–¿Qué le pasa a éste? –preguntó queriendo ocultar con un gesto de ignorancia lo que estoy seguro sabía de la causa de mi risa.

–Que no, que con la cara que tienes no tienes de qué preocuparte –reía Rafael pensando que la mía lo era por su mismo parecer.

Dándome cuenta del peligro que la equivocación del jefe de máquinas representaba respecto a la vanidad ultrajada de mi superior jerárquico, dejé de reírme y me puse serio.

–No, me reía porque yo también hago lo mismo –quise justificarme.

–Pero tú qué cojones vas a hacer lo mismo si ni siquiera sabes cómo ponértelo –me reprochó Fernando con desprecio.

–Deja al chico en paz –se quejó Miguel–; cosas más importantes hay que saberse poner un preservativo.

–Vaya, ya salió el mojigato. Seguro que tú no necesitas ponértelo porque todas las noches te la cascás.

–Ése es mi problema.

–Sí, ya sé que es tu problema; pero luego no vengas a querernos dar lecciones de puritanismo.

–Yo no doy lecciones a nadie, sé muy bien lo que soy: ni mejor ni peor que nadie; pero por mucho que te empeñes no intentaré dignificar mi mierda, y cuando vaya al retrete siempre tiraré de la cadena.

Viéndolos discutir, yo sentía rabia contenida contra Fernando, más que por el desprecio con que me trataba, por la falta de respeto que demostraba tener hacia la mayor edad de mi amigo.

–Bueno, da igual; no os peleéis por eso –medió Rafael dándose cuenta que las cosas se estaban poniendo demasiado serias–. Si Miguel tiene sus creencias religiosas, los demás tenemos las nuestras; debemos ser respetuosos entre todos.

–Eso mismo pienso yo –hice mía la opinión del jefe.

–Aunque hay que reconocer que hace falta una buena dosis de fe para creer en esas paparruchas –opinó acto seguido acerca de las creencias de su subordinado.

–Ni más ni menos que para otras cosas –repuso éste.

–Hombre, un poco más seguro que sí.

–No. Tú ahora te bebes el *whisky* porque tienes fe acerca de su conveniencia para tu bienestar.

–Eso sí que tiene gracia. Sólo faltaría que encima de estar aguantando el temporal me quitaras lo único bueno que tengo.

–Pues lo mismo me ocurre a mí.

–No tiene nada que ver una cosa con otra –repuso al darse cuenta que sus propias palabras servían para impugnarle—. Creer, por ejemplo, que María era virgen cuando parió a Jesús, con tomarse un *whisky*, son dos cosas muy diferentes.

–Yo es que ni lo creo ni lo dejo de creer; ahí lo dice, y ya está. Como los milagros, si todo es cierto, enhorabuena para quienes los disfrutaron; de poco importa que creamos o no que el cojo anduvo, el ciego vio o los que tenían hambre comieron, si realmente ellos lo sintieron así. En mi caso lo que me mueve a fe es la palabra; la oigo, y después la vida se encarga de confirmarme o no lo que fue fe a través de mi realidad.

–¿A qué palabra te refieres?

–A toda la que sea capaz de moverme a fe. Es decir, un determinado pensamiento se me muestra a través de la palabra, y pienso: «¿será verdad o no lo que dice?»; si creo que no, lo desecho automáticamente, pero si no es así, doy un primer paso por fe. Posteriormente mis pesquisas, o la propia realidad de la vida, se encargan de convencerme de mis aciertos y errores, con lo cual la fe deja de ser fe para convertirse en evidencia.

–Tu evidencia.

–Sí, claro; la mía. Lo que para mí es evidente, para otros puede que no lo sea; pero siempre la realidad que cada cual siente hará ver en qué medida, dicha evidencia o no, es útil para quien la tiene.

–Yo estoy de acuerdo con Miguel –dije convencido por su parecer–. A mí de pequeño me enseñaron muchas cosas, y luego de mayor en algunas he cambiado de opinión.

El aludido sonrió, no sé si agradecido por mi apoyo o por la ingenuidad con que interpretaba su razonamiento.

–Tal vez tengas razón –aceptó Rafael–; pero en mi caso esa evidencia está muy lejos de ser la que tú tienes. Mucho pensamiento, y al final, ¿qué?, te das cuenta que has perdido los mejores años de tu vida buscando imposibles. Yo disfruto del presente; después que me quiten lo bailado. Como decía aquél: «Comamos y bebamos que mañana moriremos.» Y si no que se lo pregunten al *Viejo*.

–¿También quiso ser cura? –preguntó Fernando convencido como estaba de que Miguel era uno rebotado.

–No; quiso ser almirante.

–¿Y qué le pasó? –pregunté curioso por conocer su historia.

–No pudo aprobar los exámenes de ingreso en la escuela naval militar.

–Suele ocurrir –disculpó Miguel la supuesta falta de capacidad intelectual del capitán–; son bastante difíciles.

–Pero no tanto cuando se va recomendado –puntualizó el jefe.

–¿Cómo lo sabes?

–No lo sé, pero es fácil de imaginar. Su padre era almirante, y quería que su primogénito también lo fuera.

–Pues a mí me dijo que era aristócrata –expuse la referencia que tenía de su progenitor.

–De no sé qué título nobiliario. Ellos presumen mucho de su origen, pero los del pueblo siempre los hemos considerado una familia venida a menos; y

sobre todo desde que murió el padre... Pues bien, a lo que iba –continuó tras una breve pausa–; Julio se pasó toda su juventud estudiando como un tonto. Primero, haciendo oposiciones para ingresar en la academia militar; después, durante varios años, intentando titularse en ingeniería naval; y por último, fracasado en todo, como marino mercante.

–Ser capitán de la marina mercante no creo sea para sentirse fracasado –dije resentido porque valorara en tan poco lo que era mi mayor aspiración.

–Gracias a esto pudo casarse. Con su uniforme de marino sólo la falta de coca en el galón le diferenciaba de un oficial de la armada; y claro, ya se sabe, aunque el que lo lleve sea viejo y calvo, esto gusta mucho a las mujeres.

–Como no sea a las solteras –dudó Fernando.

–Eso es lo que tú te crees. De la noche a la mañana apareció por el pueblo con una hembra que quita el hipo a cuantos la vemos; ¿y sabéis quién era?... –los tres oyentes hicimos un gesto de no saberlo–: Su mujer.

–¿Se había casado?

La simplicidad de mi pregunta hizo reír a todos.

–¿A ti que te parece?... Al principio presumía mucho de su señora. Era como si nos dijera: «vosotros nunca podréis tener una mujer como la mía»; pero pronto tuvo que esconderla porque los años no perdonan, y la diferencia que hay entre ellos le obliga a hacerlo si no quiere que se la roben.

–Pobre hombre –se compadeció Miguel.

–No tan pobre; él lo quiso. Que se joda –sentenció Fernando.

–Ya lo creo que está jodido: hasta los cuernos –confirmó Rafael–, por los rumores de un amante, pues nadie se explica las largas ausencias del pueblo cuando el *Viejo* se va a la mar.

–¿Y él lo sabe?

–Pero qué imbécil eres –respondió Fernando a mi pregunta–. Claro que sí; ¿o es que acaso una mujer joven no tiene sus apetencias sexuales?

–Eso creo yo. Diez años casados y sin hijos sólo se explica si él le da con

la peseta lo que otro con la bragueta.

Durante la conversación el contenido de la botella de *whisky* iba y venía, cada vez en menor cantidad, desde un hueco del sofá donde empotrada aguantaba los esporádicos golpes de mar, hasta el vaso de cada cual, especialmente el del primer oficial, y desde aquí al respectivo estómago.

–Oye, modérate un poco –advirtió Rafael a Fernando–, que a este paso me agotas la despensa.

Cuando mi mirada se cruzaba con la de mi superior jerárquico, notaba no ya la natural confusión por su ojo extraviado, sino la falta de lucidez de una mente despejada. Me daba cuenta que el alcohol empezaba a hacer mella en el control de su persona.

–Volviendo a donde estábamos, la moraleja de esta historia puede ser la siguiente: Goza cuanto puedas mientras puedes –dedujo Rafael de cuanto había dicho–. Dudo se pueda hacer después de muerto.

–Con el pijama de madera puesto seguro que no –convino Fernando.

–Cuando enterré a mis padres recuerdo haber leído un epitafio que rezaba así: «No hay nada después de la muerte.» Por lo visto el que lo había escrito sabía antes de morir lo que sólo después pudo comprobar...

–Pues aplícate el cuento.

–... y si lo pudo comprobar es que no estaba muerto –concluyó Miguel su razonamiento tras la interrupción del jefe.

–Lo mismo ocurre con quienes dicen lo contrario. Nadie ha vuelto para contarlo.

–¿De dónde?

–De la muerte.

–¿De qué muerte?

–¿Eres tonto o qué? De qué muerte va a ser; de la que te lleva al cementerio.

Todos nos dábamos cuenta que Miguel ironizaba con la réplica a sus

palabras, pues estaba claro a lo que Rafael se refería.

–Sí, ya sé –desistió al fin de su ironía–; lo que pasa es que lo que se dice morir morimos desde que nacemos haciéndonos viejos. El presente muere continuamente en el pasado, y sólo el futuro es la esperanza de seguir muriendo.

–Pero no es lo mismo.

–No es lo mismo porque la dimensión tiempo no es capaz de percibir la eternidad en la que estamos, y tenemos de ésta la visión limitada de lo que vemos en aquélla.

–Yo no le entiendo. ¿Le entendéis vosotros? –me sinceré esperando los demás hicieran igual.

No respondieron. Fernando, digiriendo su exceso de *whisky*, no estaba para muchas comprensiones; y Rafael, desde la consideración divina que tenía de sí mismo, no podía admitir la mayor inteligencia de su subordinado.

–Veamos si me entiendo yo –continuó Miguel–. Según diversos estudios parece ser que la capacidad sensorial de algunos insectos sólo les permite apreciar la dimensión plana (el que así sea o no poco importa para lo que voy a decir, pues son evidentes los diferentes comportamientos de los seres vivos), o sea, la distancia entre dos puntos elevada al cuadrado: largo por ancho; sin embargo, el ser humano percibe la realidad espacial en volúmenes limitados por tres dimensiones: largo por ancho y por alto. La realidad objetiva es la misma para ambos (ya que el volumen, aunque no se compone de infinitos planos, sí los contiene), pero el grado de percepción difiere.

Los tres nos lo quedamos mirando con cara de asombro. Yo seguía sin entenderle, y sospecho que los demás también.

–Lo mismo ocurre con las dimensiones tiempo y eternidad. La realidad objetiva es la misma para todos (ya que de la eternidad no se entra ni se sale, sólo se está), pero nuestra capacidad sensorial sólo nos permite apreciar el tiempo que transcurre entre el principio y el fin.

–De acuerdo –aceptó Rafael tras meditarlo un poco–; como nosotros

somos los insectos que venga alguien de la eternidad a demostrarnos que existe.

–¿El qué?

–La eternidad.

–Bueno, no puede venir nadie porque todos estamos en el mismo sitio. El que algunos no veamos la eternidad no significa que los demás seres vivos tampoco la vean; para verla nosotros tendríamos que perfeccionar los sentidos. Ahora bien, lo que sí podemos hacer es razonar con lógica acerca de ella y el entorno conocido. Dos son las opciones: hallar el límite de la variable tiempo cuando ésta tiende a infinito, o dicho límite cuando la variable tiende a cero. La primera opción sobrepasa el intelecto humano por sus grandes dimensiones, pero con la segunda llegamos a un concepto muy conocido por nosotros, como es el ahora, es decir, el presente. En el ahora no hay antes ni después, todo es presente.

–Pero yo antes no existía y después dejaré de existir –expuse mi pensamiento.

–¿Y qué es el antes y el después en la eternidad? Conceptos que carecen de significado.

Dándose cuenta que su lógica no era en nosotros todo lo convincente que hubiera deseado, continuó:

–Esto es parecido a lo que ocurre con los conceptos arriba y abajo en el espacio. En nuestro contexto del planeta Tierra todo el mundo sabe dónde está el arriba y dónde el abajo, pues si desde arriba se deja un objeto cae hacia abajo atraído por la fuerza de gravedad. Ahora bien, ¿qué ocurre si salimos de la Tierra?, pues que la vemos flotando en el espacio sin caerse; ¿y por qué?, porque no hay nada que la atraiga hacia abajo... En resumen, un concepto perfectamente definido en el contexto terrenal, carece de significado fuera de él. Lo mismo ocurre con antes y después: están perfectamente definidos en el tiempo, pero carecen de significado fuera de él, y no porque estemos en distinto sitio, sino porque el contexto varía. Del mismo modo que quien vive en la Tierra vive

donde ésta está, es decir, en el universo, el que vive en el tiempo vive donde éste está, o sea, en la eternidad; y esto aunque no seamos capaces de verlo.

No sé si Miguel llegaba a creer sus propias palabras; en aquel momento parecía que sí, pero semanas más tarde, cuando lo vi frente a la muerte, pude comprobar su respeto por ella. Él, al igual que nosotros, tuvo reparos de convivir con el muerto.

–Pues yo sigo diciendo lo mismo: que me quiten lo bailado –se reafirmó Rafael en su idea inicial.

–Nadie te lo va a quitar, porque si de algo somos dueños es de nuestro pasado. Si estás satisfecho del tuyo, te felicito por ello. Yo no lo estoy; ni de mi pasado ni de mi presente, y por esto busco algo mejor. Quizás sea una pérdida de tiempo porque el mundo feliz se desconoce a sí mismo, pero hay algo que da sentido a mi vida: la esperanza de poderlo encontrar.

–Yo la he perdido bastante –me mostré pesimista–. Antes de embarcar estaba ilusionado por hacerlo, y ahora me doy cuenta que era más feliz cuando esperaba.

–Eso lo dice por ti, Fernando –le advirtió el jefe de máquinas–. A ver si gobiernas mejor.

El primero no respondió; con claros síntomas de embriaguez, ya tenía bastante con gobernarse a sí mismo.

–No debería beber más, que luego tiene que hacerme el relevo –dije preocupado.

–Sí, quitémosle el vaso –convino Miguel.

–Ni hablar de eso –se opuso el otro–. Te das cuenta, Fernando, lo poco que te quieren; ni siquiera te dejan beber.

–A quien lo intente lo rajo –farfulló el beodo.

–Muy bien dicho. Si ellos tienen su forma de pensar, nosotros tenemos la nuestra. ¡Faltaría más!

Miré a mi amigo esperando hiciese algo al respecto. Entendiendo mi gesto,

separó su vista de la mía, y, cabizbajo, balbuceó entre dientes:

–Déjalo para cuando pida la ayuda.

Cuando lo hizo, ya era demasiado tarde y no se la quise dar.

Los dejé yendo a hacer el relevo al capitán. Como siempre, la luz de donde venía me deslumbró hasta adaptarme a la oscuridad de la noche. Ido el *Viejo*, Cándido y yo permanecemos en nuestro puesto de guardia. En medio del océano, con un temporal al que soportaba por el tiempo transcurrido y porque ya no tenía la fuerza de los primeros días, pocas son las cosas que distraen la atención. En estas condiciones mi mente divagaba por los más variados pensamientos intentando hacer amena la monotonía de las horas. Recuerdos de familia se mezclaban con otros del barco, y éstos, a su vez, con palabras de Miguel. «Si tiene razón –pensaba en sus creencias del tiempo–, el azar no debe ser un hecho arbitrario donde se concreta la vida.»

–¿Usted sabe, Cándido, si antes de nacer y después de morir existimos?

–le pregunté curioso por conocer su opinión.

Supongo que mi pregunta debió sorprenderle por lo inesperado de ella.

–Yo lo único que sé es que estoy vivo.

–Sí, claro; yo también... Se lo preguntaba porque se me ha ocurrido pensar en la cantidad de años que han pasado hasta nacer y en los que pasarán cuando muramos.

–Seguro que muchos; pero no se me ha hecho larga la espera. Cuando veo lo ocurrido en la historia, pienso lo bien que estaba donde estaba.

–En los genes de nuestros antepasados –dije dando a entender mi creencia sobre dónde estábamos antes de nacer–. ¿Se imagina lo difícil que ha sido que justamente usted y yo hayamos nacido?

–No sé a qué se refiere.

–A la dificultad de que en una urna de lotería con miles de millones de bolas, salga la que sale.

–Alguna tiene que salir, y si ésa lo hace es porque estaba en la urna junto

con las demás.

Me di cuenta que, desde otra perspectiva, su parecer era similar al de Miguel: «Para establecer la probabilidad de un suceso primero hay que definir dicho suceso.» Así, por ejemplo, la probabilidad de que al mezclar los colores negro y blanco, bajo determinadas condiciones de temperatura, presión, etcétera, salga el gris es del cien por cien; pero ¿qué probabilidad se puede establecer para el color que va a salir si previamente se desconoce ese color?, o dicho en los términos de antes: probabilidad de que al mezclar los colores negro y blanco salga el color que va a salir. Para este supuesto la probabilidad no existe. Trasladando este razonamiento al hombre se puede decir que la probabilidad de que nazca un ser humano es del cien por cien cuando se dan las condiciones biológicas para ello; pero ¿cuál es la probabilidad de que nazca el ser humano que sólo al final de su vida se podrá definir? No existe. Ante los condicionantes biológicos hay un resultado cierto: un nacimiento, sin ningún tipo de opción para el individuo que lo encarna; pero lo que ese individuo sea no sólo depende de sus antepasados y coetáneos, sino también del uso que en su entorno haga del margen de libertad que le otorga el destino. Aquí la existencia de todo hombre es un hecho aislado y único, pues aunque genéticamente pudiera repetirse, no lo son las coordenadas espacio-tiempo donde siente su experiencia vital.

En este destino, entonces incipiente, hice uso de mi libertad para destruir a quien quiso destruirme. No pude perdonar porque mi instinto de supervivencia me obligó a seguir avanzando en el tiempo. Con todo, asumo la responsabilidad de cuanto hice. No pido clemencia; dejo al arbitrio de quienes sepan de esta mi historia el juicio ante Dios.

Cándido me avisó de la presencia de una luz en lejanía. A través de los prismáticos pude comprobar que se trataba de un barco con rumbo opuesto al nuestro. Desde nuestra posición tomada semanas antes con respecto a la costa, no nos había sido posible situarnos con el sextante debido a que las nubes ocultaban los astros. Puse en funcionamiento el radar para determinar nuestra

posición respecto a dicho barco, y de este modo, si la suya era correcta, saber exactamente en qué punto del océano estábamos. Una vez fijada la marcación y distancia, lo llamé por la radio de corto alcance:

–Another ship, another ship. Do you read me?

Permanecí a la escucha esperando respuesta. Nada. Después de varios intentos, una voz, en un inglés que no pude entender, respondió a la llamada. Tras exponer mi deseo supe que me había entendido al decirme su latitud y longitud. Dadas las gracias, lo dejé para situar sus coordenadas y, a partir de ellas, las nuestras sobre la carta de navegación. Hecho esto pude comprobar el gran error de nuestra posición estimada: escasamente faltaban dos días para llegar a Newfoundland, o Nueva Tierra Hallada.

La advertencia de Fernando acerca del frío que íbamos a pasar en el caso de ir a los Grandes Lagos empezó a materializarse por aquellos días. A la mañana siguiente una copiosa nevada cubrió las cubiertas del barco con varios centímetros de nieve que más tarde, al helarse, supondría un verdadero problema para transitar por ellas sin caerse. Enseñado por Vicente, y acuciado por la necesidad, a prendí a hacer uso de hojas de revistas (en mi caso, pornográficas) como aislante térmico entre la camisa y los jerséis. El temporal, no obstante, definitivamente había pasado, y esto era suficiente para sentirme mejor, pues aunque el frío era intenso, lograba al acostarme entrar en calor y conciliar el sueño profundo que permite reponer las fuerzas.

Cabo Race confirmó la verdad de la información suministrada por el solitario y desconocido barco: de no haber sido por él hubiéramos tenido dificultades con la recalada, ya que el temporal nos había abatido durante la travesía hacia el sur, y aunque el original rumbo era correcto, de no haberlo modificado hubiéramos llegado a tierras distintas de Terranova. Situados, nuestro rumbo siguió las directrices marcadas por el perfil de la costa. El cielo, completamente despejado, mostraba el azul de mis primeros días en la mar; los delfines

acompañaban nuestro avance jugando, en peligrosas maniobras, a cruzarse con la proa, y a lo lejos creí ver alguna que otra ballena. Fueron momentos de gran satisfacción donde la dureza de mi experiencia pasada me hizo valorar cosas tan simples como una buena digestión.

Después de cenar me recliné en mi camarote; deseaba escribir a mis seres queridos y necesitaba estar solo para hacerlo. Los recuerdos de Senga y mi novia se debatían por prevalecer el uno sobre el otro. Intenté compaginar ambos sobre las respectivas cuartillas de papel, pero fue imposible. Al decirle a una que la amaba se lo decía también a la otra, ocultando mi amor por las dos; esto último generaba en mí un sentimiento de culpa que me impidió seguir escribiendo. Hastiado, rompí lo hecho y me puse a hacerlo sólo a mi madre.

«Ahora, tan lejos de casa –escribía–, tu ausencia la siento en el recuerdo. Cuando estábamos juntos, sabiendo que algún día me tendría que ir, en previsión me saciaba de nuestro cariño para cuando no pudiera tocarlo. El dolor de tus años me exasperaba a veces por tenerlo que compartir, pero los dos sabemos que no era por ti, sino por el mal que nos mortificaba y ninguno queríamos. De haber podido te hubiera liberado de él para liberarme yo también, pero al ser superior a mis fuerzas hice lo único que pude: ayudarte hasta mi marcha. Mientras durante el viaje estemos separados, sólo te pido que aunque yo no te escriba, tú nunca dejes de hacerlo, y, al igual que hice contigo, en tus cartas me hagas partícipe de tus cosas buenas hasta que de nuevo nos encontremos. Tu hijo que siempre te quiere.»

Terminada la carta la puse en el sobre para echarla cuando llegáramos a puerto. Hecho el trabajo, distraído miré por el portillo al exterior: en el declinar de la luz me di cuenta se avecinaba la puesta de sol. Súbitamente recordé las palabras de Cándido acerca de su visión del rayo verde; la tarde era despejada y si me daba prisa quizá podría verlo. Sin abrigarme salí a la cubierta de botes; la brisa helada me hizo estremecer de frío; hacia proa el astro empezaba a ocultarse. Límpido y rojo caía tras la línea azul del horizonte. Sí, en tanta hermosura

tenía que verlo; ya... Nada parecido al verde se mostró al desaparecer aquél. Boquiabierto, como al visionario que se le niega el trance, esperé por si algo más ocurría. El intenso frío me avisó que debía abrigarme si no quería enfermar.

A medida nos adentramos por el río San Lorenzo el agua salada fue haciéndose dulce, lo cual era evidente por la creciente profundidad de la quilla del Maruja con respecto a la línea de flotación como consecuencia de la menor densidad del mencionado líquido. Contracorriente seguimos la margen izquierda del río hasta el punto donde el práctico, primero de todos los que ininterrumpidamente nos conducirían por aquellos lugares, debía embarcar. Un desolado paisaje se mostraba a mi vista: sin árboles ni vida y sólo blanco de hielo. Mirando aquello me percaté de que un bote se acercaba a nosotros.

–Capitán, creo que viene el práctico.

Al oír mi aviso, el *Viejo* salió del cuarto de derrota a comprobar si era cierto.

–Sí, me parece que tiene usted razón. Vaya a recibirlo.

Lo hice por la escalera interior para coger un chaquetón de mi camarote con el que abrigarme antes de salir a cubierta. Haciendo equilibrios para no caerme sobre el suelo helado, me acerqué hasta donde estaba la escala de gato; el práctico subía por ella.

–*Good morning* –me saludó.

–*Please, you come with me* –dije para hacerle entender que viniera conmigo.

Así lo hizo.

La presencia de aquel hombre, y de los que le siguieron, en el puente era una garantía de seguridad contra los peligros que nos pudieran acechar; su profundo conocimiento del río sabía evitarlos. En estas condiciones las guardias eran relajadas para nosotros al dejar a su cargo la conducción del barco.

Poco a poco las márgenes del río fueron estrechándose y, más cerca, pude divisar casas y pueblos, ciudades, campos yertos..., naturaleza, en suma, donde

la vida se adapta a unas condiciones climáticas mucho más rigurosas de las que son normales en la época de otoño de mi tierra.

–Si el paralelo que pasa por aquí es sólo ligeramente superior al del norte de España, no me explico la diferencia de clima –le expuse al práctico mi desconocimiento del motivo.

–Yo creer ser por corrientes marinas.

De todos los prácticos que habían embarcado en el río, y lo harían después, sólo con aquél pude mantener una cierta conversación gracias a su conocimiento del castellano.

–¿Dónde aprendió a hablar nuestro idioma?

–Mi mujer ser puertorriqueña, y si yo querer estar en cama con ella tenérselo que decir en español.

Tanto Miguel, que había subido a hacerme compañía en la guardia, como yo nos echamos a reír por la nobleza en su respuesta.

–¿Estar ustedes casados? –quiso saber nuestro guía.

–No. Él tiene novia y creo que pronto lo estará –explicó Miguel refiriéndose a mí–; pero yo ya soy viejo para hacerlo.

–Si estar solo, las noches ser muy frías.

–Sí, bastante. Todo es cuestión de acostumbrarse.

–Hijos, ¿tampoco? –insistió el práctico sobre la vida sentimental de mi amigo.

–Que yo sepa, tampoco.

–Y padres, ¿dónde estar padres?

–Hace poco que murieron.

–Entonces, ¿no tener nadie en el mundo?

–Nadie.

–¡Oh! –se sorprendió el hombre–; si no tener quien querer, su vida ser triste, muy triste.

Miguel no respondió; en su mirada noté la verdad, en ese momento, de lo

que el práctico decía.

–Bueno, me tiene a mí –dije para alegrarle–. Él sabe que soy su amigo y puede contar conmigo para todo...; excepto, claro está, para darle calor en la cama –añadí por temor a que se mal interpretasen mis palabras.

Los tres nos reímos.

–Ni yo lo quiero –repuso Miguel–, que a mí también me gustan las mujeres.

El *Saint Lawrence Seaway*, o camino de siete esclusas que lleva al lago Ontario, requiso la entrada previa en Montreal para que los inspectores comprobasen si el Maruja reunía las condiciones técnicas necesarias para adentrarse por dicho camino. Fue cuestión de un solo día; tiempo suficiente para salir aquella noche a divertirnos un poco.

En esta ocasión lo hice con los dos maquinistas; Fernando se quedó a bordo cumplimentando las órdenes de la inspección. Como siempre, sin nadie pedirselo, Rafael ocupó el puesto de ordeno y mando, porque (pienso) en su fuero interno creía que sólo él estaba capacitado para hacerlo. No sé si a Miguel le ocurría lo mismo, pero a mí me resultaba odioso tener que adoptar una actitud hipócrita de sumisión ante quien consideraba un fanfarrón. Me molestaba oírle relatar hechos que pretendía avalasen su grandeza y yo sospechaba falsos por no corresponderse con la realidad que veía en él. Suya fue la idea de ir a uno de los prostíbulos de la ciudad; y ahora que lo pienso, creo que, aparte de la necesidad de sexo que en aquel momento tuviera, hubo una intención oculta por su parte de ver cómo reaccionaba Miguel ante esa situación tan contraria a sus creencias religiosas. En un principio éste se opuso alegando vagas excusas, pero ante la insistencia del jefe de máquinas acabó aceptando, y con él yo también. Durante el trayecto, al mirarle a hurtadillas, notaba de su excitación. Predicar lo que luego no se es capaz de cumplir supongo es causa de muchos remordimientos, los mismos que Miguel debió tener en aquellos momentos. Su espíritu, en la búsqueda de Dios, había llegado muy alto, mientras su cuerpo seguía requiriendo

las servidumbres de cualquier ser humano, y esta brecha, inexistente en quienes no se plantean tales cuestiones, le llevaba a sentirse frustrado consigo mismo.

En el local, escasamente iluminado por luces de distinta tonalidad rojiza, nos acercamos a la barra del bar. La camarera se mostró solícita por saber qué deseábamos beber.

–Lo normal, siempre y cuando lleve alcohol –convinimos los tres.

Rafael tradujo en un inglés deplorable, que por su tono deduje creía nos impresionaba a todos, nuestro deseo. Un solo hombre, no sé si cliente o macarra, era junto a nosotros toda la presencia masculina que allí había. Las mujeres nos superaban en número.

–Anda, Lozano, coge la que más te guste –me incitaba el jefe para que hiciera lo que él no se atrevía a hacer.

Provocativas en vestidos y gestos, algunas de ellas nos miraban descaradamente queriendo excitar nuestro instinto sexual.

–Venga, Miguel –insistía el otro–; dile algo a alguna.

No había manera; la timidez nos atenazaba sin dejarnos mover. Servidos los vasos, los cogimos con ansiedad ingiriendo el alcohol que precisábamos para darnos valor. La camarera reía alegre por nuestra torpeza.

–Mira ésta; se ríe de lo paletos que sois. ¿Cómo se me habrá ocurrido traeros?

Una de las putas, dándose cuenta de las dificultades que estábamos pasando, decidió tomar la iniciativa acercándose a nosotros. La seriedad de Miguel y la doncellez de mi rostro debió ser causa de que sus caricias y toques oscenos tuviesen como único destinatario a Rafael, lo cual éste consideraba consecuencia de su atractivo personal. A petición suya, quizás porque le molestara vernos sin participar de sus juegos lascivos, la mujer llamó a dos de sus compañeras. Mulata una de ellas se emparejó con Miguel; la otra lo hizo conmigo con la indiferencia de quien cumple una obligación. De las tres, sólo la del jefe mostraba interés en su trabajo; la mía apenas si me hacía caso, y la otra

aparentaba sufrir ante aquella situación. La primera reía estrepitosamente por los vanos intentos de su cliente por quitarle las bragas, lo cual ella condicionaba a la previa aceptación de una cierta cantidad de dinero.

–Quiere saber si le vas a pagar lo que pide –traduje cansado de verlos regatear.

–Ya lo sé. Lo que pasa es que yo también quiero saber si lo vale.

Después de un largo tira y afloja, por fin se pusieron de acuerdo. Dando por supuesto que su acuerdo era también aceptado por Miguel y yo, nos indicaron fuéramos con ellos a las habitaciones donde se prestaba el servicio. La mulata y mi amigo se negaron a hacerlo. Viéndome titubear, Rafael me apresuró a seguirle:

–Déjalos; cada cual se sabe y se entiende.

Temiendo perder los clientes, algo debió decirle su puta a la mía respecto a esto, porque cogiéndome de la mano me llevó con ellos. Llegados al sitio, nos separamos en dos habitaciones contiguas.

–A ver cómo te portas, valiente –me dijo al cerrar la puerta tras de sí.

Sin responderle hice lo mismo quedándome a solas con aquella mujer. Con cara de fastidio me indicó le pagase lo convenido. No sabiendo a cuánto ascendía, le di la cartera para que cogiera el dinero. Hecho esto, empezó a desnudarse hablando sobre algo que, aunque no entendía, me daba cuenta sólo a ella interesaba porque ni siquiera me miraba. Completamente desnuda se echó sobre la cama abriendo ligeramente las piernas. Yo seguía vestido y de pie mirándola embobado. Por sus gritos deduje estaba molesta por mi tardanza en consumir lo que había comprado. Con prisas, para no enfadarla más, me desnudé; tanta premura apenas si me permitía mantener erecto el pene. Me eché sobre ella (maestros había tenido en las revistas pornográficas) y tanteando su sexo la introduje el mío buscando, con una cadencia rítmica, el placer del orgasmo. Logrado éste, exhausto me abandoné sobre su cuerpo; sentía el lento palpitar de su corazón junto al mío excitado. Sabiendo que había terminado, bruscamente se

separó de mí y, levantándose, empezó a vestirse. Mientras lo hacía la miraba esperando alguna palabra de amor por su parte. Nada me dijo al marcharse.

Solo y desnudo permanecí un rato acostado. A través del tabique escuchaba los quejidos placenteros de Rafael pidiéndole a su amante le castigara más. «Vaya –pensé–, después de tanto mandar ahora resulta que es masoquista.» Yo no lo soy, y el frío, flagelando mi cuerpo, me obligó a vestirlo. De nuevo en el local, me acerqué hasta donde estaban la mulata y Miguel.

–¿Qué tal? –me preguntó éste.

Hice un gesto de desagrado respecto a lo que quería saber. Callado, junto a ellos, pronto advertí que habían conseguido en mi ausencia lo que yo no había logrado pagando: el amor. Cogida de su brazo, la mujer apoyaba mimosa su cabeza sobre el hombro de él. Sentí envidia de mi amigo.

–Quiere que me vaya con ella a su casa.

–Pues a qué esperas –le animé–. No te preocupes por mí; ya veré lo que hago.

Con gestos y algunas palabras de inglés, hice entender a su compañera que estaba de acuerdo con que se lo llevara de aquel antro. Al marcharse, todo el malestar, indefinido hasta ese momento, se me hizo patente en una profunda amargura.

Esperé largo rato a que terminara Rafael, y durante todo ese tiempo ninguna de las mujeres me dirigió la palabra; me sabían inmune a sus deleites carnales. Empezaba a pensar que se habría ido sin darme cuenta, cuando apareció a medio vestir soportando los gritos de su ama.

–¿Qué pasa? –le pregunté.

–Ya te contaré. Corre, vámonos antes de que a esta loca le dé por pegarme.

Viendo que el mujerío estaba a punto de sublevarse al saber lo ocurrido, le seguí sin pedirle más explicaciones. Fuera del burdel, jadeantes anduvimos un rato callados.

–Pero me querrás explicar lo sucedido –le dije por fin.

–Que no puede ser, que cuando uno es bueno las moscas se lo comen.

–¿Qué quieres decir?

–Esa puta, encima de gozar conmigo quería le pagase.

–¿Y no lo has hecho?

Me miró indignado por la acusación de falta de honradez que una respuesta negativa llevaba implícita mi pregunta.

–¿Tú pagas porque te hagan sufrir? –me contestó con otra pregunta.

–No, claro que no.

–Pues ya lo sabes. Y no preguntes más tonterías.

Sí, lo sabía. Rafael pagaba con sufrimiento a quien a petición suya se lo daba.

A la mañana siguiente, mientras desayunaba en el salón de oficiales, le pregunté a Juan si había visto a Miguel; tenía interés por saber cómo le había ido con su mujer.

–Por aquí no ha venido, y en su camarote tampoco está. Quizás esté en la sala de máquinas.

Bajé a donde me indicaba el camarero a comprobarlo. Rafael dirigía los trabajos del calderero y uno de los engrasadores en el motor de la hélice. Aunque el ruido del alternador en funcionamiento era grande, no lo era tanto como para impedir una conversación, lo cual hubiera sido imposible funcionando dicho motor de la hélice. Extrañado de verme por su lugar de trabajo, el jefe quiso saber a qué se debía.

–Buscaba a Miguel; desde que se fue ayer no le he vuelto a ver.

–Ahora que lo dices, se me olvidó preguntarte por él.

Tuve que explicarle lo sucedido porque con las prisas del día anterior estaba ignorante del tema. Mientras lo hacía, el temor se adueñó de su rostro.

–¿Y le dejaste marchar? –me preguntó asustado.

–Si ambos querían, no sé por qué no iba a dejarlos –expuse mi franca opinión.

Se me quedó mirando con cara de asombro al darse cuenta que no era consciente de la gravedad del asunto.

–Ya lo dice Fernando: además de idiotas sois imbéciles. ¿No te das cuenta que esa puta se lo llevó para robarle? Suerte tendrá si el chulo no le ha pinchado –entendí se refería a herirle con una navaja–; a no ser que esté a bordo. ¿Has mirado por todas partes?

–Bueno, lo que se dice mirar mirar, apenas lo he hecho.

–Pues ya puedes empezar a buscar, porque si no lo encuentras da por seguro que lo han destripado.

Apesadumbrado por lo que pudiera haberle ocurrido, inicié una febril búsqueda por todo el barco. No lo encontraba, y, lo que era peor, nadie me daba referencias acerca de su paradero. En mi desesperación caí en la cuenta de que tampoco a Fernando lo había visto aquella mañana, y pensé que tal vez estuviera en su camarote. Llamé varias veces a la puerta; al no contestar, decidí entrar. Fernando dormía vestido sobre la cama; a su lado una botella de *whisky* tenía de *whisky* sólo el nombre en la etiqueta. Para mayor certeza intenté despertarle por si algo sabía. No hubo manera; estaba completamente borracho.

Subí al puente. El capitán, junto al práctico, parecía estar dispuesto a iniciar la maniobra de salida de puerto.

–Don Julio –le llamé asustado–, no encuentro al primer maquinista.

–Bueno, ¿y qué? –quiso saber sobre mi interés en hacerlo.

–Que creo que no está a bordo... Anoche nos fuimos de putas, y temo le haya pasado algo.

Dándose cuenta del problema que se le avecinaba de confirmarse mis temores, me pidió fuese a avisar a la policía del puerto. Bajé a cubierta, y justo cuando iba a salir del barco, un coche se paró frente al portalón. La mulata y Miguel bajaron de él.

–¡Corre! –le grité lleno de alegría por saberle vivo–, que nos vamos.

Un beso juntó sus bocas en señal de despedida.

–Menudo susto nos has dado –le dije al subir a bordo–; creíamos que te había pasado algo.

–Y ya lo creo que me ha pasado –me contestó radiante de felicidad–; he vuelto a encontrar el amor.

El capitán, viendo desde el alerón que todo estaba solucionado, dio orden de retirar la escala real e iniciar la maniobra de desatraque.

VI

Lentamente nos separamos del muelle. Aquella mujer, cuya piel denotaba mezcla de razas, lloraba la ausencia de Miguel. Viéndolos hacerse gestos de adiós, recordé mi situación similar de otro tiempo, y no quise importunar con preguntas a mi amigo. Lo dejé solo yendo hacia el puente.

–¿Ha visto al primer oficial? –me preguntó el *Viejo* al entrar–. No ha estado en proa dirigiendo a sus hombres.

Hice un gesto (mintiendo) de no saber sobre su paradero; tenía miedo de ser acusado más tarde por éste de delator respecto a su estado en embriaguez.

–Cójale el timón a Provencio, y que vaya a buscarlo –nos ordenó.

Al cabo de un rato el marinero volvió con la noticia de que Fernando estaba en su camarote y no quería subir.

–¿Que no quiere subir? –preguntó extrañado don Julio.

–Eso dice; que se encuentra muy cansado y no quiere le molesten.

Oyéndole, me daba cuenta que el marinero estaba al corriente de todo, pero, al igual que yo, temía comprometerse diciendo la verdad. El asunto era grave porque, de nuevo navegando por el río San Lorenzo, era inminente nuestra entrada en la primera esclusa de las siete necesarias para superar los rápidos de dicho río, y la maniobra requería la presencia de todos nosotros. Furioso, se fue él mismo a buscarlo.

Cuando volvió yo notaba su rabia contenida, más que por el estado en que aquél se encontraba, por saberse burlado.

–Me temo –me dijo por fin–, que usted tendrá que ocuparse de la maniobra de proa. Provencio y Miralles pueden hacerlo solos a popa. Ya me encargaré yo del timón.

No quise preguntarle el porqué, porque los dos lo sabíamos y hubiese sido demasiado atrevido por mi parte seguir fingiendo.

Como siempre que salía a la intemperie me abrigué cuanto pude. Vicente y Cándido preparaban dos cables de acero. Al no hacer ningún comentario sobre mi presencia inusual en el castillo de proa, supuse que alguien les había informado. Con el radioteléfono mantenía contacto con el capitán en el puente.

–Vicente –requiso su atención–,el *Viejo* dice que la esclusa está ocupada y deberemos esperar un rato a que la abran;así es que prepárese para saltar a tierra.

El contramaestre se encaramó sobre la tapa de regala. En buena lógica debería haber sido Cándido, como subalterno a sus órdenes, el encargado de hacerlo, pero su extremada fragilidad física me aconsejó ordenárselo al otro, y creo que éste así lo comprendió.

–Agárrese a mí –le aconsejé por temor a que el hielo le hiciera resbalar.

Agradecido lo hizo esperando llegara el momento de poder saltar. Una espesa capa de nieve cubría aquellos solitarios parajes. Poco a poco nos fuimos acercando hasta casi tocar con la amura el muelle.

–¡Ahora! –le grité.

Cayendo de bruces sobre la nieve, se levantó maldiciendo su suerte.

–No te quejes –le consolaba Cándido–, que al fin y al cabo lo has hecho sobre un colchón de espuma.

–A ti te quisiera ver por aquí –le reprochaba el otro su ironía.

Riéndonos le dimos la estacha para que la encapillara en el noray, hecho lo cual se fue a popa a hacer lo mismo. Tensados los cabos esperamos a que abrieran la puerta de la esclusa. Vicente daba saltos golpeándose con los brazos el pecho para entrar en calor. Al cabo de unos minutos, abriéndose aquélla, salió el barco que la ocupaba. Largadas las estachas, el contramaestre volvió a subir a bordo.

Entrando en la esclusa, con nuestros propios medios de propulsión, me daba cuenta del mayor nivel del agua a su salida, no sólo por la altura de sus

paredes, sino también por el agua filtrándose por los resquicios de la puerta cerrada de dicha salida. Desde arriba un empleado de tierra, avanzando al unísono con el Maruja para no quedarse atrás, dejó caer el chicote de una guía para que lo atáramos a la gaza del cable dispuesto para trabajar de largo. Sujeto éste, y una vez parados dentro de la esclusa, empezó a tirar de él a través de la guía, encapillando la gaza, posteriormente, en uno de los norais. Visto esto, Cándido dio varias vueltas al seno del cable sobre uno de los tambores del molinete, y yo empecé a virar hasta tensarlo; al mismo tiempo, Vicente repitió la operación, a petición del empleado, con el cable dispuesto para trabajar de spring, que puesto sobre el otro tambor también tensé. De este modo, con la misma maniobra a popa, acercamos hasta tocar nuestro costado de babor a la pared de la esclusa, quedando la otra a varios metros de la banda de estribor. Cerrada la puerta de entrada, el nivel del agua empezó a subir y, por lo tanto, también nosotros; esto nos obligaba, a popa y a proa, a virar de los cables para que tensos impidiesen que el Maruja se cruzase en la esclusa movido por las corrientes. Alcanzado el nivel de salida, se abrió la puerta de la misma, y el empleado de tierra largó los cables para que siguiéramos nuestro camino.

Los tres convinimos en que, después de todo, la mayor dificultad de la maniobra había estado en el ataque previo a la entrada en la esclusa, pues al tener que saltar a tierra (debido a la ausencia de empleados), existía el peligro de que quien lo hiciera cayera entre el muelle y el barco, pudiendo ser aplastado por éste.

—Mejor no pensarlo —mostraba Vicente su temor sabiéndose víctima de dicho peligro—, pues, si lo hago, a la próxima no salto.

No debió pensarlo mucho porque saltó siempre que fue necesario, si bien es cierto que cada vez con mayor destreza.

En el *Seaway* la mayor parte de las esclusas están separadas unas de otras, y el tiempo necesario para llegar a ellas permite retirarse, momentáneamente, hasta la próxima maniobra. Esto es lo que hicimos en cada ocasión: ir y volver

desde el castillo de proa a la cocina buscando el calor de una taza del caldo que Roque había preparado al efecto. Vicente añadía, cada vez a la suya, un buen chorro de coñac para liberarse (según decía) de los malos espíritus, que en ningún momento definió, pero que al parecer le importunaban mucho. De los tres marineros el que más me preocupaba era Cándido; su ya de por sí angustiosa mirada se agravó con unas grandes ojeras que denotaban el enorme esfuerzo físico que para su débil constitución suponía soportar temperaturas de grados bajo cero. Lo recuerdo de noche, a la luz de los focos de la última esclusa, intentando dar varias vueltas al seno del cable sobre el tambor del molinete sin conseguirlo; tuve que dejarle que ocupara mi puesto y hacer yo su trabajo, pues de lo contrario no habiéramos podido tensar el cable de largo, estando como estaba Vicente ocupado con el de spring. Cuando salimos de aquélla, le mandé fuera a su camarote a descansar; temía por su salud. Entre el contramaestre y yo terminamos de recoger los pertrechos de maniobra.

De nuevo en el puente, me interesé por el estado del primer oficial. Durante todo ese tiempo no había dado señales de vida, y, sin considerar las maniobras realizadas, por lo que respecta al horario de las guardias de mar estábamos en la suya de madrugada. Como don Julio no quería volverlo a llamar, creí oportuno hacerlo yo por mi cuenta. Sin que éste lo supiera, me acerqué hasta su camarote.

–Fernando –le llamé–, es la hora de tu guardia.

Dormido tal y como lo había visto por la mañana del día anterior, parecía no oírme.

–Fernando –insistí moviéndole el brazo–, despierta; el *Viejo* quiere verte.

–¿Queé...?; ¿qué pasa? –se despertó sorprendido.

–Que es la hora de tu guardia y tienes que hacerle el relevo a don Julio –le dije para ponerle al corriente de la hora que era.

Al comprobar que, efectivamente, la hora lo era de la segunda mitad de su guardia, me acusó de no haberlo llamado en su momento.

–¿Pero qué dices? –me defendí rabioso–, si hemos estado llamándote desde ayer y no te has querido dar por aludido. ¡Mira! –le señalé la botella de *whisky*–; ¿o es que no te acuerdas?

Calló ante la evidencia de su propia culpabilidad. Haciendo gestos que denotaban una fuerte jaqueca, se levantó apoyándose sobre uno de los mamparos; a pesar de que el balanceo era nulo, se comportaba como si no lo fuera.

–¿Sabe el *Viejo* de esto? –me preguntó señalando la botella.

–Supongo que sí.

Estaba claro que su preocupación en aquellos momentos era cómo justificarse delante del capitán. Se acercó hasta el lavabo, supongo a asearse un poco, y mirándose en el espejo, se dijo a sí mismo:

–Esta vez sí te han cogido.

De acuerdo con su parecer, y (Dios me perdone) contento porque así fuera, me fui sin decirle nada. No supe, ni a nadie pregunté, de lo ocurrido en el puente cuando los dos se encontraron; pero lo que sí más tarde pude leer fue la letra de don Julio en el cuaderno de bitácora dejando constancia de la falta muy grave cometida por el primer oficial.

Aquella noche se confirmaron mis temores acerca de la salud de Cándido. La mía, dentro de lo que cabe, se encontraba bastante bien, sobre todo después de un reparador sueño en el tiempo que Fernando recuperó, en lo que deberían haber sido guardias del capitán y mía, sus horas perdidas durante la borrachera. Despertado por Provencio, subí como de costumbre a hacer el relevo de don Julio, y, como de costumbre, esperamos a que subieran los dos marineros para, una vez hecho su relevo, irse él y quedarme yo, aunque en esta ocasión acompañado por el práctico encargado de llevarnos por el tramo del río conocido con el nombre de Mil Islas.

–Don Julio –le llamó su marinero de guardia al llegar–. Cándido está delirando y con fiebre; no creo que pueda subir.

Por orden del capitán bajé a su camarote a ver cómo estaba. Los

camarotes de la marinería, aunque también individuales, eran más pequeños que los nuestros y sin aseo, además de más ruidosos por su proximidad a la sala de máquinas. Acostado en la cama, el marinero hablaba entre sueños.

–Cándido, ¿no se encuentra bien? –le pregunté sabiendo de antemano que no lo estaba.

Sudoroso, tiritaba con síntomas de frío a pesar de estar tapado con varias mantas. Le puse la mano sobre la frente: ardía de fiebre. Busqué en su armario alguna otra manta, y al no encontrarla, fui a mi camarote a coger una. De nuevo en su habitáculo, la puse encima de las que ya tenía.

–No me dejes, padre –deliraba creyéndome su progenitor–; te necesito.

–No se preocupe. Ahora descanse, y verá como mañana se encuentra mejor.

Informado don Julio, convine con él en dejarle descansar durante toda la noche; a la mañana siguiente, si no mejoraba, veríamos lo que había que hacer.

La luna, grande y redonda, llenaba de pálida luz la oscuridad de la noche. Desde el alerón el práctico me indicaba, en cada momento, el rumbo a seguir:

–*Mister mate; two five six.*

–*Two five six* –repetía en alta voz para cerciorar lo dicho por éste.

Su silencio me confirmaba en la ausencia de error, y, traduciendo mentalmente: «dos cinco seis, doscientos cincuenta y seis», ordenaba al piloto automático llevar al Maruja por el camino indicado. La estela del barco dejaba reflejos de luna temblando al pasar, y sombras de islas, no sé si hasta mil, se movían con ella. La guardia, sin la palabra de Cándido, se me antojaba más fría, más triste en el alma.

Durante la travesía del lago Ontario la salud del marinero no mejoró. La causa del mal era, en nuestra profana opinión, una pulmonía adquirida durante las maniobras del *Seaway*, enfermedad que precisa de unos cuidados médicos que a bordo no se le podían dar. Por mediación del práctico y su radio se acordó con las autoridades de tierra desembarcar al enfermo en la primera de las ocho

esclusas del *Welland Canal*, o sea, al inicio del paso que comunica el lago Ontario con el Erie a través de las cataratas del Niágara.

Como responsable de enfermería y primeros auxilios fui el encargado de los preparativos del traslado. Llegados al lugar, y antes de iniciar las maniobras del mencionado canal, coloqué a Cándido sobre unas parihuelas puestas entre él y el colchón de su cama, para de este modo, tapado con sus propias mantas, poderlo mover llegado el momento. A continuación me dispuse a preparar su equipaje. En la maleta, con prisa y sin orden, dejaba todo lo que encontraba y suponía suyo: ropa, utensilios de aseo, algunos libros..., y un cuaderno que, al caérseme al suelo, me di cuenta era un diario o algo parecido. Curioso ojeé la página abierta:

«Al despertar, cuando la mente todavía vaga por el misterio de los sueños y un ténue rayo de luz se abre camino entre ellos, es entonces cuando, rápido y fugaz, como el trueno en la noche, con cruel realidad se me muestra el destino... Y oigo una voz, y veo el polvo brillar en el rayo de luz que la persiana no oculta, y siento, con el fluir de la vida, el destino de la muerte que espera.»

Lo dejé con sus otras cosas; sus intimidades me producían la angustia de su mirada y no quería contagiarme de ella.

A partir de entonces Miralles ocupó el puesto de Cándido en las maniobras de proa, y a su vez Roque lo hizo por aquél en lo que a la popa se refiere. Por lo que respecta a Fernando y yo, de nuevo asumimos nuestras respectivas responsabilidades a proa y a popa.

Atracados en las proximidades de la primera esclusa, arriamos la escala real. A lo lejos una ambulancia esperaba. Dos hombres, que por sus batas blancas deduje eran los conductores de aquélla, subieron a bordo. Por orden del capitán los conduje al camarote de Cándido. Tuve que ayudarles a subir al enfermo porque la empinada escalera hasta la cubierta principal dificultaba su movimiento sin caerse de las parihuelas. Una vez en cubierta, bajé de nuevo a

coger su maleta. Ligera de peso, se la di a uno de los enfermeros.

–¡Ánimo!, Cándido –le dije al irlo a desembarcar–; cuando se ponga bueno iremos a los mares del sur a ver el rayo verde.

Una mueca, que intentó sonreír, quedó en su rostro de fiebre.

–Sí, iremos a verlo.

Aunque entonces no lo sabía, nunca más le volvería a ver. Durante mi estancia en los Grandes Lagos oí comentarios de que había sido repatriado a España, pero cuando más tarde volví nadie supo darme referencias sobre su paradero.

Desembarcado el marinero, continuamos camino por el *Welland Canal*. Como puede suponerse, en este canal las esclusas son seguidas y, por tanto, las maniobras para pasarlas apenas tienen interrupciones, ya que la puerta de salida de cada una lo es de entrada de la siguiente hasta llegar al final. Desde la altura de este final tuvimos referencia de las peligrosas corrientes del lago Erie despeñándose por el río Niágara, pero no las temíamos porque el práctico a bordo sabía cómo evitarlas.

Oscurecía cuando llegamos frente al rompeolas de Buffalo. Creo que debió ser lo tarde de la hora causa de que, fondeados, esperásemos hasta el día siguiente para entrar en el puerto. Fue entonces, en la tranquila guardia de noche, cuando Miguel me habló de su mujer mulata.

–Tiene un gran corazón. Ahí donde la ves estoy seguro que es tan virgen como tú o como yo.

«Será como tú –pensé–, porque lo que es yo dejé de serlo aquella noche.»

–Hombre, a ver si me entiendes –pareció adivinar mi pensamiento–; me refiero a que todavía no ha perdido su inocencia.

–¿La inocencia de qué? –le pregunté por no saber a qué se refería.

–De ser sincera. Cuando estuve a solas con ella, lloraba reconociendo su propia maldad; no fue capaz de acusarnos a los demás de su situación, y eso que no le faltan motivos. Sus padres, negra y blanco (o blanca y negro, porque des-

pués de todo no me dijo de qué color era cada uno), no quisieron aceptarla como propia y la abandonaron a su suerte desde muy pequeña. Ya te puedes imaginar, en su condición de mulata tuvo que hacer de todo para seguir viviendo.

–¿Tanto ha hecho? –quise conocer la naturaleza de sus desmanes.

–Por lo visto bastante, pues ha estado varias veces en la cárcel.

–Pues si es así, no creo sea muy inocente –dije para poner en evidencia su contradicción con respecto al primer parecer.

–Frente a nuestra justicia desde luego que no, pero frente a la de Dios sí que lo es, porque él mismo la justifica.

–¿Y cómo puede ser eso? –pregunté curioso.

–¿No has oído hablar de la muerte de Jesucristo en la cruz?

–Sí, claro; muchas veces.

–Pues en esa muerte Dios nos salva.

–¿De quién?

–De nosotros mismos.

Ahora, próxima mi muerte, sí que siento la necesidad de ser salvado de mí mismo por saberme en estas memorias culpable, pero entonces sólo la sentía respecto de mis enemigos; no podía entender que víctima inocente de mi verdugo, necesitase su misma salvación. Así se lo expuse y él intentó convencerme:

–El esfuerzo vital por ser, en los hombres no se limita a ser, sino a ser lo que consideramos que debemos ser, o sea, el hombre feliz. ¿Pero dónde está esa felicidad? La mayoría cree que en el poder de evitar el mal. Con Jesucristo eso pasó: unos vieron en él la posibilidad de alcanzar ese poder, otros temieron perderlo, y entre todos le condenamos por no atenerse a nuestro deseo. Sin embargo él, que como todo hombre sentía la necesidad de ser feliz, se negó a sí mismo cargando su cruz. ¿Sabes lo que esto significa?

–La verdad es que no –fui sincero en mi respuesta.

–Significa que Jesús, teniendo el poder de no sufrir, y siendo además inocente de lo que se le acusaba, renunció a su deseo justo de evitar el mal, para

de este modo destruir al dios egoísta que todos llevamos dentro.

–En mí sigue existiendo –volví a ser sincero.

–Por eso necesitas nacer de nuevo, para que Dios te encuentre en Jesucristo justificado consigo mismo.

Volver a nacer cuando se tiene más de veinte años de edad es cosa bastante difícil. Pensando en esto, le pregunté sobre su experiencia personal.

–La mía es la de un ciego que se deja llevar con la esperanza de que quien lo hace no le defraudará, porque hasta la fecha no lo ha hecho.

–¿Tampoco aquella mujer?

Mi pregunta, surgida del recuerdo que su ejemplo del ciego reavivó de Senga guiándome por su mundo, y hecha sin mala intención, tuvo el efecto de enfrentar la espiritualidad de su discurso con las exigencias de la carne.

–Si te refieres a si sexualmente me defraudó, tengo que decirte que no; gozamos juntos porque los dos así lo quisimos.

Calló esperando le acusase de hipócrita respecto a sus creencias religiosas, pero al no hacerlo por saberme igual de pecador, continuó:

–¿Qué; no me acusas? Pues yo sí lo hago: soy un cerdo y siempre lo he sido; no tengo nada de qué vanagloriarme.

–No es para tanto –suavicé el rigor de su juicio para no sentirme juntamente culpable–. Todos tenemos nuestras virtudes y defectos.

–De las mías reniego –entendí se refería a sus virtudes–; si alguna hay la tengo por basura frente a la obra de Dios. Como un crío me he puesto en sus manos, y espero me ayude a pasar por este mundo haciendo el menor daño posible a mis semejantes.

–No, Miguel; tú no haces daño a nadie. Eres una buena persona.

–Ninguno lo somos; tú tampoco –me sorprendió atacando mi amor propio a pesar de haber ensalzado el suyo–. Lo que digo de mí es lo que dice la Biblia de todos nosotros: «No hay justo, ni siquiera uno.»

Pensando en Senga expresé mi desacuerdo con esa opinión.

–El que las obras de unos sean mejores que las de otros –rebatí mi parecer–, no significa que hayamos alcanzado la justificación ante Dios. La distancia para llegar a la meta de esta justificación es tan enorme, que presumir de aventajar a otros competidores en unos milímetros de buenas obras, resulta ridículo; y suerte tenemos de que así sea, porque eso significa que Dios es mucho más de lo que sería con nuestras solas fuerzas.

–Si tanto es así, para qué esforzarse –me mostré fatalista.

–Esforzarse para, desde la humildad y la fe, encontrar a Dios, y que él nos lleve hasta sí mismo.

Encontrar a Dios, ésta era la clave de todo el pensamiento de Miguel, y encontrarlo era, ni más ni menos, que encontrar al prójimo en uno mismo, es decir, sentirlo como propio. La razón de que ni en Senga ni en la puta que me desvirgó encontrara a Dios, estuvo en que en las dos mujeres sólo busqué mi propia satisfacción. Con la primera fui feliz participando de su bondad; con la segunda no lo fui porque buscaba lo mismo que yo.

Dos grúas sacando el caolín de nuestras bodegas para, dejado en tierra, llevarlo una pala excavadora hasta uno de los varios cobertizos que había en el muelle, junto con el cielo encapotado y un viento, más que frío helado, arrastrando hacia no se sabe dónde nubes de polvo blanco, fue todo lo que conocí del paisaje de Buffalo. En los escasos días que estuvimos allí, no pudimos salir del recinto portuario; durante la jornada laboral por ser tiempo de trabajo que exigía nuestra presencia a bordo, y fuera de ella porque la lluvia nos lo impidió. Nada tendría que contar de esta ciudad si no fuera por la existencia de Emilio.

Emilio fue el emigrante que, al saber de nuestra presencia, quiso hacer realidad su sueño de visitar España; y el Maruja lo era, un trozo muy pequeño, pero al fin y al cabo de la madre patria.

Estando en cubierta oí una voz, proveniente del muelle, llamando en español. Me volví sorprendido de que alguien hablara mi mismo idioma entre gente

extraña, y lo vi haciendo gestos con la mano de que era a mí a quien llamaba. Sin bajar del barco me acerqué hasta donde estaba.

–¿Hace mucho que habéis llegado? –me preguntó con una familiaridad propia de amigos.

–Esta mañana.

En un principio no quise ser más explícito con aquel hombre, moreno y bajito, del que nada sabía. Él, sin embargo, no se arredró ante la frialdad de mi respuesta, y siguió ansioso en su intento por congraciarse conmigo.

–Me habían dicho que íbais a llegar ayer.

–Y así fue; lo que pasa es que hemos estado fondeados toda la noche esperando a poder entrar.

–Ya me extrañaba; cuando estos americanos dicen algo siempre se cumple. Yo llevo treinta años trabajando con ellos y los conozco bien.

Al darme cuenta que era un compatriota emigrado, cambié mi actitud hacia él haciéndome más amigable.

–¿Cómo te llamas?

–Emilio... Al saber que veníais me he dicho: «anda, vete a ver a tu gente»; y aquí estoy.

–Has hecho bien; como en casa en ningún sitio... Pero no te quedes ahí. Sube a bordo y charlaremos un rato.

Contento, pronto lo hizo.

–Mi nombre es Lozano... –le saludé dándole la mano—. Será mejor que entremos dentro, aquí hace mucho frío.

Lo llevé al salón de oficiales. Fernando tomaba el bocadillo de media mañana. Al presentarlos pude percibir el desconcierto que el ojo extraviado del primer oficial causaba en Emilio; éste miraba a donde creía miraba aquél, y al darse cuenta de su error, volvía desconcertado su mirada hacia mí. Queriendo agasajar a nuestro invitado, mandé a Juan trajera algunos entremeses.

–¿Y de beber? –preguntó el camarero.

–De beber un buen vino de marca –dije haciendo clara alusión al que lo era propiedad de Fernando.

Viéndole no darse por aludido, el camarero puso en evidencia la realidad de los hechos:

–Como no sea el del primer oficial, el resto lo es de garrafa.

Los tres nos lo quedamos mirando esperando su decisión al respecto.

–Está bien –dijo por fin de mala gana–; trae una botella de la gambuza.

Convenientemente servidos, nuestra conversación fue haciéndose más distendida a medida que los manjares, regados por el buen vino, pasaban de la mesa al estómago de cada cual.

–Nunca he comprendido cómo un territorio donde la mayor parte de sus habitantes son inmigrantes de los más diversos países, ha podido llegar a adquirir conciencia como pueblo; lo lógico es que fuera Estados Desunidos en vez de Unidos.

–Ten en cuenta que ante la desgracia todos nos unimos –expuso Emilio su parecer sobre mi desconocimiento del tema–, y emigrar de la tierra donde uno ha nacido lo es, porque significa que en tu propia casa no tienes lo que anhelas. Todos los que estamos en este país somos unos buscadores de algo mejor.

–Eso ocurre en todas partes.

–El deseo de encontrar, sí; pero el esfuerzo por buscarlo sólo lo hacen aquellos a quienes les obliga el mal de su propia realidad.

–Cuestión de intereses –simplificó Fernando la idea expuesta–. Nadie da algo por nada.

–Eso es –convino el otro–; si no fuera por el afán de prosperar, este país seguiría como cuando lo descubrieron.

–Pues no creo estuviera tan mal –me mostré favorable hacia el pasado–; sin contaminación ni aglomeraciones urbanas.

–No lo sé; pero lo cierto es que los que lo conocieron tampoco estaban satisfechos. Vivir en plena naturaleza tiene sus inconvenientes: o comes o te

comen.

–Vuelvo a decíroslo: cuestión de intereses –insistió Fernando–. En la lucha el fuerte impone su ley y el débil debe atenerse a ella; de este modo hemos conseguido superar al mono –añadió en clara referencia a la evolución de las especies.

–Es el eterno problema político. Este país optó en su momento por dejar en libertad a sus gentes para que busquen lo que consideren mejor; otros prefieren la igualdad a costa de aquella... Lo que está claro es que nacemos distintos, y sólo a los de arriba se puede igualar con los de abajo.

–¿A qué te refieres?

–A que a los listos se les puede hacer tontos metiéndoles miedo a demostrar su listeza; pero a estos últimos sólo podría hacerseles listos mediante alguna operación quirúrgica, y esto, hasta la fecha, no se ha inventado.

Aunque consideré su parecer un tanto simplista, porque los casos extremos no se dan en la realidad, tuve que reconocer que en parte tenía razón. La naturaleza es cruel con quienes no le son útiles para su pervivencia.

–El ideal es dejar que todo el mundo llegue hasta donde pueda –continuó Emilio con su opinión–, y después quitarles a los que más tienen (pero sin que se den mucha cuenta, para no desmotivarlos en su esfuerzo por mejorar), para dárselo a los que tienen menos, siempre y cuando hayan contribuido en ese esfuerzo.

Miguel, que llegado durante la conversación permanecía callado tras la protocolaria presentación con el invitado, se decidió a intervenir:

–Eso sería lo justo, porque el pobre es la base de que el rico exista.

–Pues apañados estamos si hay que compartir lo que uno tiene –se quejó Fernando–. ¡Qué cojones!; que cada palo aguante su vela.

–Todo es cuestión de compadecerse por el sufrimiento ajeno –insistió Miguel.

–Pues yo no me compadezco –se mostró irritado el primero–; como

tampoco ellos se compadecen del mío. Estaría bueno que después de pasar por aquí toda clase de penalidades –(comprendí se refería a la dureza de la vida en la mar)–, cuando llega el momento de disfrutar un poco, ¡hala!, a compartir con esa gentuza.

El debate, discurrendo por los clásicos derroteros de la justicia social, me hizo modificar mi opinión sobre las simpatías políticas de mi amigo, que consideré bastante a la izquierda. No obstante, ahora pienso que Miguel era un apolítico que más que en las ideas creía en las personas, las cuales sólo a través de una radical conversión (en el sentido de volverse de sí mismas hacia Dios) pueden llegar a transformar el mundo.

En esto estábamos cuando apareció el *Viejo* por el salón. Sin percatarse de la presencia de Emilio, quiso saber por qué no estábamos Fernando o yo por cubierta vigilando la descarga, máxime cuando empezaba a caer una ligera llovizna que, de no cerrar las bodegas, mojaría la carga. El primero, viendo a través del portillo que era cierto lo que don Julio decía, se justificó acusándome de negligente:

–Ya te lo tengo dicho, Lozano: si te vas de cubierta deja algún marinero que haga tus veces... Pero está visto que no puedo confiar en ti.

Avergonzado le seguí, sin decir nada, a donde suponía iba a resolver el problema; pero cual no sería mi sorpresa cuando, a solas los dos, lo vi dirigirse hacia su camarote.

–¿No vamos a cubierta? –le pregunté extrañado.

–¿Cómo que si no vamos a cubierta?; y tú para qué estás. Donde hay patrón no manda marinero.

Comprendiendo se refería a que hiciera yo el trabajo, me fui a buscar al contramaestre y los dos marineros para proceder a cerrar las escotillas. Avisados éstos, cuando llegamos a cubierta pudimos comprobar que la lluvia sólo lo era de agua nieve que apenas mojaba.

–Sería mejor esperar a ver si esto va a más –me aconsejó Vicente–; ya

sabe lo complicada que es la maniobra.

–Tiene razón; además esta gente sigue trabajando –dije refiriéndome a los estibadores–. Váyanse, y si las cosas empeoran, ya les avisaré.

Vueltos a la faena que realizaban antes de llamarlos, me quedé solo a la expectativa de lo que pudiera pasar. Tres operarios, dos en las grúas y uno en la excavadora, llevaban a cabo las labores de descarga. Viéndolos en sus respectivas cabinas sentía envidia de sus puestos más abrigados que el mío. Así estuve hasta que, cesada la lluvia y cansado de pasar frío, decidí volver al salón de oficiales. Solos, Fernando y Emilio daban por zanjado el acuerdo de una transacción comercial.

–Haces un buen negocio –le decía el primero al segundo–; esto lo puedes vender por aquí, como mínimo, al triple de lo que me das.

–Ni por mil veces más lo vendería. Quiero guardarlo para cuando sienta necesidad de estar en mi tierra.

–Bueno, ése es tu problema; pero lo uno no quita a lo otro.

Las botellas de vino que Emilio metía en varias cajas, y los billetes que Fernando contaba, eran prueba evidente de lo ocurrido en mi ausencia. No quise preguntarle a éste cuándo había vuelto, ni él me preguntó por lo sucedido en cubierta, supongo, porque ya lo sabía por haberme vigilado a través del portillo.

Le ayudé a llevar las cajas hasta su coche.

–Ahora, cuando llegues a casa, a celebrarlo con la familia –le dije dando a entender me refería al consumo del vino.

–Será con mi hija cuando venga a verme, porque lo que es con mi mujer... –calló haciendo un gesto de desagrado.

–Tanto mejor; las penas en el vino se ahogan.

Dándose cuenta que le había mal interpretado, me habló claramente:

–Estamos divorciados. No creo que a ella le gusten estas cosas; ya tuvo bastante conmigo.

–Lo siento. ¿Es americana?

–Sí; y sabe lo que es hacer su voluntad –consideró como si esto último fuera consecuencia lógica de lo primero–. No pudimos congeniar; quizás por mi carácter posesivo... Pero, ¡qué narices!, ella también tiene el suyo –añadió irritado.

–Mejor así –di por buena su decisión de separarse–. Lo que pierdes por un lado lo ganas por otro.

–Ganamos la libertad de no tenernos que soportar; pero cuando recuerdo lo felices que éramos al principio, la verdad, no sé lo que es mejor. Lo triste es haber llegado a esto.

Cargadas las cajas, me dio su dirección por si quería escribirle.

–Si lo haces prometo contestarte.

–Te mandaré alguna postal para que recuerdes los viejos tiempos.

No sé si Emilio los habrá recordado volviendo a España; lo que sí sé es que no lo hizo con mi postal, porque nunca se la envié. Los luctuosos sucesos que se avecinaban me hicieron olvidarlo.

Según lo previsto Detroit fue nuestro siguiente puerto. Cruzado el lago Erie, nos adentramos por el río que lleva su nombre hasta llegar a él. En el muelle montones de virutas de acero esperaban para ser cargadas. La peculiaridad de esta mercancía reside en su posible combustión espontánea, y, aunque desconozco las causas de tal proceso, ello nos iba a obligar, una vez realizada la carga, a mantener una constante vigilancia hasta comprobar la tendencia descendente de la temperatura respecto de los máximos de peligro.

No tuvimos como en Buffalo problemas para salir a tierra, y así lo hicimos en varias ocasiones. En una de esas salidas yo lo hice con el capitán, por motivos de trabajo, yendo al despacho que el consignatario tenía en el *Down Town* (o centro de la ciudad). Como nunca antes mis relaciones con él habían tenido lugar fuera del reducido ámbito de a bordo, me sentía un tanto extraño. Nos recuerdo, después de haber dejado el taxi a petición suya, completar el

camino a pie mientras mirábamos los escaparates de algunas tiendas. En uno de éstos mostró su admiración por un collar de perlas.

–¿Qué le parece? –me preguntó señalándolo–; ¿usted cree que esto puede enamorar a cualquier mujer?

–No sé... Supongo que sí; aunque sólo sea por el dinero que debe valer.

–Mucho, desde luego; pero ella lo vale.

Dentro de la tienda la dependienta nos confirmó el elevado precio de la joya. Viéndolo dudar empezó a mostrarle otros más baratos, aunque de peor calidad. Don Julio intentaba decidirse valiéndose de mi parecer.

–¿Usted con cuál se quedaría?

–Depende de para quien sea.

–Para mi esposa.

Sabiendo, por la historia ya contada, de la supuesta infidelidad de ésta, creí lo más correcto granjearse de nuevo sus simpatías.

–Entonces no lo dude. Coja el primero, y verá como no hay hombre que se la quite.

Sorprendido, se me quedó mirando como sospechando supiera algo de su vida privada.

–¿Qué quiere decir?

–No..., que si coge éste no habrá nadie que le supere –me justifiqué alegando a su amor propio tantas veces humillado.

–Desde luego que no. Ni siquiera mi padre pudo hacerlo con mi madre.

La duda quedó resuelta: si su progenitor no pudo, y, en consecuencia, tampoco ningún mortal, con esa compra conseguía, por primera vez en su vida, superar a toda la humanidad. La venta en firme quedó convenida, previa señal a cuenta, para el día siguiente, pues como es natural no se suele llevar encima el sueldo de los dos o tres meses que valía el mencionado collar.

Con aquel acto don Julio recobró, si es que alguna vez la tuvo, la seguridad en sí mismo. Fue como si a un preso atado de pies y manos por oscuros

problemas psicológicos se le libera. Su espíritu, controlando cuerpo y alma, mostraba la satisfacción de saberse no inferior a nadie, y por tanto, dentro de la jerarquía social, superior a todos. La constante expresión de su rostro no varió, pero a diferencia de antes donde sin quererlo reflejaba el sufrimiento del esfuerzo por aparentar ser lo que en realidad no era, ahora mostraba felicidad y serena paz por saberse tal y como siempre había querido ser.

Fueron días de gloria donde el collar era el garante del triunfo. No recuerdo si por referencias mías o por el joyero que al día siguiente vino a concluir la operación, aquél fue noticia a bordo sobre el que se emitieron toda clase de opiniones, algunas de secreta envidia. Sin embargo, los maledicentes rumores que ponían en duda la autenticidad de las perlas, fracasaron estrepitosamente cuando el *Viejo* mostró su reciente adquisición. Nada ni nadie pudo negarle su condición de dueño de una valiosísima joya.

Todo tiene su tiempo –dice la Biblia en uno de sus libros–, y don Julio tuvo el suyo de gloria como flor de un día que por la mañana es y a la tarde se marchita.

En esta ocasión nadie tuvo la culpa. De haberlo sabido se hubiera podido evitar dejando correr el agua a lo largo de la tubería de contraincendios para dificultar su congelación; por desconocimiento no se hizo, y aquella noche, mientras todos dormíamos, dicha tubería se agrietó en su tramo de cubierta como consecuencia de la presión ejercida por el agua helándose en su interior. A la mañana siguiente, ya producido el destrozo, deberíamos haberlo aceptado como mal de fuerza mayor, pero los nervios de uno y otro provocaron una discusión que, como la gota que colma el vaso, iba a tener fatales consecuencias.

En el salón de oficiales desayunábamos Fernando, Miguel y yo. Acabábamos de levantarnos y, ignorantes de lo sucedido, charlábamos sobre cuestiones sin importancia. En esto entró el capitán con el rostro desenchajado.

–¿Sabe de lo ocurrido? –le preguntó al primero.

Éste, como siempre que lo veía nervioso, contestó negativamente con un

gesto burlón.

–La tubería de valdeo –(así llamábamos a la de contraincendios en su tramo de cubierta)– ha reventado esta noche.

–¿Y cómo ha sido? –pregunté extrañado.

–Aquí, tu jefe, que no sabe nunca de nada, debería haber previsto el peligro de una posible helada.

Sin decir nada, Fernando se fue a comprobar por sí mismo lo que el *Viejo* decía. Al cabo de un rato volvió acompañado por Vicente.

–Repítale lo que me acaba de decir –pidió aquél la colaboración de éste.

–Le decía a don Fernando que lo mismo ha pasado en otros barcos. Nadie previó la bajada de temperatura.

–Bueno, ¿y qué? –quiso saber don Julio.

–Que cuando hace sol no se puede acusar de falta de previsión el no coger el paraguas si luego llueve –aclaró Fernando.

–O sea, mal de muchos consuelo de tontos.

–Usted lo ha dicho.

–Pues sepa que éste es el último que nos va a causar, porque le aconsejo vaya preparando las maletas para cuando lleguemos a España.

–¿Qué quiere decir?

–¡Que está despedido! –le gritó el capitán–. El armador ya sabe de su afición al alcohol, y no pondrá reparos.

–Hijo de puta.

–¿Qué ha dicho?

–Lo que oye: hijo de puta –recalcó Fernando sus palabras–. Al fin lo ha conseguido.

–Ustedes son testigos –nos tomó don Julio por tales a quienes callados sólo observábamos–; cuando lo demande por desacato a la autoridad espero de su colaboración ante el tribunal.

–El suyo, cabrón –seguía el otro con sus insultos–; si es que no quiere ver

cómo le crecen los cuernos.

Viendo la cara de extrañeza que en el *Viejo* produjeron sus últimas palabras, se dirigió a Miguel y a mí:

–Os dije que sí lo sabía, pero estaba equivocado... Mire, señor –se volvió de nuevo al afectado–, su santísima esposa no lo es tanto, ¿sabe?; en estos momentos se la estará follando alguno del pueblo.

Don Julio palideció llavándose las manos a la cara.

–¡Ya está bien, Fernando! –le gritó Miguel–; no des por cierto lo que nadie sabe.

–No seas hipócrita, todos lo sabemos; incluso él. Mira cómo llora.

Era cierto, el marido ultrajado lloraba en silencio como un niño a quien se le quita el juguete que más quiere. Compadecido, intenté consolarle:

–No se preocupe; son rumores sin ningún fundamento.

Me miró convencido de que no era así. Su íntima certeza (qué importa si en lo referente al adulterio de su mujer o a su incapacidad de hombre para hacerse valer) salía a la luz obligada por la realidad de los hechos, y el dios que durante unos días había creído ser, caía abatido a lo más profundo del abismo. Aquel día su espíritu murió. Más tarde lo haría su cuerpo, no sé si de forma natural o provocada, como consecuencia lógica de esta caída.

Divulgados por el contraamaestre, y amplificadas por la cuestión del collar, los cuernos del capitán fueron la comidilla de a bordo. El cómplice silencio que al verle todos manteníamos, le advertían de la publicidad del asunto, y avergonzado se recluía en su camarote para salir únicamente cuando su presencia era requerida por razones de trabajo. Entre estas razones estaba, como ya he dicho, la medición termométrica de la carga.

Navegando de nuevo por el lago Erie rumbo al *Welland Canal*, llevábamos las escotillas ligeramente abiertas para poder acceder por la correspondiente apertura al interior de las bodegas y comprobar la evolución de la temperatura. Una de las veces en que yo bajé lo hice acompañado por don Julio. Andando por

la superficie de virutas de acero, entre la penumbra veía el humo, similar al del rescoldo de un fuego medio apagado, salir de entre ellas. El calor, aunque elevado, era soportable; no así el aire. No comprendo cómo mi acompañante aguantaba si yo, más joven, tuve que acercarme varias veces a la apertura de salida para poder respirar, pues casi me ahogaba. Después de tomar la temperatura en varios puntos de la carga, decidí salir.

–Don Julio –le avisé–, le espero fuera.

–Bien, ahora voy.

Esto fue lo que creí escuchar, pero al ver que tardaba me dispuse a entrar de nuevo temiendo le hubiera pasado algo. No fue necesario porque en ese momento salía; de no haberlo hecho mi ayuda habría sido necesaria para evitar males mayores. Es importante recordar esto para comprender lo ocurrido días después. No podía aceptar que habiendo actuado sin saber el daño que posiblemente causaba se me acusara por ello. Si la gravedad de la culpa está en función de la voluntariedad del acto, es de justicia decir que la mía fue consecuencia de otra mayor.

Cruzar el *Welland Canal* y el *Seaway* no tuvo problemas, entre otras razones, por la experiencia adquirida en cuanto a esclusas se refiere. Cerca de Montreal, y sabiendo que no íbamos a entrar en dicho puerto, Miguel me dio una carta para que, a través del personal de tierra de alguna esclusa, la echara en correos, pues él no podía hacerlo al tener que estar cumpliendo sus obligaciones en la sala de máquinas. Por la dirección supe era para quien, según sus palabras, le había hecho volver a encontrar el amor.

–¿Estás seguro de que no te engañas? –le pregunté para que reconsiderase su decisión de mantener relaciones con ella–; los dos sabemos que es una puta, y tal vez haya vuelto al trabajo.

–Tal vez –musitó dubitativo–; pero tengo que ayudarla.

–Deja que otros lo hagan.

–No puedo; me necesita, y si la dejo los dos sufriremos.

–No sé por qué.

Me miró fijamente a los ojos.

–¿Sabes lo que es querer a alguien como a ti mismo?

–Tanto creo que no.

–Es hacer las cosas por puro egoísmo... Tú me dices que es una fulana. Sí, ya lo sé; pero también sé que desde aquella noche la siento como propia. Dejarla me supondría como si me arrancaran un brazo, como si me faltara algo de mí.

Pasamos frente a aquella ciudad. Miguel miraba a lo lejos sus edificios.

–¿Recuerdas lo que nos dijo el práctico?: «Si no tener quien querer, la vida ser triste.»

Estaba seguro de que en aquellos momentos la suya lo era.

Una fina capa de hielo sobre la superficie del río no podía detener nuestra marcha. El invierno estaba próximo y teníamos prisa por irnos de allí... San Lorenzo quedaba atrás, y con él los prácticos. Las guardias volvieron a ser solitarias las diurnas y acompañadas por un marinero las nocturnas. Provencio sustituyó a Cándido en las mías, dejando al capitán solo en las suyas porque su horario no lo era de tan avanzada la noche.

–¿Ya te vas? –me preguntó Fernando en una de ellas al hacerme el relevo.

–Por supuesto.

–No, es que pensaba lo pronto que pasa la vida.

Aunque no supe con seguridad a qué se refería, comprendí tenía ganas de conversar. Desde su último incidente con el capitán muchos le considerábamos culpable de lo sucedido, y como además se daba por seguro su finiquito como trabajador de la naviera, nadie se molestaba en granjearse sus simpatías para conseguir los ulteriores provechos que otorga el poder.

–Casi han pasado dos meses desde que salimos de España –dije recapitulando el tiempo transcurrido–. Una semana hasta Dundee; otra y media antes de cruzar el Atlántico; más de tres para llegar a...

–Yo soy un hombre bueno –interrumpió bruscamente mis cálculos.

Dándome cuenta que sus pensamientos eran ajenos al mío, esperé a que concretase al respecto. Tras un breve silencio, continuó:

–No soy una mala persona, pero me obligan a serlo... Siempre ha sido así; desde pequeño he tenido que abrirme paso a golpes porque otros quieren lo mismo que yo. ¿Tan malo es esto?

–No sé; yo creo...

–Si supieras lo duro que es –me interrumpió de nuevo–; avanzar o quedarse atrás, vivir o morir. ¿Hay otra salida?

Ni siquiera hice ademán por contestarle; me daba cuenta que lo nuestro no era una conversación, sino un soliloquio donde mi presencia sólo servía para justificar su hablar en voz alta.

–Te aseguro que no, o al menos a mí no me la han dado. Todo lo he conseguido a base de esfuerzo...; y ahora que quieran quitármelo. No lo consentiré –se irritaba por momentos–; a mis enemigos dejaré en el camino.

Congestionado, su ojo derecho mostraba pintas de sangre que imprimían mayor dureza a su mirada. «Entonces es peligroso», recordé las palabras de Cosme. No sabía cómo desembarazarme de él.

–Si busco lo mismo que todos, ¿por qué me odiáis tanto?

Al incluirme entre los que le odiaban consideré que también yo era su enemigo, y temí por mi integridad.

–Yo no te odio –mentí temeroso.

–Entonces, ¿por qué me evitas siempre que puedes?

–¿Quieres que te diga la verdad?

–Ya te dije que siempre lo hicieras.

–Tienes un trato despótico con quienes te rodean.

–¿A qué te refieres?

–Pides a los demás lo que tú no das.

–¿Qué pido?

–Una total sumisión para aprovecharte de lo bueno sin quererlo compartir.

–Por eso soy bueno –ironizó con amargura–, porque junto a lo mío bueno tengo el de los demás.

–No, Fernando –recordé las palabras de Miguel–; el hombre bueno sólo es aquél que agota en sí mismo todo el dolor que le causa el entorno.

–¿Hasta la muerte?

–Incluso hasta ella.

Se me quedó mirando con cara de rabia como no dando crédito a lo que escuchaba.

–¿Será posible? –se dijo a sí mismo–; hasta querrían matarme.

Intenté convencerle de que no era eso lo que había querido decir, pero fue imposible. Su mente, desconfiada y huidiza, maquinaba sobre cuestiones que me eran ajenas.

VII

Situado con respecto a cabo Race tracé sobre la carta de navegación la línea que lleva al norte de España, y a partir de ella obtuve el rumbo. Un número de dos dígitos, colocado en el piloto automático, era todo el camino. El océano seguía siendo el mismo al ir que al volver, pero lo que antes era alejarnos ahora era acercarnos a casa.

Terminada la guardia bajé, como de costumbre, al salón de oficiales a tomarme algún bocadillo. Sentado en el sofá, el *Viejo* dormitaba.

–Perdone –me disculpé–, no pensaba que a estas horas estuviera usted por aquí.

–No sé qué me pasa; desde hace unos días me despierto por las noches. He creído que tal vez cambiando de sitio me encontraría mejor.

–Eso son los problemas. Da usted demasiada importancia a cosas que no la tienen.

–Es demasiado joven para saberlo –entendí se refería a sus problemas.

–Quizás; siempre se ha dicho que la juventud carece de juicio.

–Cuando tenga mis años la misma realidad la verá diferente.

–Cada día la vemos distinta; pero lo importante es estar vivos, y nosotros lo estamos.

–El otro día lo estaba; ahora, no lo sé.

–Ya verá como le gusta –dije refiriéndome al collar de su mujer.

–Dejémoslo estar –se mostró malhumorado–; ya tengo bastante con lo ocurrido para que usted vuelva de nuevo al asunto.

Callé temiendo haberle ofendido. Dándose cuenta de su brusquedad, quiso disculparse:

–Perdone; no sé lo que digo. Cuando llegemos a España se la presentaré para que comprenda por qué la quiero tanto... En fin, será mejor esperar; nunca se sabe lo que depara el futuro.

Se levantó para irse.

–Mañana no se olvide de avisar a Vicente para que cierren las escotillas; si el tiempo empeora es peligroso ir con ellas abiertas... Buenas noches.

–Así lo haré. Que descanse.

Me quedé solo terminando de comer el bocadillo. El ruido del motor llegaba desde la sala de máquinas acompañando al silencio de altas horas de la noche. Reflejado en el cristal de uno de los portillos me veía a mí mismo. «Un corazón palpitando, ¿y qué más –me preguntaba– es lo que me hace sentir?» Dos meses a bordo ya eran parte de mi historia, como antes lo fueron otros y después (suponía) ocurriría igual. Andaba la vida ignorante de casi todo, y cuando en algún momento me detenía, como aquél de altas horas de la noche, yo era de mí mismo un extraño.

A la mañana siguiente supe que era domingo por el menú especial del almuerzo y la ausencia del contramaestre y uno de los marineros trabajando en cubierta, pues en cuanto a las guardias se refiere lo era como cualquier otro día en la mar. Por suerte, aunque el cielo estaba nublado, el estado de la mar era bastante bueno, y además el frío empezaba a ser un recuerdo del pasado. Estas dos circunstancias, favorables para la salud, alejaban de mi estado de ánimo el pesimismo y me hacían sentir el día como si realmente de una jornada de asueto se tratara. Siguiendo el ritmo de la música que a través de una emisora desconocida había logrado sintonizar con la radio del cuarto de derrota, iba y venía, de vez en cuando, desde este cuarto al puente propiamente dicho, y desde aquí al alerón, para comprobar, principalmente, si el piloto automático llevaba el rumbo ordenado y no había barcos en lontananza. En una de estas salidas vi a Fernando y al *Viejo* yendo por cubierta hacia proa. «Vaya –pensé–, parece que se han reconciliado.» Sin que ellos me vieran, pues andaban de espaldas hacia

donde yo estaba, curioso los seguí con la mirada para saber a dónde iban. Llegados a la altura de la grúa, obstaculizado por ésta dejé de verlos, por lo que deduje habían entrado en la bodega de proa. Esperé para cerciorarme de ello, pero al ver que tardaban volví de nuevo al cuarto de derrota. Más tarde, en otra de esas salidas, vi a Fernando volver solo de donde suponía habían estado, y al verme hizo un gesto que interpreté de desagrado por saberse mirado. No le di importancia porque creí era consecuencia de una nueva discusión con el capitán.

El resto de la guardia pasó sin ningún contratiempo. A don Julio no lo volví a ver, por lo que supuse habría vuelto en alguna de mis estancias en el cuarto de derrota. Cuando Fernando me hizo el relevo no le comenté nada porque le sabía molesto conmigo por saberme expectador de su regreso por cubierta y no quería ser blanco de sus iras.

Fuera de guardia, debieron ser los malos espíritus de Vicente los que me hicieron encontrarlo en la cocina, o tal vez sólo fue cuestión del destino, pero lo cierto es que su presencia me hizo recordar la orden del capitán, dada la noche anterior, acerca de cerrar las escotillas. A pesar de ser día festivo, ante mi insistencia se fue con los dos marineros a cumplir lo mandado.

Allí estuve, acompañando a Roque, hasta llegada la hora de hacerle el relevo al primer oficial, para que bajase a cenar. Desde el puente pude comprobar que las escotillas habían sido cerradas, y, cosa extraña, Fernando no me hizo ninguna alusión al respecto, aunque sólo fuera por el desaire que para él suponía la orden dada al margen de la jerarquía de mando.

Durante la cena, ni a Rafael ni a mí nos extrañó la no presencia del *Viejo*; era habitual desde la notoriedad pública de sus problemas conyugales.

Pasaron las horas, y estando en mi camarote haciendo la colada de mi ropa interior, Fernando abrió sin llamar brúscamente la puerta.

—¿Has visto al *Viejo*? —me preguntó irritado.

—No. Supongo estará en su camarote.

—Ya he mirado, y no está... Si cree que le voy a hacer su guardia, va listo.

Comprendí que todo su enfado provenía de que llegada la hora del relevo don Julio no se lo había hecho, y ya pasaba más de media hora de las ocho.

–No te preocupes –dije para calmarle–; vuelve al puente. Yo mismo iré a avisarle.

–Pues date prisa. Estoy hasta los mismísimos cojones de este tío.

Miré en el camarote del capitán, pero, como me había dicho, no había nadie. Miguel tampoco estaba en el suyo. Pregunté a Rafael, que en su habitáculo parecía esperar la llegada de contertulios, y no supo darme referencia. Seguí buscando por todo el barco, y conmigo lo empezaron a hacer todos aquellos que, a excepción del jefe de máquinas, supieron de la pérdida del *Viejo*. En la sala de máquinas encontré a Miguel.

–¿Y dices que desde anoche no le has vuelto a ver?

–No, esta tarde también lo he visto ir con Fernando hacia proa.

–Quizás esté en el castillo.

Era verdad; de todos los sitios sólo allí no había mirado. Iluminados con sendas linternas fuimos a comprobarlo. Tampoco estaba. Al volver hacia popa, y pasar junto a la bodega de proa, como a Cándido el trueno en la noche (según versión leída en su cuaderno), con cruel realidad se me mostró su destino.

–Miguel –dije asustado–, ya sé dónde está.

–¿Dónde?

–Aquí.

Avisado Vicente, entre los tres colocamos el cable para abrir la escotilla. Todo dispuesto, Miguel empezó a virar ayudado por el contramaestre dando vueltas al cable sobre el tambor del molinete, que tenso arrastró tras de sí varias tapas de escotilla. Apoyado en la brazola del tramo abierto, dirigí ansioso, por saberme equivocado, el haz de mi linterna hacia las tinieblas de la noche en la bodega.

–¡Ahí está! –grité lleno de terror.

El cuerpo de don Julio yacía inerte sobre las virutas de acero.

Tapándome la boca con un trapo para protegerme del humo, me acerqué hasta donde estaba. De espaldas sobre las virutas miraba al cielo.

–Don Julio –le llamé–, ¿me oye?

En sus ojos abiertos supe que no lo hacía porque la pupila permaneció inmóvil a la luz de mi linterna. Ayudado por Vicente lo sacamos hasta dejarlo sobre cubierta. Con su cabeza apoyada en la chapela, intentamos reanimarle haciendo la respiración artificial. Todo él olía y sabía a virutas de acero. Cansados empezamos a dudar de que nuestros esfuerzos tuvieran alguna utilidad.

–Déjalo –me aconsejó Miguel–; ya no te necesita.

–Eso creo yo –convino Vicente.

–Sí, será mejor que lo llevemos a su camarote –dije convencido de su muerte.

Con las mismas parihuelas que en su día utilizamos para sacar a Cándido, hicimos el transporte del muerto. Todos a bordo ya sabían de lo sucedido y no hubo problemas por el exceso de gente dispuesta a ayudar. Acostado en su cama, don Julio nos miraba a todos.

–Parece vivo –comentó alguien.

–Eso quisiera yo –repuse sabiéndome partícipe de su muerte.

Puesta la mano sobre su cara, le bajé los párpados.

–Así descansará mejor –dije para justificar mi acción.

No era cierto; la verdad de su mirada muerta me causaba remordimientos y quise evitarla. Por miedo a que los nervios me delatasen, me fui de allí.

En el puente Fernando estaba solo.

–¿Sabes lo que ha pasado? –le pregunté sabiendo de su respuesta afirmativa.

–Sí, el *Viejo* la ha espichado –me contestó sin síntomas de dolor.

–Tendremos que arreglárnoslas para hacer entre los dos las guardias.

–Lo he estado pensando y creo que lo mejor es que nos turnemos cada ocho horas. Los marineros que sigan igual.

La idea era buena; de este modo alternaríamos las guardias de un día para otro y entre ellas habría tiempo suficiente para descansar. Viendo que pasaban de las doce, y de acuerdo con el viejo horario debería estar de guardia, era natural que yo fuera el que iniciara la nueva distribución.

–Mañana veremos lo que hacemos –entendí se refería al cuerpo del capitán–; de momento será mejor que pase la noche en su camarote.

–Si, será mejor.

–Ah, se me olvidaba –añadió antes de marcharse–; en el cuaderno de bitácora he anotado la historia de lo sucedido. Supongo estarás de acuerdo.

No le contesté porque no podía saberlo si antes no leía esa historia.

Desde el alerón, Provencio me observaba.

–¿Hace mucho que está aquí? –le pregunté.

–Desde las once.He subido antes por si el primer oficial quería marcharse, pero ha preferido esperarle.

Comprendí que, aparte de su visión desde el puente de lo ocurrido en cubierta, el marinero le habría dado más detalles.

Los míos en aquel momento eran bastante confusos, no por los hechos en sí,sino por el estado de excitación en que me encontraba. La muerte de don Julio me causaba pesadumbre por saberle víctima de un desgraciado accidente, del cual yo era partícipe. «Si no hubiera dado la orden de cerrar la escotilla tal vez seguiría vivo –me reprochaba–; pero no, porque si lo estaba hubiera chillado...; a no ser, claro está, que ya estuviera muerto, o quizás inconsciente por algún desmayo.» «Eso es –me justifiqué a mí mismo–, Fernando debería haberme dicho algo al hacerme el relevo; si los dos entraron en la bodega tuvo que darse cuenta de que algo ocurría... Aunque también es cierto que yo no le pregunté nada», me acusaba de nuevo. «Pero cómo iba a hacerlo con lo bestia que es; si le digo algo me manda a hacer puñetas...»

No lograba convencerme a mí mismo. La respuesta a la duda generaba una nueva duda, y con ésta surgía de nuevo el sentimiento de culpa. Era una

búsqueda imposible por justificarme inocente que me angustiaba cada vez más.

Acordándome de la historia de Fernando en el cuaderno de bitácora, me acerqué hasta el cuarto de derrota a leerla; tal vez en ella encontrara la solución. Junto a la hora del evento, más o menos decía lo siguiente:

«Ha sido encontrado el cuerpo sin vida del capitán en la bodega de proa como consecuencia presunta de una asfixia producida por los gases de dicha bodega, la cual fue cerrada, bajo órdenes del segundo oficial, sin consultar previamente a quien suscribe esta nota. Firmado, el primer oficial.»

La nota, aunque cierta, omitía buena parte de la información, por lo que consideré oportuno añadir otra que rezaba así:

«La orden de cerrar las bodegas fue dada por el capitán, a quien suscribe esta nota, la noche anterior, el cual procedió a cumplirla sin saber hubiera nadie dentro, máxime cuando el primer oficial, presente con el capitán en dicha bodega durante la guardia de tarde de quien suscribe, no puso ningún reparo como testigo ocular de cuanto se hacía. Firmado, el segundo oficial.»

Llegado el momento, Miralles sustituyó a Provencio según el viejo horario de guardias y yo continué con éste otras cuatro horas más. Hube de ayudarme más de lo que era mi costumbre con el café para mantenerme despierto, pues eran horas aquellas habituadas a estar durmiendo.

Clareaba cuando la niebla, que ya durante la noche se había hecho presente, se hizo tan espesa que apenas dejaba ver la proa. Por respeto a la memoria del capitán, y porque alejados de la costa no creía hubiera peligro, mantuve apagado el radar; sin embargo sí puse en funcionamiento el sistema acústico, que cada pocos minutos hacía sonar la sirena del barco, para avisar de nuestra presencia a quienes pudieran oírnos. En estas condiciones nuestro avance se me antojaba similar a una comitiva fúnebre con las campanas tañendo a difuntos.

Fernando vino a la hora convenida. Mostraba un aspecto excelente.

—Le he dicho a Roque que haga un hueco en el frigorífico de la gambuza para meter al *Viejo*.

–¿Entre la carne? –pregunté extrañado.

–¿Y qué diferencia hay?; la una es de cerdo y la otra también –dijo riendo su broma de equiparar a don Julio con ese animal.

–Yo pensaba tirarlo al mar.

–¿Qué dices? –se mostró extrañado–; tenemos que conservar su cuerpo como prueba de lo sucedido. Comprendo que a ti no te guste, pero es nuestra obligación.

Sabiendo de su historia no tuve ninguna duda de por qué, según él, a mí no me gustaba.

–Tienes razón –dije para desengañarle–, así podremos justificar la verdad; al margen de la tuya y la mía.

Supe que me había entendido por la seriedad de su rostro; sin embargo, no hizo ningún comentario al respecto. Viéndole callado darme la espalda, hice ademán de irme.

–¿Por qué no has encendido el radar? –me preguntó antes de hacerlo.

–Al capitán no le gustaba que se encendiera si no hacía falta; y he creído que no la hace.

–¡Olvídate del *Viejo*! –me gritó lleno de rabia–. Ahora el que manda soy yo; ¿entiendes?

Me fui sin contestarle. Bajando la escalera seguía gritando:

–¡Y si digo que se encienda, se enciende!

Al pasar junto al camarote del muerto entré para ver cómo estaba. Todo seguía igual excepto en la gente: nadie le acompañaba.

–Ya ve, don Julio –dije recordando sus palabras–, nunca se sabe lo que depara el futuro.

–Ni nunca lo sabremos. Esta jodida vida nos tiene atrapados.

Era Vicente el que hablaba. Llegado mientras expresaba mi pensamiento en alta voz, traía un saco de lona que por sus dimensiones deduje era para meter al muerto.

–En el presente estamos y tenemos que ocuparnos de hacerle frente. ¿No le importará ayudarme?

–No; desde luego que no.

Colocado el provisional féretro, llamó a voces al camarero que en camarotes próximos hacía la limpieza.

–Vamos a ver si entre los tres lo podemos bajar –nos propuso al llegar aquél–. Y cuidado con hacerle daño; su espíritu pide venganza.

No sin darle algún que otro golpe, lo bajamos hasta la cocina, y desde ella, ayudados por Roque, hasta la gambuza. En ésta, la cámara frigorífica constaba de dos compartimentos: el primero, al que se accedía desde la propia gambuza, mantenía una temperatura de escasos grados sobre cero para conservar frutas y verduras, y el segundo, con acceso desde el anterior compartimento, con una temperatura de congelación para carnes y pescados. En este último, donde nuestro aliento de vida se hacía humo por el frío en el aire, dejamos con prisas a don Julio en un hueco que el cocinero había preparado al efecto. Su cuerpo tapado se asemejaba a un bloque de carne congelada.

–Ten cuidado de no equivocarte al hacernos la comida –le bromeó el contramaestre a Roque–, al capitán no le gustaría que nos lo comiéramos.

–Descuida; la muerte es para los que se quedan.

Tenía razón; sólo nosotros sentíamos su muerte de verlo muerto, porque a él, tanto si había dejado de existir como si no, ya no le importaba. Cerradas las puertas volvimos a los quehaceres de nuestro mundo. El mío era descansar; llevaba casi un día entero sin dormir.

Por la tarde, el mismo Fernando vino a despertarme para que subiera a hacerle el relevo. Estaba furioso; había leído mi nota en el cuaderno de bitácora y quería que la modificara. En concreto lo que más le preocupaba era saberme testigo de su estancia con el capitán en la bodega de proa.

–¿Qué es lo que sabes? –me preguntó sobre esto.

–Que os vi ir a los dos, y sólo a ti volver. Debiste avisarme.

–¿De qué?

–De que don Julio seguía en la bodega.

–Te crees muy listo –musitó pensativo–, pero no lo vas a conseguir.

–Yo sólo deseo conocer la verdad.

–La verdad es que el *Viejo* quiso acabar conmigo y ahora lo pretendes tú.

Volvemos a empezar.

–¿Estaba contigo?, sí o no –insistí en mi deseo.

–Escucha: cuando abristéis la bodega estaba ahí; eso es lo único que importa... Piensa tus palabras antes de hablar.

–¿Me amenazas?

–Tómalo como quieras, pero yo que tú haría caso a mi consejo. La niebla es muy densa.

Dicho esto se marchó por la puerta del alerón. Reconozco que estaba asustado; en el reducido espacio de a bordo no podía escapar, necesariamente tenía que hacer frente al peligro... ¿A cuál? Conjeturas, y nada más, era cuanto podía alegar en mi defensa.

Llegada la hora Juan me subió la cena porque el nuevo sistema de guardias imposibilitaba el relevo para bajar al salón de oficiales. Anochecía.

–¿Ha visto al primer oficial? –me preguntó mientras dejaba la bandeja sobre la mesa del cuarto de derrota.

–No.

–Anda bebido diciendo que le quiere matar.

–¿A quien?

–A usted.

Tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no desfallecer de miedo. Algo debió intuir, porque añadió:

–No se preocupe, son bravatas de borracho.

Bravatas o no nadie más que yo sabía hasta dónde era capaz de llegar, y temía que algo parecido a don Julio me pudiera ocurrir.

Cuando se hubo ido intenté relajarme comiendo algo. Era imposible, mis manos temblaban hasta derramar la comida. La dejé donde estaba y me puse a pasear de un lado a otro del puente. En la oscuridad de la noche y la niebla la bocina anunciaba de vez en cuando nuestra presencia. Ruidos extraños creía escuchar a cada momento. Salí al alerón convencido de que mis excitados nervios precisaban de un aire más puro... No; era cierto, alguien andaba por ahí.

–¿Quién es? –pregunté asustado.

Sólo silencio en el palpitir de mi corazón.

–¡Si eres tú, Fernando, no te tengo miedo! –grité para darme valor.

Una figura hizo ademán de moverse en aquella dirección. Histérico me abalancé sobre ella.

–¡¡Cabrón, hijo de puta, miserable! Qué te has creído; conmigo no podrás como con el capitán!

Luchando resbalamos sobre la cubierta mojada de niebla yendo a parar a uno de los costados del barco. En el suelo, en el convulso esfuerzo por levantarnos, por ganar ventaja, le golpeé bruscamente con los pies para que no lo hiciera antes que yo; tan fuerte lo hice que rodó hasta más allá de la cubierta, hasta donde la barandilla sujeta a los candeleros le ponen fin. Con desesperación se agarró a uno de éstos.

–¡Ayúdame! –gritó suplicando mi auxilio.

–Vete al infierno.

Su cuerpo cayó al mar mientras el Maruja seguía avanzando.

Vuelto al puente dejé que todo siguiera como estaba. Aunque mi alarma de hombre al agua hubiera podido salvar al náufrago (cosa harto difícil por la reducida visibilidad), era yo mismo el que quería que esto no sucediera. Mi natural excitación no era la misma de antes. Ahora lo estaba por el sofoco de la lucha y la sorpresa de una solución no esperada, pero el miedo a la muerte ya no existía desaparecido el peligro; y estaba seguro, por su voz pidiéndome ayuda, que el hombre caído era Fernando.

En aquellos momentos no tuve conciencia de culpa; ésta vendría después. A diferencia de la noche anterior, no me reprochaba nada de lo sucedido. Sin saber por qué me sentía instrumento de una voluntad que superior a la mía justificaba mi acción. Fueron horas, hasta finalizar la guardia, en las que incluso llegué a pensar que todo era un sueño, complicado si se quiere, pero tranquilo por su esencia ficticia. En estas condiciones, cuando entrado Provencio en su guardia me preguntó por el primer oficial, con toda naturalidad le mandé fuera a buscarlo para hacerme el relevo. Sabiendo que no lo iba a encontrar, esperé a que él mismo me lo dijera. Al cabo de un rato subió de nuevo.

–Don Fernando no está en su camarote ni en el salón de oficiales.

–¿Está seguro? –fingí sorpresa.

–Esta tarde estaba un poco colocado y a lo mejor sigue celebrando la fiesta –me confirmó lo que ya sabía por el camarero.

–¡Ah!, claro; estará con el jefe de máquinas –le orienté sobre otra pista que sabía falsa–. Mire en el camarote de éste, y si no en la cocina o en la sala de máquinas.

No encontrado en estos lugares tuve que tomar cartas en el asunto a fin de no levantar sospechas.

–Quédese en el puente mientras yo busco –le ordené al marinero.

Bajando la escalera dudaba a dónde ir sabiendo que no lo iba a encontrar. Fingir con Miguel preguntándole sobre algo que ya sabía me resultaba imposible; sin embargo con Rafael la cosa era más fácil. Llamé a su camarote. Acostado en la cama por su cara deduje le había despertado.

–Perdona; sólo quería saber si has visto a Fernando.

–Ya le he dicho a Provencio que no –se mostró malhumorado–. A ver si va a resultar que soy su niñera.

–Como siempre estáis de charla, pensaba sabrías algo.

–Pues ya ves que no; así es que déjame en paz.

Conociendo la suerte de quien yo consideraba su amigo, y tal vez porque

hubiese querido que me sustituyera en la búsqueda, no pude contener la rabia del poco interés que mostraba por él.

–Cuando lo encuentre no vengas diciendo que gracias a ti; bocazas.

–¡Cuida tus palabras!

–Cuida tú las tuyas. Mucho presumir de grandeza y cuando se te necesita para algo nunca haces nada. Ayer con el capitán, ahora con Fernando, y mañana ¿con quién?

Cerré la puerta dando un portazo y me fui sin saber muy bien hacia dónde. En mi deambular no encontré a nadie. Buscando justificación a posibles preguntas bajé hasta la gambuza porque en ella estaba el vino de marca, de quien a esas horas sabía ahogado, y podía alegar falsas sospechas de que estuviera bebiendo. Sentado en una de las muchas cajas que allí había dejé pasar el rato. Don Julio congelado estaba al otro lado del mamparo.

–Ya lo tiene con usted –dije hablando solo–; pídale cuentas por lo mucho que nos ha hecho sufrir.

Pasado un tiempo prudencial volví de nuevo al puente. Con hipócrita temor le indiqué al marinero mi conocimiento, bajo forma de sospecha, sobre el paradero de Fernando.

–Si se ha caído al mar es inútil buscarlo; con esta niebla no hay quien lo encuentre.

–Eso pienso yo, pero no podemos darlo por cierto hasta estar seguros. Llame a Vicente y a quien haga falta, y rastreen todo el barco.

Toda la noche el puente fue un ir y volver de gente que al notificarme no encontraban al desaparecido yo orientaba hacia posibles lugares de encuentro que de antemano sabía falsos. En el paroxismo del absurdo hasta llegamos a abrir las bodegas, cerradas tras el suceso del capitán, sabiendo que en un lugar cerrado es imposible entrar. Los dejé hacer hasta que cansados dedujeron lo que ya desde un principio sabía: Fernando se había caído al mar; según ellos por su estado de embriaguez, según la verdad porque yo le había ayudado.

Muertos mis dos superiores jerárquicos, el mando del Maruja, al menos en cuanto a la cubierta se refiere, me correspondía. La ilusión de alcanzar la jefatura de un barco se hizo realidad, en contra de mis expectativas, más pronto de lo esperado, pero en unas condiciones que nada tenían que ver con la felicidad soñada. No era así como había pensado ser capitán; mi deseo era consecuencia lógica de un reconocimiento a mi valía personal, y no de un destino impuesto por un oculto poder. Con todo, la realidad, siendo como era, me obligó a hacerle frente como responsable máximo.

Mi primera decisión fue ponerme en contacto con el armador, como siempre se hacía cuando se navegaba, a través de la radio del cuarto de derrota. Informado por Fernando de la muerte de don Julio (supongo con toda clase de argumentos a su favor), se mostró muy sorprendido que justo un día después le notificase su desaparición. No podía entender que la mala suerte fuera la única causante, y me di cuenta me sospechaba involucrado en el asunto. Le dejé decir cuanto quiso sin rebatir nada en mi defensa, ni siquiera lo referente a la embriaguez; estaba cansado y quería olvidarme de todo. Cuando terminó de hablar le pedí instrucciones para el resto del viaje. Continuaban siendo las mismas; a Fernando definitivamente se le daba por perdido en la mar.

Con mi sola presencia como oficial de puente se hizo necesario establecer un sistema de guardias que me permitiera horas libres para poder dormir. Por decisión propia tomé a mi cargo un horario de trabajo que abarcaba desde las doce de la noche hasta las doce del mediodía, dejando las doce horas restantes a cargo del contramaestre y los dos marineros en turnos de cuatro horas, con la advertencia de llamarme en caso de necesidad.

Por suerte los días que siguieron fueron, excepto en la niebla, de lo más tranquilos. Con la mar de popa, el barco apenas se movía y avanzábamos a buen ritmo. No obstante, en el ambiente se notaba la tensión de los acontecimientos pasados, aunque por un tácito acuerdo nadie hablaba de ellos. Era como si nos hubiéramos dicho: «Sabemos de lo ocurrido, pero en casa del ahorcado no

nombres la sogá.» De este modo adaptamos nuestro ánimo a las fechas en que estábamos, que no eran otras que las de Navidad.

De acuerdo con Miguel, y éste con Rafael (pues desde el incidente de su camarote apenas me hablaba), decidimos celebrar la Nochebuena en el comedor de subalternos confraternizando con el resto de la tripulación. Nueve hombres reunidos (los dos restantes estaban de guardia) cantando villancicos en alta mar, con buenas dosis de alcohol en ciertos estómagos y alguna que otra blasfemia por no poder celebrar la fiesta en familia, es cosa que poco tiene que ver con el nacimiento de quien vino a liberarnos de nuestra forma de ser. De todos los que allí estábamos sólo mi amigo era consciente de esto; para los demás lo de menos era lo que se celebraba, sino cómo se celebraba, y resultaba evidente que a pesar de los turrónes y botellas de cava no lográbamos satisfacer nuestros deseos.

—¿Realmente tienes satisfechos todos los tuyos? —le pregunté a Miguel cuando, después del ágape, me acompañó a solas un rato en la guardia.

—Por supuesto que no; si los tuviera no me movería del sitio.

—¿Sabes? —dije recordando a Fernando—, el otro día pensaba si vale la pena avanzar; siempre te queda la duda de si lo hecho es correcto.

—Sí; la seguridad, el tenerlo todo bajo control, es cosa que requiere la existencia del límite, de un no hay más allá. Pero yo creo es bueno exista el donde buscar, y encontrar, gozar y volver a empezar... Decir: «ya está, esto es todo», es perder la ilusión.

—Con el tiempo siempre se pierde.

—Porque la ponemos pensando en nuestro propio bien; pero cuando pensamos en el de los demás, esto no ocurre, sencillamente porque la vida se expande en el amor.

—Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto —recordé las palabras de Jesús—. ¿No es eso?

—Eso es —se mostró entusiasmado—. No sabía que tú también leyeras la Biblia.

–Bueno, algunas palabras recuerdo de cuando era pequeño. Ya sabes: la catequesis, la primera comunión... Tiempos felices que no volverán.

–Ni falta que hace; en la eternidad todo subsiste.

Sin prestarle atención seguí añorando el pasado:

–Disfrutaba la vida con la ingenuidad de quien nada sabe y, por tanto, poco teme. No sabía qué era lo malo.

–Ahora lo has dicho: no sabías qué era lo malo. Y yo te pregunto: ¿qué hubieras hecho de haberlo sabido?

–Lo que hace cualquiera: evitarlo.

–Ése es el drama de nuestro mundo.

Me lo quedé mirando ignorante de lo que había querido decir. Dándose cuenta, continuó:

–La vida, tal y como la conocemos, es el bien supremo de todo ser vivo, y mientras vamos muriendo todos luchamos por mantenerla. Es un esfuerzo que nos daña bastante... Si pudiésemos sentir la vida de todos en uno, este problema no existiría.

–Desde luego, Miguel, no hay quien te entienda –dije molesto por su forma de hablar.

–Mírate tú. ¿Cuántos Lozanos has sido a lo largo de tu vida?... Seguro que muchos. Cada uno muerto en el otro; y sin embargo no has tenido problemas con ellos. ¿Por qué?, porque los has sentido en ti mismo.

Sí, era verdad, muchos Lozanos había sido a lo largo de mi vida y muchos he sido hasta ahora: el niño, el joven, el anciano...; cada uno con sus cosas buenas y malas que la propia realidad se ha encargado de demostrar, pero que asumo y justifico por amor a mí mismo.

–Es el amor propio –siguió al verme callado– quien te ha llevado al pecado.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

–¿Cómo lo sabes? –le pregunté convencido se refería a lo ocurrido con

Fernando.

–Porque te has librado del mal dándoselo a otro.

–Tuve que hacerlo.

–No si hubieras confiado en Dios. La imposibilidad humana de llevar la cruz es posible cuando él nos hace partícipes de su amor.

–Pero soy inocente.

–Ante Dios todos somos culpables.

Sospechando que el pecado del que me hablaba no era el mismo que a mí me preocupaba, intenté averiguarlo:

–¿Esto es lo mismo que me contaste de tu furcia?

En su silencio noté que mi pregunta le había herido en lo más profundo del corazón. Su amor por ella no admitía calificativos denigrantes sobre su persona, y el de puta lo es.

–Perdona, no he querido ofenderte –quise disculparme–. Tienes razón: yo también soy un miserable.

–Todos lo somos, Lozano; pero estoy seguro que un día dejaremos de serlo, y entonces verás la verdad de lo que siempre te he dicho: Dios nos ama.

–Es probable –dudé ante mi propia evidencia–, pero de momento será mejor esperar.

–¿Por qué lo dices?

–Porque no quiero me pase como al pobre don Julio, siempre obsesionado por la perfección de su padre.

–Ahora estamos en el proceso de gestación, pero cuando en su momento Dios nos dé a luz, seremos como él.

–La esperanza es lo último que se pierde.

–Esperanza de la que tenemos un ejemplo: Cristo muerto en pecado (el nuestro) y resucitado en gloria (la de Dios).

Al oírle hablar de la resurrección de Jesús me hizo gracia, no por el hecho en sí que ya conocía (aunque no creía), sino porque sus ideas acerca de la eterni-

dad de la vida requiriesen de una resurrección.

–A ver si te aclaras –me burlé de él–; si la muerte no existe porque vivimos en la eternidad, entonces no necesitamos resucitar, y si necesitamos resucitar es porque la muerte existe.

–Todo consiste en lo que entiendas por muerte. Si por ésta entiendes la pérdida de conciencia de la propia existencia, yo digo que nunca se pierde, aunque cambie la forma de presentarse dicha existencia; ahora bien, si entiendes el no saber dónde estás por haberse apagado la poca luz que tenías, entonces sí existe: la de saberte completamente perdido en las tinieblas de la noche.

Tanta oscuridad me dio miedo, era como estar enterrado en vida.

–¿Y cómo se llega a esa situación? –quise saber para poderla evitar.

Me miró sorprendido de que a esas alturas no lo supiera.

–Ya te lo dije: practicando el engaño.

Recordé entonces aquel mi primer día en la mar en que lo creí loco por hablarme de la verdad como si de un alimento se tratara. Durante todo ese tiempo no había tenido dudas de la sinceridad de su fe, y sin embargo era incapaz de acercarme a su luz por temor se descubriera mi parte en la muerte del primer oficial.

Pensando en esto dejé de prestarle atención, aunque él seguía hablando:

–La metamorfosis es una buena muestra de lo que digo: gusano, crisálida y mariposa; tres formas distintas en un mismo individuo...

No, no podía comerme la verdad sabiéndola en mi estómago amarga al tener que sufrir la condena de un juicio.

Desaparecida la niebla, desde el alerón observaba cómo hacia oriente clareaba el nuevo día. Situados respecto a la costa, nuestra llegada a puerto era inminente. Una sensación agridulce mezclaba en mi ánimo la alegría por llegar a casa con el temor a los problemas pendientes de resolver, y meditaba respuestas a posibles preguntas que me hicieran salir con bien del asunto.

«A todos –me aconsejaba a mí mismo– debo decir que dejé de verlo al hacerme el relevo; luego que cada cual piense lo que quiera; a ver si pueden demostrar lo contrario.»

El sol, surgiendo tras el horizonte, ahuyentaba la oscuridad hacia longitudes más al oeste.

«Y si lo logro, estaré salvado.»

El limbo inferior del astro se separó definitivamente de la línea de cielo y mar sin que ningún rayo verde se hiciera presente.

«Como no sea por Mozambique –recordé la visión de Cándido–, lo que es por aquí es imposible verlo.»

Las estrellas, con su luz más pálida que la nuestra, habían dejado de ser visibles a mi vista.

«Claro, que no es lo mismo un amanecer que un atardecer. Si se ha producido no he podido verlo porque el sol lo ha ocultado con su luz.»

Cerca del rompeolas puse el telégrafo en máquina parada mientras, desconectado el piloto automático, me hacía cargo del timón. El bote del práctico se nos abarló hasta embarcar éste. Acompañado por uno de los marineros, subió al puente.

–Buenos días. ¿Usted es el joven capitán que tanta expectación ha causado?

–¿Expectación? –me mostré extrañado.

–En el muelle tiene un montón de gente esperándole. Por lo visto traen un muerto a bordo.

–Sí, el capitán. Murió asfixiado en la bodega.

–Bueno, eso habrá que verlo cuando se le practique la autopsia.

No le contesté. Aunque de sus palabras parecía intuirse una cierta acusación, mis temores no estaban con la muerte de don Julio, del que me sabía inocente fueran cuales fuesen sus causas, sino con la de Fernando.

Siguiendo sus instrucciones, que yo mismo cumplía a falta de marinero,

nos fuimos acercando al muelle de atraque. Era cierto, bastante gente nos esperaba; entre ella un coche fúnebre. A mi orden, dada con el radioteléfono, Vicente y Provencio hicieron firme un cabo a proa, y Roque y Miralles lo hicieron a su vez a popa, virando de los cuales atracaron al Maruja. Puesta la escala real, un militar junto con otras personas de paisano, entre las cuales reconocí a nuestro armador, subieron a bordo.

–Ahí los tiene a todos –me señaló el práctico al despedirse–. Ahora el problema es suyo para convencerles de que todo ha sido un accidente.

–No tengo nada de qué convencer –contesté molesto de tanta insinuación acusatoria–; la verdad se impondrá.

Bajé al salón de oficiales. Sentados en el sofá, nuestro armador y el militar hablaban de lo sucedido.

–Buenos días –les saludé dándoles la mano–. Por fin estamos en casa; creí que no llegaría.

–Eso creímos nosotros también –me contestó serio el armador–; dos muertos en un solo viaje son demasiados.

–Del primer oficial sólo sabemos que ha desaparecido –intenté quitar dramatismo al asunto–. Tal vez haya sido encontrado por otro barco.

–Si así fuera a estas horas lo sabríamos; y no hemos tenido ninguna noticia al respecto. Además, con la mala visibilidad que había (según me dijo por radio) es imposible encontrarlo.

–Sí, eso me temo –convino el militar.

En ese momento entró un hombre que por su traje negro deduje era de la funeraria.

–Hemos dejado el féretro en la cocina. Les estamos esperando para sacarlo del frigorífico.

–Vamos allá –ordenó el militar.

En la cocina, Roque y Miguel, junto con otro hombre que no supe relacionar con nadie, nos esperaban.

–¿Cómo está usted? –saludó Miguel al armador–. ¿Ya sabe de lo ocurrido?

–Falta mucho por saber –contestó éste.

–Del capitán puedo asegurarle que todo fue debido a un desgraciado accidente; y del primer oficial sólo puedo decir que aquel día estaba completamente borracho.

–¿Borracho? –se mostró sorprendido el armador–. ¿Cómo no me lo dijo?
–preguntó dirigiéndose a mí.

–Cuando le hice el relevo no lo estaba, y después dejé de verlo.

–Durante la cena tuve que decirle que se fuera a su camarote a dormir la mona –continuó mi amigo su explicación–, pues no paraba de insultarnos a todos porque, según él, buscábamos su perdición.

–Ya me habló el capitán de sus problemas con la bebida, pero no creí fueran tantos.

–En el cuaderno de bitácora hay algo de esto –dije recordando la nota que el *Viejo* había puesto en el *Seaway* por su falta en las maniobras de esclusa.

Bajamos a la gambuza. Roque y el militar entraron en la cámara frigorífica. Desde fuera los oía hablar de lo bien conservado que estaba el cadáver.

–Que alguien venga a ayudarnos –pidieron nuestra colaboración.

Me puse a un lado esperando fueran otros los que lo hicieran; no quería volver a ver a don Julio. Excepto el hombre del que ignoraba la razón de su presencia y yo, los demás entraron.

–Ya ve; después de tanto tiempo conviviendo con él, ahora me da miedo –dije a éste queriendo disculpar mi falta de acción.

–A mí me ocurre igual.

–¿Es usted de la familia?

–No, soy un amigo de su mujer.

Consideré normal que ésta hubiera mandado a otra persona en su representación dado lo desagradable de la escena.

–Dígale que cuando quiera puede pasar a recoger sus cosas.

No me contestó porque en ese momento sacaban al muerto. Tapado con el saco de lona mostraba la rigidez de un madero, por los esfuerzos de quienes lo llevaban, bastante pesado. Ya en la cocina lo metieron en el ataúd, y, cerrado éste, lo sacamos a cubierta camino del coche fúnebre. En el muelle me di cuenta que la mayor parte de los concurrentes eran simples curiosos; aunque respetuosos, nadie daba muestras de dolor.

–Ahora debo acompañar a su familia –se disculpó conmigo el armador–, pero cuando pueda volveré. A ver si aclaramos de una vez lo sucedido.

–Como guste.

El furgón, seguido de otros coches, se alejó hasta desaparecer. De nuevo a bordo, me encaminé hacia mi camarote.

–¿A dónde vas? –me preguntó Miguel.

–A preparar el equipaje.

–Yo hace tiempo que lo tengo listo.

–¿También tú piensas irte?

–Ya te contaré; tengo grandes proyectos.

A solas en el camarote conmigo mismo, a punto estuve de echarme a llorar. Después de las dificultades pasadas, y cuando todo parecía resolverse a mi favor, me daba cuenta que la luz de afuera no llegaba a mi interior. Como si en una casa, cerradas puertas y ventanas a la luz del día, su inquilino permanece dentro, así me sentía yo: incapaz de moverme con la libertad de a quien nada ni nadie puede acusar. Puesta la maleta encima de la cama empecé a colocar algunas de mis pertenencias. Sabía que era pronto para hacerlo, pues debería comunicar al armador mi decisión de dejar la naviera y esperar, al menos, a que llegase el nuevo capitán, pero de esto modo lograba anticipar mi deseo de irme. ¿De dónde? Entonces creía que del barco; ahora, después de la experiencia de toda una vida, pienso que de mí mismo.

Ocupado en esto, una voz de mujer llamó mi atención.

–Disculpe, ¿es usted el señor Lozano?

Me volví curioso por saber quién era. Una anciana, demacrada y completamente vestida de negro, me observaba desde la puerta de mi camarote.

–Sí, así me llaman.

–Soy la madre de Fernando, el primer oficial. Venía a recoger su equipaje, ya que todos me lo dan por muerto.

–Ah, ¿conque usted es la madre de Fernando?... Pues no sé; su camarote está ahí al lado. Venga y se lo mostraré.

Entramos en el habitáculo de quien había sido mi superior jerárquico.

–Todo sigue como lo dejó. No debió pensar que no volvería.

–¿Cree usted que está vivo? –me preguntó llena de esperanza porque así fuera.

–Yo lo único que puedo decir es que no lo he visto muerto.

–¿Verdad que sí? Eso mismo digo yo. Mi hijo tenía sus prontos, y si se cayó al mar, alguien lo habrá encontrado. Estoy segura de que algún día volverá.

No quise decepcionar a la pobre mujer; la realidad, si acaso, se encargaría de hacerlo.

Dándome cuenta de su frágil salud, la hice sentar en una de las sillas que allí había, mientras yo recogía las cosas de su hijo.

–Fernando es un buen chico –me hablaba como si estuviera vivo–; aunque algunos dicen que no, pero es porque no lo conocen.

Estando más de acuerdo con estos últimos que con ella, permanecí callado.

–Su padre nos abandonó al poco de nacer –parecía querer justificar su opinión– y tuvimos que luchar mucho para salir adelante. A base de becas hizo sus estudios.

Al abrir uno de los cajones saqué varias botellas de *whisky*.

–¿Quiere llevárselas?

Me miró apenada por ver la prueba de lo que sabía era uno de los defectos de su hijo.

–No, no hace falta... ¿Bebía mucho?

–Sí, señora –fui sincero.

Viendo sus ojos humedecerse de lágrimas, quise subsanar mi error:

–Bueno, es normal; por aquí lo hacemos todos.

–Muchas veces he intentado que lo dejara, pero no ha podido. Su padre era igual; borracho le temía porque no era dueño de sus actos.

–Yo tampoco lo fui cuando... –le empujé por la borda eran las palabras que a punto estuve de decir cuando un instinto reflejo las detuvo en mi mente– me di cuenta que faltaba –rectifiqué la frase.

Interpretando que si no había sido dueño de mis actos al saber la ausencia de su hijo era por lo mucho que le apreciaba, me consideró amigo suyo.

–Sí –se mostró agradecida–; Fernando es un poco hurraño en su trato con los demás, pero cuando alguien se le entrega, lo da todo por él. ¿Verdad?

–¡Oh!, sí señora; tiene un gran corazón –mentí casi riéndome del descaro con que lo hacía.

Terminado de recogerlo todo, cerré la maleta y llamé al camarero para que la acompañase hasta encontrar un taxi que la llevara a su casa.

–¿Y ahora qué hará? –me interesé por su futuro.

–Lo mismo de siempre: esperar a que venga.

–¿No tiene más hijos?

–No; él es el único.

Me dio pena verla tan sola y con una esperanza carente de lógica.

–Lo que tiene que hacer es reclamar una pensión; su hijo tiene derecho, y por tanto también usted. Pregunte al armador; él la informará.

–Ya veré. Usted como Fernando, siempre preocupados por los demás.

Avergonzado le di la espalda despidiéndome con un lacónico adiós. Yendo de nuevo hacia mi camarote, la oía agradecerme todo lo hecho. No sabía que entre esto estaba la muerte de su hijo.

Ensimismado en mis problemas rehusé la invitación que Miguel me hizo de ir a cenar, acompañado por el jefe de máquinas, a uno de los bares del puerto;

no tenía ganas y, además, alguien debía quedarse a bordo vigilando la seguridad del Maruja. Llegada la hora, lo hice solo servido por Juan. Dándose cuenta de mi triste estado de ánimo, éste apenas me hablaba. Yo pensaba en mi familia, mi madre, mi novia; en su sorpresa al verme regresar a casa antes de lo previsto. Nada les había dicho al respecto porque mi decisión, más que meditada, era espontánea huida de un presente que no me gustaba, la cual, poniendo de manifiesto mi escaso valor en hacerle frente, frustraba las esperanzas que sobre el futuro había tenido antes de embarcar.

Según su promesa el armador volvió, a aclarar lo sucedido, durante ese momento de la cena. Más amable que por la mañana, me daba cuenta de su predisposición a creermelo inocente de las muertes habidas.

–Veamos, Lozano, dígame lo que sepa.

–Todo lo que yo sé en nada demuestra lo que pudo ocurrir.

–Pero algo sabrá.

–Sí, que el primer oficial fue víctima de su propio error.

–¿A cuál se refiere?

–A no darse cuenta que en el bien de los demás estaba el suyo. Si hubiera sabido esto, tanto él como don Julio seguirían vivos.

–No le comprendo.

–Pregunte a cualquiera sobre la relación que había entre ambos, y verá que no era precisamente de amor.

El camarero hizo un gesto que corroboraba lo dicho.

–¿Piensa que algo hubo entre ellos?

–No lo sé. Lo único que puedo decir es que en toda lucha siempre pierde alguien, y suele ser el más débil.

–Según mis noticias fue usted quien dio la orden de cerrar la bodega.

–Sí, señor; en el cuaderno de bitácora se habla de ello; pero también digo que lo hice por orden del capitán, siendo Fernando testigo de todo. El contra-maestre puede confirmarlo: nadie sospechaba –(silencié mi creencia de que el

primero sí lo sabía)— que don Julio estuviera dentro, máxime cuando ni siquiera gritó.

Mis alusiones al cuaderno de bitácora hicieron que se interesara por él, lo cual satisfice yendo personalmente a buscarlo. De las tres notas (la del capitán referente a la borrachera de Fernando en el *Seaway*, la de éste respecto al hallazgo de don Julio en la bodega, y la mía alegando haberlos visto en dicha bodega) sólo la mía carecía de testigos que confirmasen su veracidad.

—Por eso le he dicho que nada puedo demostrar —repuse ante esta su indicación—. Ahora bien, si hubiera habido mala intención por mi parte (que no la hubo), yo mismo me ponía en evidencia al mandar abrir la bodega cuando sospeché estaba dentro.

—No, por favor, no he querido decir eso —se disculpó—; ya sé que gracias a usted se le encontró. Lo decía por su debilidad como prueba judicial.

—¿Acaso está previsto celebrar juicio?

—No, ni creo que lo haya. Más que nada lo he dicho por si esto ocurriera... Fíjese, en el caso del primer oficial las pruebas son concluyentes: multitud de testigos afirman haberlo visto borracho.

—Y tanto que apenas se aguantaba en pie —apostilló Juan.

—Pues eso. Usted, según me ha dicho esta mañana, le hizo el relevo en perfectas condiciones. ¿Qué es lo que pasó después? Excepto que se emborrachó, nada se sabe; pero la suya es coartada perfecta: estaba en el puente cumpliendo con su obligación.

Sorprendido por los impredecibles caminos del destino no pude contener una exclamación que él interpretó de admiración hacia su forma de razonar.

—Sí, a veces lo más evidente se nos hace difícil de ver —fue humilde en su apreciación—. De todas formas sepa que si en algún momento tuve dudas de usted, ahora no las tengo, y cuenta con mi aprobación.

—Gracias.

Supongo que tan poco expresivo agradecimiento no era normal, pero qué

más podía decir; la injusticia de haberme puesto bajo sospecha donde nada tenía que ver, quedaba subsanada con la de no ponerme donde debería haberseme puesto.

–Además su período de prueba lo doy por muy bien superado.

–De eso quería hablarle... –susurré pensativo—. Considéreme finiquitado en mi contrato laboral.

–Pero hombre, por Dios –se mostró extrañado—; ¿a qué viene esto ahora?

–Quizás a que estoy cansado. Han sido tiempos difíciles.

–Es normal. Espere a que le mande un relevo, y váyase de vacaciones.

Verá como después de unos meses se encuentra mejor.

–Es probable, pero dudo vuelva a embarcar.

–Tiene que hacerlo; no se deje dominar por el pasado.

Nada sabía del mío.

Recogidos los cubiertos, Juan se fue y nos quedamos los dos solos.

–¿Recuerda cuando le pedí trabajo hace unos meses?

–Sí; me pareció un joven bastante impulsivo.

–Me habló de un viaje previsto.

–Las cosas se complicaron y no pudo ser.

–Ahora emprendo otro que tal vez tampoco se cumpla. Dejemos que lo diga el futuro.

Dándose cuenta de mi inquebrantable voluntad, dejó de insistir.

–Como quiera; pero sepa que aquí siempre tendrá un puesto esperándole.

Volví a darle las gracias.

–Si no le importa, quisiera retirarme a descansar; ha sido un día bastante ajetreado.

–Oh, sí; desde luego que sí. Yo también me iba.

Nos despedimos hasta el día siguiente. Ya en mi camarote, y cerrada la puerta, miré a mi alrededor. Algunas cosas pendientes de recoger se amontonaban sobre la mesa, entre ellas el portarretratos con la fotografía de mi novia.

–Éste será mi secreto –dije besando sus labios de papel–. Si lo supieras tal vez dejarías de quererme, y esto no puedo consentirlo.

Acostado en la cama, apagué la luz.

–Si supieras que no soy todo lo bueno que piensas.

VIII

La llegada del capitán, junto con el primer oficial, supuso la ruptura del viejo espíritu que imperaba a bordo. Una nueva personalidad imponía sus criterios sobre cómo debía gobernarse al Maruja, y el pasado pasaba a ser eso: sólo recuerdo en la memoria de quienes lo habíamos vivido. A mí, sin embargo, todo aquello me daba igual; sabiendo próxima mi partida me limitaba a dejar pasar los días.

En uno de éstos, mientras vigilaba desde cubierta la descarga de las virutas de acero, vi subir a bordo a una mujer que por su belleza llamó la atención de los que allí estábamos. Al verme su acompañante, se acercó a saludarme.

–¿Se acuerda de mí?

–Sí; usted vino a recoger a don Julio.

–Así es. Ella me ha pedido que la acompañara, y no he podido negarme.

–¿Ella? –me mostré ignorante de a quién se refería.

–La viuda... ¿No se acuerda?

–Ah; la mujer del capitán.

–Sí, claro... –confirmó con cierto desagrado—. Venimos a por su equipaje.

Miré de nuevo hacia donde esperaba ella. Oh el poder de las mujeres hermosas. Le di prisas para que fuéramos a hacerlo.

Una vez presentados, les acompañé al salón de oficiales. En él el nuevo capitán hablaba con Rafael.

–Hola; ¿cómo estás? –la saludó solícito éste al verla entrar—. No sabes cómo lo siento... Hice todo lo que pude, pero ya era tarde.

–Gracias; ya me lo imagino. Pero qué se le va a hacer, así es la vida.

En el tono de sus palabras no me pareció sintiera mucho la muerte de su

marido, pero viéndola a ella quién la podía sentir. Pelo color del trigo maduro, ojos verdes, labios hechos para besar y un cuerpo armonioso en todas sus formas, era la belleza en pecado. Sabedora de la admiración que causaba, no por ello adoptaba una actitud petulante, sino que se dejaba querer como si nada advirtiera. Una sonrisa agradecida era el premio a nuestros desvelos por ella.

–Cuando lo encontramos tuve que decirles a todos que lo dejaran en paz –narraba el jefe de máquinas su versión de los hechos donde, como no podía ser menos, resultaba ensalzado–; sabía que su muerte era causa de los gases inhalados en la bodega.

–Eso ha dicho la autopsia –confirmó el amigo de quien fuera mujer de don Julio.

–Y gracias a mí lo ha podido decir, porque alguien hubo que pensó en tirarlo al mar.

–¿Quién fue ese energúmeno? –preguntó el capitán ante el asombro unánime causado por semejante idea.

En su gesto mirándome, los tres comprendieron había sido yo.

–Bueno –me disculpé azarado–, los nervios no me dejaban pensar.

–Es normal –me justificó la viuda–; en esas condiciones nadie lo hubiera hecho... Pero ahora sí creo podemos hacerlo. ¿Por qué no me indica dónde vivía para que pueda retirar sus cosas? –solicitó mi colaboración.

–Encantado.

Dejando al resto de los contertulios con expresión de envidia en sus rostros por ser yo el elegido, la acompañé al que había sido camarote de su marido. Excepto las maletas del nuevo capitán esperando su desalojo para poderse instalar, todo seguía igual.

–Si quiere puedo llamar al camarero para que nos eche una mano.

–No hace falta; prefiero hacerlo yo sola.

Abierto uno de los armarios fue sacando sus cosas.

–Y dígame, ¿qué tal se llevaba mi marido con Rafael?

–Supongo que como con todos –contesté sin saber muy bien a qué se refería.

–¿Como con todos?

–Sí; con sus momentos buenos y malos.

–¿Nada le contó de mí?

–¿A qué se refiere?

–Ya sabe, chismorreos y habladurías de gente de pueblo.

Comprendí que la razón de mi colaboración, ajena a motivos de atracción personal, se debía a un secreto deseo por conocer lo que el jefe de máquinas hubiera podido contar de su vida privada.

–Que es usted una preciosidad de mujer –dije sin poder contener mi admiración por ella.

–¡Oh!, gracias; es usted muy amable.

–Esto es lo que sabemos todos a bordo; y don Julio también... Antes de morir me prometió presentármela para que comprendiese por qué la quería tanto.

–¿Eso le dijo?

–Sí, señora; tan cierto como que ahora estoy aquí. Busque y encontrará hasta dónde llegaba su cariño.

Guiada por mi explicación del collar que le había comprado en Detroit, buscó hasta encontrar la mencionada joya.

–Su marido vivía gracias a usted.

Con la prueba en las manos me miró sin saber qué decir.

–No pudo resistir cuando supo lo que antes me preguntaba –no quise ser más explícito sobre lo que ella debía saber–, y pienso debió ser causa...

No pude terminar la frase al darme cuenta que estaba llorando.

–Por favor, no llore –intenté consolarla–. Perdone si la he molestado.

–No; tiene usted razón: causa de su muerte.

Callé porque esa era precisamente la palabra que había querido decir. Viéndola tan abatida dudaba entre si dejarla sola o terminar de recoger yo

mismo el equipaje. Me disponía a hacer esto último, cuando ella me lo impidió:

–Deje; es a mí a quien corresponde –musitó entre sollozos–. Nunca supe tratarlo, y ahora debo cargar con mi culpa.

Nada hablamos durante el resto del tiempo empleado en hacer las maletas. Se disponía a cerrarlas cuando me di cuenta se dejaba el collar sobre la mesa del escritorio.

–Se olvida su regalo –le recordé su presencia.

Ante esta mi indicación cogió el estuche que lo contenía, y, abriéndolo, volvió a contemplar la joya.

–Son unas perlas maravillosas –mostró su admiración por ellas–; aunque, no sé... –calló como dudando de lo que iba a decir–. ¿Está usted casado?

–Todavía no, pero espero estarlo pronto.

–¿Se quieren mucho?

–Por supuesto; si no, no me casaría.

–Pues tome, para usted –me dio el collar–. Si fue comprado por amor, debe darse a quien merezca ese amor.

–No, por favor –me mostré sorprendido–; no puedo aceptarlo. Es demasiado valioso.

–Por eso, porque es demasiado valioso debe aceptarlo. Cuando lo lleve quien va a ser su mujer, sabrá lo mucho que la quiere, y usted valorará lo que la vida le da recordando esta historia.

Con la joya en mis manos, permanecí indeciso dudando qué hacer.

–Vamos, no lo piense más; se hace tarde y nos están esperando –me apresuró en lo que era su deseo al tiempo que hacía esfuerzos por llevar, sin conseguirlo, las dos maletas

–Déjeme que la ayude –acepté su voluntad. Y, tras guardarme el collar en el bolsillo, cargué con aquéllas en el trayecto de vuelta al salón de oficiales.

Al vernos entrar,

–Ya era hora –se quejó su amigo–. Para preparar un simple equipaje no

era preciso estar tanto rato.

Interpretando que en esta queja había mucho de celos, supuse que su amistad era la de un amante que aspiraba a dejar de serlo en secreto para convertirse en el nuevo marido.

–No te preocupes –le tranquilizó ella–; sólo hemos estado hablando de Julio.

–Le he contado mi versión de los hechos –dije en clara alusión a la expuesta por el jefe de máquinas.

Éste hizo un gesto como de preocupación por temor a que su grandeza divina, que creía habernos demostrado anteriormente, hubiese sido adecuada a la realidad humana de los hechos.

–Por cierto, Rafael –le conminó la viuda–; cuando vuelvas a hablar hazlo pensando que otros pueden hacerlo de ti, y quizás no te guste se sepan ciertas cosas.

El aludido nos miró avergonzado por lo que a todas luces eran inconfesables pecados, aunque ignorados por algunos de nosotros, no por eso inexistentes. Como consecuencia de la tensión creada por esta advertencia (que sólo el capitán no llegó a comprender en su verdadero sentido), y también porque cumplida la finalidad de su visita ya nada tenían que hacer, ambos expresaron su deseo de irse. A diferencia de en la llegada, Rafael, dolido en su amor propio, apenas mostró interés por ellos; no así nosotros que, enamorados de tanta belleza, no pudimos resistirnos a la tentación de acompañarla hasta el portalón. De este modo, ahora su amigo cargando con las dos maletas, hicimos honor a nuestra condición de hombres atraídos por el sexo femenino. Al despedirme de ella le di las gracias por el regalo.

–No me las dé a mí, déselas a mi marido que desde el cielo nos está viendo.

Cuando se hubieron ido, el capitán quiso saber en qué consistía dicho regalo.

–Es el esfuerzo de un hombre al que, como el profeta Jonás, se lo tragó el pez por no querer atenerse al margen de libertad que su destino le daba.

Libre de toda sospecha respecto a las muertes de don Julio y Fernando, llegado el segundo oficial (al que no tuve que dar ninguna explicación porque conocía el barco de anteriores campañas) y cumplidos los trámites burocráticos del relevo, me dispuse a emprender la marcha con Miguel, el cual también había solicitado su baja en la naviera. Informados de horarios de trenes para nuestros respectivos destinos, y próximas las horas de salida, me pidió le esperase en su camarote para ir juntos a la estación. Mientras lo hacía, vi en su maleta abierta la Biblia que tanto gustaba leer. Aunque sabía muchas de sus historias por referencias, nunca antes la había tenido en mis manos. Temeroso de que alguien me viera pudiéndome acusar de beato, cogí el libro abriéndolo al azar. Un párrafo subrayado de rojo llamó mi atención:

«Llámame y te responderé, y te anunciaré cosas grandes y misteriosas que tú ignoras.»

El efecto de esta lectura fue como si alguien me hablara desde un lugar inaccesible a mi vista. «¿Dónde estás? –pregunté– para que podamos hablar.» Como era de esperar la respuesta tangible no se produjo; sin embargo, en mi mente me dijo que estaba conmigo.

Saliendo con mi amigo del barco, nos despedimos de cuanta gente encontramos al paso. Sin grandes aspavientos, yo daba prisas por irnos alegando excusas de horarios de tren. Lo cierto es que quería olvidar cuanto antes. Al bajar del Maruja ni siquiera me volví para verlo por última vez. Andando, a petición mía, emprendimos camino hacia la estación.

–Y ahora, ¿qué piensas hacer? –le pregunté.

–De momento dejar lista mi casa para emprender el gran viaje.

–¿A Montreal?

–Sí. Vuelvo con ella.

No quise herirle en su amor propio recordando de nuevo la condición de puta de su mujer mulata.

–¿Sabes?, Miguel, a mí me pasa lo mismo con Dios: me siento muy poca cosa a su lado. Por eso siempre he tenido dificultades para relacionarme con él.

No me dijo nada.

–¿Cómo puedo llamar Padre a quien con su perfección pone de manifiesto mi imperfección? Me siento como un hijo bastardo.

Molesto porque siguiera sin decirme nada, dejé de hablarle.

–¿Qué quieres? –me contestó al cabo de un rato–, ¿que vuelva a contarte todo desde el principio?... No tengas celos del sol de cuya vida vivimos.

Llegados a la estación, nos dimos un abrazo en señal de despedida.

–No olvides escribirme de vez en cuando.

Yo asentí con la cabeza. Se volvió para subir al tren.

–Miguel –le llamé antes de que lo hiciera–, ¿crees que Dios perdona a quien se arrepiente aunque no pueda reparar el daño causado?

En su mirada noté la extrañeza que le causaba mi pregunta.

–¿A qué viene esto ahora?

El tren se puso en marcha.

–¡Corre, sube, que se va! –le grité al ver su descuido.

Cuando lo hubo hecho, le di la maleta desde el andén casi corriendo para no quedarme atrás.

–En el amor siempre hay perdón –creí escuchar entre el estridente silbido de la máquina anunciando el inicio del viaje.

Cruzado el cambio de vías, desapareció en una vuelta del camino. Los altavoces de la estación anunciaban inminentes salidas y llegadas. La gente se apresuraba. Me senté en uno de los bancos a la espera de que llegara mi tren.